

A LADY IN BLUE

LYDIA C. RAMÍREZ
BLYTHEROSE

GANADORA DEL
PREMIO
ANA LÓPEZ GALLEGO
MUJER
DE LA CULTURA,
EMPRESA
Y DEPORTE.

EC EDICIONES
CORAL
ROMÁNTICA

L a d y A n n e

**Lydia C. Ramírez
"Blytherose"**

Lady Anne

Lidia C. Ramirez "Blyterrose"

En el Londres del siglo XIX, lady Anne Phillips, ha conseguido dejar atrás su tortuoso pasado y desea decidir su propio destino. Ha visto sufrir a sus hermanas por amor y no ansía pasar por lo mismo. Todo dará un giro inesperado cuando un americano muy rico llamado Alexander Richmond altere todos sus planes y sueños.

¿Será Anne capaz de aceptar su destino? ¿O deberá revelarse contra él?

"Era una especie de batalla en la que no había un vencedor, sino un par de tontos"

Tercera historia de las hermanas Phillips, no es necesario leer las anteriores para comprender esta, pero sería recomendable.

Portada de @AnaTurquoise

Sinopsis

En el Londres del siglo XIX, lady Anne Phillips, ha conseguido dejar atrás su tortuoso pasado y desea decidir su propio destino. Ha visto sufrir a sus hermanas por amor y no ansía pasar por lo mismo. Todo dará un giro inesperado cuando un americano muy rico llamado Alexander Richmond altere todos sus planes y sueños.

¿Será Anne capaz de aceptar su destino? ¿O deberá revelarse contra él?

"Era una especie de batalla en la que no había un vencedor, sino un par de tontos"

Prólogo

1849, Londres, Inglaterra...

— ¿Porque lo hiciste?— preguntó Anne sin poder aguantarse más la curiosidad.

Jon supo inmediatamente a qué se refería la chica.

—Tú no lo entenderías, pequeña Annie— dijo el chico suspirando.

—Explícamelo— insistió la niña, quitándole el apetito a él— Dijiste que la robaste y quiero saber porque.

—Los niños siempre preguntando el porqué de las cosas— gruñó Jon de malhumor.

—No soy una niña, entiendo que estoy ayudando a un ladrón a huir de la policía. Al parecer no soy pequeña para eso— dijo Anne levantándose del suelo y huyendo hacia la casa.

Anne se había sentido mal por él, quería saberlo porque quería comprenderlo, en su cabeza no entendía lo diferente que era la vida de lo más ricos y los más pobres. Robar estaba mal. Y Jon lo había hecho. >> Anne miró a su alrededor recordando aquellas palabras y suspiró. La niña dobló la carta por la mitad y la dejó sobre la mesa de la casa del jardinero donde Jon y ella habían comenzado su amistad. Ella nunca regresaría a aquel lugar y era hora de avanzar hacia su nueva vida. Y Jon no estaría en ella, como tampoco lo había estado en la otra.

Cerró la puerta del lugar tras ella y regresó corriendo junto a su hermana que la esperaba en la puerta pacientemente, pues sabía que era necesario para la niña. Todo estaba bien ahora y solo le quedaba eso para poder empezar su nueva vida ella también.

Mientras recordaba las palabras que había dejado escritas en aquel papel...

Querido Jon:

Nunca leerás estas palabras pero necesito decírtelas y saber que lo hice. Mi hermana Amelia, ¿recuerdas que te hablé de ella? Dice que debo

olvidarme de ti. Quizá te parezcan cosas de niña pequeña, pero para mí es importante escribirte estas palabras.

Me marchó de esta casa, tú dijiste que el mundo en el que vivía las cosas eran diferentes, que el tuyo era más duro. Creo que no se puede comparar. Llevo mucho tiempo acordándome de ti y pensando como estarás. Me preocupo por ti, porque en el poco tiempo en el que nos conocimos yo sí te vi como mi amigo. Mi mejor amigo. Por eso me despido de ti con esta carta, teniendo el detalle que tú no tuviste conmigo.

Espero que seas feliz en tu vida y que consigas cumplir todas tus metas y sueños.

Atentamente, Anne.

Sería como si no hubiese existido, como dijo Amelia.

Capítulo 1

1857, Bath, Inglaterra...

Lady Anne Isabelle Phillips, quinta hija del desaparecido VII Conde de Mawsdley y hermana menor del último Conde de Mawsdley, intentaba contener la respiración para evitar hacer ruido y que la presa se le escapara. Escuchó a Mac lloriquear junto a ella, y movió la mano en el aire para hacerle callar.

Miraba atentamente por la mira del rifle apuntando directamente a la parte más sensible del ciervo que se encontraba al otro lado, justo donde le había enseñado el antiguo duque de Sutton.

Pero sin previo aviso, Mac, su perro pastor alemán se movió y las ramas del arbusto donde estaban escondidos con él. El ciervo que había escuchado el ruido salió corriendo asustado.

Anne bajó el rifle y miró a Mac con la ceja enarcada con molestia.

—Si vuelves a hacerlo no te traeré más— le regañó la joven apuntándole con el dedo mientras el perro la miraba con pena.

Anne continuó mirándole ceñuda pero finalmente sonrió, no podía enfadarse con el animal, era su mejor amigo y la acompañaba allá donde fuera.

—De acuerdo, compañero— dijo riendo acariciando la cabeza del gran perro.

La joven miró a su alrededor y se dio cuenta con espanto que ya era muy tarde.

Amelia seguro que estaría preocupada por ella.

Al recordar el nombre de su hermana sonrió con ternura durante unos segundos, pero apremió al perro a caminar por el sendero que habían seguido hasta llegar a aquel lugar, para regresar a su casa. No sin antes esconder el rifle dentro de un tronco hueco, que lord Sutton le había regalado a escondidas de su hermana.

Mientras avanzaban la gran propiedad de los Sutton en Bath se erigía ante ella.

Cuando llegó a vivir allí, con su hermana y su cuñado Robert, se habían instalado en la pequeña casa de Mey a unos kilómetros de allí, pero dentro de la misma propiedad. Ya que Robert aun no era duque.

Cuando sus sobrinos fueron naciendo y el viejo duque se vio cada vez más incapaz de manejar sus negocios, cedió todos sus deberes a su nieto, por lo que para mayor comodidad, se trasladaron a la gran casa. Entonces ellos se mudaron a la gran casa de Meyworth, quedando en Mey solamente la madre y la tía de Robert.

Ella se había quejado del cambio, pero finalmente lo había aceptado, ya que hubiera sido imposible para ella separarse de Amelia. Porque no quería y su hermana no lo permitiría además.

Ni siquiera el nacimiento de sus propios hijos hizo que Amelia olvidara ese aspecto protector con su hermana, de niña no había comprendido cuan grave había sido su situación y lo diferente que hubiera sido si su hermana no hubiera estado con ella.

Sentía escalofríos solo de pensarlo. Dejó al perro en el jardín y entró a la casa por la puerta de atrás, intentando que no se dieran cuenta de que llegaba tarde.

—Al fin apareces, Annie— estaba a punto de comenzar a ascender a su cuarto cuando el duque de Sutton la encontró desprevenida— Tu hermana ha estado revoloteando de ventana en ventana esperando tu regreso.

—Se me ha hecho un poco tarde, excelencia, estaba en medio de algo... grande— susurró la chica guiñándole un ojo. El anciano asintió sabiamente.

—¿Y lo atrapaste?— preguntó con curiosidad.

—Mac lo asustó en el último momento— se quejó Anne con un suspiro dramático.

—Será mejor la próxima vez— asintió de nuevo el anciano marchándose al salón— Pero date prisa en cambiarte, tenemos visita para la cena.

Aunque el anciano había asimilado la presencia de mujeres en su casa, aún continuaba resistiéndose a la idea de que hubiera tanta gente en lo que antiguamente había sido su santuario.

Anne subió las escaleras de dos en dos en dirección a su habitación. Cerró la puerta con celeridad y comenzó a lavarse rápidamente para la cena.

Cuando terminaba de colocarse el lazo del vestido y había escondido su vestido de cazar bajo la cama, la puerta se abrió de pronto y dos pequeños niños entraron como un huracán.

—Os he dicho que llaméis antes de entrar— les regañó cariñosamente.

Robert Jr., Robbie para la familia y James eran los pequeños hijos de Amelia y Robert. Eran apuestos y buenos, pero diabólicamente traviesos, pero eran cariñosos y amables, aunque claro con padres como los suyos no podían ser de otra manera. Amelia iba tras ellos todo el tiempo, evitando que ocurriera algún desastre, aunque ella también lo había sido de pequeña, nunca hasta el punto de desarmar mobiliario o quemar cortinas.

—Recuerdo que te he dicho eso mismo alguna vez— dijo Amelia entrando

tras sus hijos.

El mayor, Robbie, tenía ocho años y saltaba subido en la cama, evitando que su hermano menor de cinco años, James, hiciera lo mismo.

—Nunca es tarde para decir que tienes razón— dijo Anne atrapando a James al vuelo antes de que el niño cayera al suelo.

—Robbie, por favor, baja de la cama y dadle las buenas noches a la tía Anne— les dijo Amelia, cogiendo en brazos a su hijo menor.

Robbie besó su mejilla dejando con un sonoro beso e inmediatamente su hermano repitió el gesto.

—Nos vemos abajo— dijo su hermana saliendo seguida por su hijo.

Anne suspiró envidiando la paciencia que tenía su hermana con esos dos niños, eran incansables, ella adoraba a sus sobrinos, pero era cierto que pasar mucho tiempo con ellos resultaba agotador.

La joven bajó la escalera en el momento en el que su cuñado recibía a lady Eleanor, su madre y lady Louise, su tía. Ambas saludaban con cariño al apuesto joven. Aquellas mujeres eran encantadoras y las adoraba a las dos, eran su familia también, por eso un día, no recordaba cómo, comenzó a llamarlas tías.

Anne siempre supo que Robert era el indicado para su hermana y no había tenido reparos en hacérselo saber, al igual que también había dejado su postura clara en cuanto a la otra opción...

— ¡Anne, cielo! Estas preciosa, cariño— musitó tía Eleanor dándole dos besos.

—Pasemos a la sala a esperar a Amelia para cenar— propuso Robert, Anne pudo escuchar como su tono de voz adoptaba un tono especial cuando pronunciaba el nombre de su hermana.

—Intenta acostar a vuestros dos demonios— dijo Anne provocando una generalizada carcajada.

—He de decir que se parecen a su tía— murmuró tía Eleanor que no olvidaba como Mac se había colado en su jardín y había destrozado sus rosas.

La conversación comenzó a girar en torno a distintos temas de sociedad, algo que Anne no le interesaba mucho. Aunque se había criado en la ciudad, ella se consideraba una chica de campo. Hacía años que no iba a Londres y no lo echaba de menos.

Cuando Amelia bajó unos minutos después todos fueron al salón para la cena, no era algo extraño que el viejo duque Sutton no se encontrara entre ellos. El anciano continuaba haciendo su vida de ermitaño en el ala oeste de la casa, donde se encontraban sus habitaciones que abandonaba muy de vez en cuando.

—Louise y yo hemos sido invitadas por los marqueses de Grier para una pequeña recepción en Londres, por el comienzo de la temporada— dijo tía Louise mientras servían el segundo plato— Hace mucho que no asistimos a una.

—Venimos a invitar a Anne a acompañarnos, ¿te parece, cielo?— le preguntó tía Eleanor a la chica, que miró a su hermana pidiendo ayuda.

No era la primera vez que las mujeres intentaban llevarla a una fiesta, habían hecho de su cruzada personal encontrarle marido, algo para lo que Anne no tenía ninguna prisa.

Si era sincera, debía decir que sus sueños giraban en torno a algo diferente. Al contrario que las chicas de su edad, ella no deseaba el matrimonio con un joven y apuesto caballero. Había vivido lo suficiente como para saber que no existía ese tipo de amores. Aunque sus hermanas y Katherine hubieran tenido suerte. Ella era consciente de lo difícil que les había resultado. Tampoco quería depender de uno para subsistir, quería hacerlo por sí misma. Le había tocado vivir una época en la que era muy difícil ser mujer, pero si todas pensaban lo mismo la sociedad nunca cambiaría.

—Vamos, querida, será divertido y podremos visitar las nuevas tiendas de ropa— dijo tía Eleanor.

Amelia sonrió disimuladamente, pues sabía que la pasión de Anne por la ropa era proporcional a su odio por las fiestas, se preguntaba que podría en ese caso.

Anne miró a las ilusionadas mujeres y no le quedó otro remedio que aceptar, se veía incapaz de rechazar la invitación y si de paso se compraba unos guantes nuevos no se quejaría.

Capítulo 2

Alexander Richmond bajó la rampa del barco que se había convertido en su casa desde hacía dos meses. Ese había sido el tiempo que había tardado en regresar de Georgia a Londres. Había sido un viaje largo y agotador, pero al fin estaba de nuevo en Inglaterra. Tomó aire con lentitud sintiéndose en un lugar conocido, todo parecía igual y a la vez estaba diferente o quizá era él que lo veía todo con otra mirada.

Miró a su alrededor con seguridad, estaba decidido a conseguir todo lo que se había propuesto al partir hacia allí. Pero primero debía hablar con alguien...

Sintió un golpe en el hombro y miró al hombre que se lo había propinado. Junto a él se encontraba William Ramsey, Duque de Pendleton el cual había conocido en Nueva York y habían emprendido ese viaje juntos ya que se había convertido en amigos durante el viaje, además de planear alguna sociedad en la travesía.

William le había contado que se había marchado de Inglaterra hacia unos años y era la primera vez que regresaba desde que se marchó. Le había ofrecido su casa para quedarse hasta que él consiguiera hacerse de una propia.

Estaba decidido a establecerse en Inglaterra ya que era el lugar que él sentía su hogar, aunque su tío le había pedido que se quedara con él, había tenido que rehusar. Su tío le había ayudado muchísimo, y gracias a todo lo que le había enseñado se había convertido en un exitoso hombre de negocios y había conseguido amasar su propia fortuna, pero su corazón estaba en aquella isla, que le había dado los peores momentos y los mejores de su vida también.

—No se parece para nada al clima americano, aun estas a tiempo de regresar— le dijo bromeando el duque mientras bajaban la rampa, seguidos por los criados que bajaban su equipaje.

—Me acostumbraré rápido, estaba deseando llegar, aunque debo admitir que lo esperaba diferente— contestó el americano, sin apartar la vista de los hombres que bajaban sus maletas, aun no estaba acostumbrado a que otra gente hiciera las cosas por él.

—Mi coche, justo a tiempo— dijo William caminando en dirección a un

coche que se acababa de parar junto a ellos.

William saludaba efusivamente al criado que conocía de toda la vida prácticamente, mientras su joven compañero de viaje continuaba mirando todo a su alrededor, como si esperara encontrar algo en aquel lugar.

El duque le llamó sacándole de su ensoñación repentina.

— ¿Te importa si voy dando un paseo?— le preguntó el joven al duque, mientras este se encogía de hombros.

Aun se sorprendía a sí mismo cuando se encontraba hablándole de aquel modo a gente de la nobleza pero luego recordaba que él era también alguien importante ahora.

—Como quieras, luego terminarás harto del lugar, te lo digo yo— asintió William que solo pensaba en darse un baño y dormir durante días. Los viajes transoceánicos eran agotadores y Alex quería caminar, incomprensible.

Los criados comenzaron a cargar el equipaje mientras el joven caminaba en dirección al centro de la ciudad, cruzándose en el camino con jóvenes casaderas que le miraban ruborizadas, Alex sonreía cínicamente. Aunque eso solo él lo sabía.

Anne escuchaba la aburrida conversación de sus tías con la condesa de Neweth y simuló un bostezo tras su pañuelo de seda. Con ellas se encontraba también la hija de la condesa que simulaba escuchar la conversación, mientras sus ojos volaban tras los jóvenes apuestos que pasaban por la calle.

Llevaban dos días en Londres, la fiesta de los marqueses sería aquella noche y habían salido a recoger los atuendos que habían pedido para la reunión. Era lo único que Anne había disfrutado desde su llegada a Londres. Hacía bastante tiempo que no había ido a la ciudad, por lo que muchas de las antiguas amigas de su... madre le habían perdido de vista, pero en cuanto conocían su nombre la miraban ceñudamente, como si esperaran que sacara un arma y las matara a todas. Si supieran de su afición por la caza, la haría compartir habitación con su madre en Bedlem.

Suspiró pesadamente, gesto que no pasó desapercibido para su tía Louise.

— ¿Te encuentras bien, cielo?— le preguntó la mujer entre el murmullo provocado por la conversación de las otras señoras.

—Me duele un poco la cabeza, ¿podría regresar a casa para descansar? No me gustaría estar tan enferma que no pudiera asistir a la fiesta— dijo Anne en un susurro melancólico, ya que si continuaba allí escuchando la voz de silbato de aquella mujer sí le daría dolor de cabeza.

—Claro, cariño, nosotras iremos enseguida. Lleva a Dora contigo— le dijo Louise pasándole la mano por la frente.

Anne asintió agradecida y se despidió de las mujeres, Louise se encargó de excusarla cuando tía Eleanor preguntó el motivo de su partida.

Salió de la tetería y buscó a la doncella que las había acompañado durante toda la mañana, se compadeció de ella ya que llevaba andando de arriba abajo con ellas.

—Vamos, Dora, nosotras regresamos a casa— le dijo a la doncella y esta suspiró con cansancio dándole una sonrisa agradecida.

Caminaron en dirección a la casa de los Bradford en Londres, Anne iba hablándole a la doncella sobre Mac, mientras sonreía con cariño hablando de animal. Había tenido que dejarle Bath y le echaba de menos.

Fueron a cruzar la calle, cuando pasó un coche de caballos que había perdido el control aparentemente y estuvo a punto de atropellarla. Pero de pronto se vio en el suelo, con un joven apuesto debajo de ella.

Se quedó paralizada durante unos segundos mirándole a los ojos. No sabía distinguir bien si se debía al susto o a la situación en la que se encontraba. Él tenía los ojos oscuros. Reprimió un escalofrío.

Escuchó murmullo a su alrededor y Dora la ayudó a ponerse en pie.

— ¿Se encuentra bien, señorita?— le preguntó el joven levantándose también, mientras Anne sacudía la falda de su vestido que se había llenado de polvo. ¿Por qué siempre acababa manchando su ropa?

—Sí, ha sido muy amable. Gracias— musitó la joven, debía haberse dado cuenta de que aquel coche había perdido el control, además se había encontrado en una situación demasiado comprometida con aquel joven, aunque no le importara demasiado, sabía que a sus tías sí.

Alex enarcó una ceja ante el tono malhumorado de la joven, parecía que no había acogido muy bien que la hubiera ayudado, debía estarle agradecida. Él le había salvado la vida, pensaba el joven con enfado.

Ambos estaban al mismo nivel en la sociedad, ella no debía ofenderse, su forma de hablarle le molestaba. No tenía derecho a hacerlo, se repetía como si quisiera creerlo él mismo.

—Me alegro de que no se haya hecho daño— replicó seriamente el joven, dando a entender con su tono que sentía todo lo contrario.

—Ya le he dado las gracias, señor— contestó Anne impacientemente, ¿debía arrodillarse y rendirle pleitesía? ¡Solo la había empujado!

—Pues pase un buen día— asintió Alex pasando de largo y caminando hacia la dirección que William le había dado.

Anne le vio marcharse y miró a Dora sin comprender nada. La doncella simuló una risa.

—Ha sido demasiado vehemente, milady— dijo la criada caminando tras la joven dama.

—En realidad ha sido un maleducado, yo podría haber saltado apartándome del coche y salvarme yo sola— aclaró Anne asintiendo para sí misma— Sin ayuda.

Dora volvió a simular una risa, ya que no estaba para nada de acuerdo con la muchacha. Pero ¿quién era ella para llevarle la contraria?

Anne decidió no comentar nada de su pequeño tropiezo con sus tías, ya se imaginaba recibiendo la visita de un médico por si acaso tenía algún daño. A lo mejor sí tenía un problema, si continuaba allí sentada rodeada de aquellos muchachos escuchándoles presumir ante las jóvenes lo aguerridos que eran, le

sangraría los oídos.

Se encontraba en la fiesta a la que habían sido invitadas sus tías y por la que ella había viajado a Londres. Varios de los jóvenes le pidieron bailar, las otras chicas la miraban con algo de envidia mientras sus tías asentían contentas con el trabajo que habían realizado.

Debía darles algo de crédito, desde que se fue a vivir a Bath ellas habían hecho todo lo posible por convertirla en una señorita, habían conseguido enseñarle ciertas cosas que debía haber aprendido de su madre, lo había aprendido finalmente, un poco más tarde sí, pero lo importante era que lo sabía. Sin embargo otras tareas, como bordar, no había habido manera de hacérsela entender y tampoco había ayudado que el viejo duque se hubiera dedicado a entretener a Anne con tareas más propias de un muchacho que de una señorita de familia.

Por eso se encontraba en aquella fiesta, bailando en brazos de un desconocido que sonreía fastuosamente, mientras ella paseaba la vista por el salón imaginando que estaba de nuevo en la montaña con Mac y a punto de disparar.

El joven paró de bailar y se dio cuenta de que la música había terminado. Se acercó a una mesa donde había bebidas y tomó un poco de zumo.

— ¡Anne!— escuchó llamarla su tía Louise— Mira quién está aquí, le recuerdas ¿verdad?

La mujer acudía del firme brazo de su hijo, el duque de Pendleton. Y si la fiesta no parecía lo suficientemente mala, aquello la empeoraba considerablemente.

Capítulo 3

Fue lo primero que William pensó al encontrarse frente a Anne después de nueve años. Durante todo el tiempo que había pasado en América había reconocido y aceptado ante sí mismo que nunca conocería a nadie como Amelia. Ni siquiera había intentado encontrar un reemplazo, porque eso sería. Una sustituta ya que su corazón le pertenecía a ella. Seguía arrepintiéndose de haber tomado las decisiones que tomó en aquel entonces, las cosas hubieran sido muy diferentes si él se hubiera dado cuenta a tiempo de que la amaba y hubiera hecho algo para tenerla a su lado. Cuando lo intentó fue demasiado tarde, por lo que ahora solo quedaba imaginar lo que hubiera podido ser.

Pero no se había parado a pensar en Anne. Podría decir que era adorable, pero ella nunca había empleado su encanto con él. En realidad decir que se odiaban mutuamente era poco, por su parte quizá era cierto fastidio porque no soportaba a los niños, pero ella no lo era ya, quizá podrían comenzar de nuevo. Aunque por la forma en la que fruncía el ceño no parecía muy posible. Anne puso mala cara al verle, pero el duque sonreía con sarcasmo.

—Podrías sacar a Annie a bailar, William— dijo la mujer sonriente— Los jóvenes han pisado varias veces su vestido.

—No es ne...— comenzó a decir Anne.

—Será un placer— la interrumpió William, viendo que la joven estaba incomoda y disfrutando de ello.

Sin que Anne pudiera decir nada más se vio moviendo con el duque alrededor de la pista.

—Lady Anne, está muy cambiada. Es un placer verla de nuevo— dijo William reprimiendo una carcajada, ya que la cara de ella era de circunstancias.

—Lamento no poder decir lo mismo, excelencia. El tiempo también le ha cambiado, en su caso no ha sido muy amable— contestó Anne con acidez.

Recordaba la animadversión que el duque había despertado en ella en su niñez y si era sincera, no le había sido del todo desagradable. Había sido una costumbre que entre ambos mantuvieran ese trato y no sería ella la que diera su brazo a torcer. Además no quería que estuviera cerca de su hermana, ella

era feliz ahora.

—Veo que sigues teniendo un lengua afilada, milady. Si habla en ese tono no encontrará marido— dijo William encogiéndose de hombros, en tono de provocación.

— ¿Quién le ha dicho que quiera casarme?— contestó Anne frunciendo el ceño.

— ¿No es lo que queréis todas?— preguntó irónicamente el duque.

Alex se estaba aburriendo considerablemente y tener a tres muchachas casaderas a su alrededor no le ayudaba. Se había dejado convencer por William para acompañarle a aquella fiesta. Le había dicho que era un lugar ideal para hablar de negocios y hacían nuevos tratos. Suponía que aquellas chicas le consideraban un buen partido. No llevaba allí ni dos días y su nombre circulaba entre los corrillos de cotilleos.

Si todas aquellas personas supieran la verdad, no estarían allí dispuestas a agasajarle, sino más bien todo lo contrario.

En realidad si había hecho que él aceptara ir finalmente era que de pronto, había llegado a su mente la imagen de ella, quizá estaba allí, ¿podría reconocerla entre aquellas jóvenes?

—No me ha dicho cuanto tiempo planea quedarse aquí, excelencia— preguntó Anne mientras la música dejaba de sonar, sin intentar parece educada.

—Lamento decirle que voy a alargar mi estancia, milady, es más no pienso volver a marcharme— comentó el duque ganándose una mirada de reprobación de la joven— ¿Su hermana como se encuentra?— preguntó el duque, intentando mostrar desinterés, aunque en realidad se moría de ganas por saber.

—Feliz, con sus hijos y su encantador marido— replicó Anne con cara de satisfacción.

—Intento poner de mi parte para conseguir limar nuestras antiguas asperezas, Anne— replicó el duque comenzando a cansarse de sus niñerías.

— ¿Antiguas asperezas? Me llamaba pequeño monstruo y arpía— le acusó la joven caminando fuera de la pista.

—Y usted me cerraba las puertas en la cara y me dejaba hablando solo, como ahora— dijo William, aparentemente molesto, pero la verdad era que todo aquello le estaba divirtiendo.

—Niñerías— replicó Anne haciendo un gesto con la mano y alejándose del duque hacia el jardín.

Alex se disculpó con las jóvenes y caminó hacia el jardín, no podría soportar un minuto más escuchando la conversación de aquellas jóvenes.

Vio que una joven había pensado lo mismo que él, y se encontraban a apenas unos metros, quizá su caballerosidad era más elevada de lo que

suponía. Se acercó a ella, notó con asombro que la joven era la misma que había salvado de morir atropellada y que había sido una maleducada después.

Anne miró al joven del día anterior y recordó que era el mismo con el que había tenido un pequeño intercambio de palabras no muy amable. Debía aprender a controlar su carácter, pero no era su culpa.

—Volvemos a encontrarnos— dijo Alex en un tono más seco de lo que pretendía. A las jóvenes de familia no les podía hablar en ese tono.

—Sí— contestó Anne asintiendo, luego de unos segundos de silencio se sintió en la obligación de añadir— Le agradezco que me salvara ayer, señor.

Alex asintió simplemente, ya que sabía que ella estaba siendo educada.

—No tuvo importancia— replicó el joven, mirando hacia el frente con las manos en la espalda— ¿Puedo preguntarle porque está aquí fuera? Se pierde el baile.

Anne suspiró cansinamente y amparándose en la oscuridad, comenzó a relatarle sin darse cuenta de cómo o porque, que aquello no le agradaba.

—He bailado demasiado para toda mi vida— se quejó la joven abrazándose a sí misma, ya que comenzaba a sentir frío— Mis pasatiempos difieren de los del resto.

— ¿Se pueden conocer o son secretos?— preguntó Alex, la chica notó en su tono de voz que intentaba disimular una risa.

Anne ya se imaginaba que aquel hombre creía que se quejaba como una niña pequeña, quizá lo hacía no estaba segura, pero se sentía tan fuera de lugar en aquellos eventos que parecía que decirlo la ayudaba, en cierta manera, a desahogarse, aunque era consciente de que no era decoroso por su parte.

—Podría decirlo, pero simplemente me parece que no es necesario, señor— musitó Anne mordiéndose la lengua.

Alex no pudo disimular esta vez, ya que soltó una ligera carcajada, aquella conversación le estaba siendo de lo más surrealista. Su forma de conocerse había sido de lo más extraña.

Fue a replicar para decirle que no burlara de ella cuando el duque de Pendleton, salió por el mismo lugar por donde había emergido la joven minutos antes.

La joven al verle aparecer puso cara de fastidio, ¿su salida no había sido lo bastante elocuente? Creía haber dejado claro que prefería no estar en el mismo lugar en el que se encontrara ese mentecato con título.

—Vaya, Alex, veo que ya has tenido el placer de conocer a lady Anne Phillips— dijo William dejando clara la ironía.

Capítulo 4

Ahora al verla le parecía absurdo sorprenderse tanto, pero lo estaba. Casi hubiera esperado encontrar a una niña pequeña frente a él. Anne se había quedado paralizada a la edad de nueve años en su mente. Aquella no era la pequeña que él conoció. La joven que estaba frente a él jamás le hubiera ayudado. Lo había demostrado al mostrarse tan descortés cuando la salvó de ser atropellada por aquel carruaje.

Lo diferente de la Anne que había conocido había sido su inocencia, ella no había tenido prejuicios con él, debido a su candidez pueril. La sociedad en la que ella había crecido habría destruido aquel encanto que la pequeña Annie tenía. Seguro era como todas las jóvenes criadas por la aristocracia: superficial y caprichosa.

Pero no podía negar que era preciosa. Si dejaba de fruncir el ceño, claro. No entendía como no podía haberse dado cuenta de quién era. Al mirarla bien podía reconocer sus ojos claros, sus pequeñas pecas sobre el puente de la nariz, apenas imperceptibles, si no la observabas a una distancia corta. La edad la había convertido en una joven hermosa, ya lo era de niña y ahora de adulta lo era mucho más. Pero ese hermoso rostro escondía un carácter de mil demonios. Sintió como le picaban las manos, como si quisiera probar la suavidad de aquella piel clara. Se encontró imaginando lo que escondería aquel vestido y sintió como su boca se secaba.

Debía de haber bebido más de lo que creía, porque estaba pensando nada más que insensateces.

¿Ese joven era amigo de Pendleton?, pensó Anne. Seguro que eran iguales. No

tenía en muy alta estima al duque. Nueve años sin verle y ahora estaba por todas partes, el destino se estaba burlando de ella al colocarle a la persona más exasperante que conocía ante ella.

—Yo que tú, amigo, no estaría mucho tiempo en compañía de una joven en edad de casarse y menos a solas... Podrían obligarte a casarte con ella—

continuó Pendleton sin darse cuenta de que Alex miraba perplejo a la joven.

—Quizá deberían obligarme a mí a casarme con él, ¿ha pensado eso, excelencia?— dijo Anne con furia— Si me disculpan.

Anne regresó a la fiesta para buscar a sus tías. Estaba que ardía de furia, ¿de verdad se pensaba que estaba tan desesperada por un marido que haría cualquier cosa por uno?

¡Dios la librara de alguien como Pendleton o como su amigo! Apretó los puños con fuerza y golpeó levemente una mesa que estaba junto a ella, con la suerte de que su gesto pasó aparentemente inadvertido para el resto de los invitados.

—Tiene un carácter del demonio, igual que cuando era niña— musitó William mirando hacia donde caminaba Anne, soltó una carcajada al verla golpear una mesa con furia—

O peor quizá.

— ¿Tú la conociste de pequeña?— preguntó Alex, intentando que no se notara

mucho interés en la joven, con la esperanzada de equivocarse y que definitivamente, aquella joven no fuera su dulce y amable pequeña Annie.

Casi parecía un poco desesperado por la respuesta, quizá solo se llamaba igual, pero tampoco podía parecer muy desesperado por ella, William podría comenzar a sospechar.

—Sí, era un pequeño monstruo a los diez años y ahora está aún más desatada.

Hubiera pensado que era imposible— contestó William encogiéndose de hombros— Es hija del Conde de Mawsdley, una familia caída en desgracia.

Parecía que no había forma de equivocarse, la pequeña Anne le había hablado de su familia y había oído el nombre de su familia por ella. Era Anne y no lo era a la vez. Ella casi siempre sonreía cuando le iba a llevar comida que robaba en casa o cuando le curaba. Aquella joven no lo habría hecho. Era tan... arisca y protestona.

Además, ¿qué era eso de que no se casaría ni obligada con él? Ella debía tenerse en muy alta estima como para verle demasiado inferior, apostaba a que era eso. Ella soñaría con casarse con alguien con título, nunca con un hombre rico, pero que no era noble.

Si hubiera tenido la intención de decirle quién era se acababa de esfumar. Se negaba a que ella se riera de él. No lo permitiría, jamás le diría que él era Jon, el ladrón al que había ayudado. No iba a permitir que nadie le hiciera sentir menos y menos que nadie lo haría aquella nueva Anne Phillips.

Anne bajó a desayunar a la mañana siguiente con un incipiente dolor de cabeza. Se sentía un tanto avergonzada porque William había conseguido sacarla de sus casillas. Debía

controlarse. Se arrepentía bastante de su comportamiento frente a Alex,

como le había llamado Pendleton. Ese hombre sacaba su peor faceta, pero si estaba allí seguro que debería soportarle en otras ocasiones, ya que era hijo de Louise y ella le había echado mucho de menos. Se disculparía de nuevo con su amigo, pero no con él.

Las mujeres ya estaban tomando un café cuando ella se sentó a la mesa delicadamente.

— ¿Has pasado mala noche, Annie?— le preguntó Eleanor mirándola con una sonrisa disimulada.

—La verdad que sí, el sonido de la música y de las charlas de anoche se me alojó en la cabeza y no he dormido casi nada— se quejó la joven, aunque en realidad había sido su mal comportamiento lo que no la había dejado descansar.

—Cuando regresemos a Bath podrás descansar, por cierto invité a William a pasar unos días— comentó Louise soltando aquella bomba como si fuera una buena noticia, al menos para ella lo era.

Anne se atragantó con el té y Eleanor tuvo que darle unos ligeros golpes en la espalda para evitar que se ahogara.

—Pero tiene un invitado, ¿no? Ese americano tan apuesto— dijo Eleanor pensativamente.

—Le invité también, estoy deseando que acepte, además estar en el campo les

sentará bien para recuperar fuerzas después de un viaje tan pesado— contestó Louise suspirando.

—Espero que acepte, de verdad le extrañaba— terminó diciendo la otra mujer tomando un poco de fruta.

No sabía que pasó la última vez que William Pendleton estuvo en Bath, pero no fue para nada algo bueno, ya que aquella vez su hermana y Robert pelearon. Ellas tuvieron que marcharse, Amelia lloraba desconsolada, y se separaron durante varios días, aunque había estado con Sophia, no era lo mismo. Y todo había sido culpa de él. Pendleton debía estar a lo más lejos posible de su hermana. Pobre Amelia.

Tendría que hacerle una visita, quizá siendo más mayor podría convencerle de que no aceptar la invitación. La última vez que intentó convencer a William de algo, no salió bien, esta vez tendría que ser diferente.

¿Porque siempre tenía que aparecer aquel hombre?

Mientras, en la casa del duque de Pendleton, Jon se preparaba también para bajar a desayunar.

El tampoco había podido dormir bien, algo que compartía, sin saberlo, con la joven, pero lo suyo se debía a algo totalmente diferente.

Le había costado mucho ganarse un nombre respetable, aunque su procedencia no había sido la más indicada. Cuando llegó a América comenzó a trabajar en el campo, buscando a su abuelo, con la única ayuda de un nombre

y el viejo prendedor de su madre.

Pero vivir en América no había sido tan fácil como había supuesto, había tardado unos meses más en encontrar la familia de su abuelo, solo para enterarse de que este había fallecido unos años antes. Había perdido la esperanza de tener una familia, hasta que supo que su abuelo tenía un hijo, Thomas Richmond. Entonces se presentó ante él, rezando para que le ayudara, aunque las posibilidades eran remotas. Ya lo eran de encontrar a su abuelo, pero ante aquel hombre parecían aún más reducidas.

Fue una sorpresa que su tío le recibiera con los brazos abiertos. Era viudo y sin descendencia, por lo que al escuchar su historia le había creído, sobre todo, debido al prendedor.

En la casa donde vivía había un gran cuadro de su madre, con el prendedor en su vestido. Y por fin su suerte había cambiado. Le había adoptado dándole su apellido y pagándole una educación, que por motivos obvios él no había recibido. Había tomado el segundo nombre de su tío como nueva identidad para desligarse totalmente de su pasado.

Había sido un alumno ansioso de aprender, su propia insatisfacción con lo que había vivido le había ayudado a esforzarse el doble para conseguir sus objetivos. Primero ayudando a su tío y luego invirtiendo él y consiguiendo sus propios ingresos.

¿Hubiera sido mejor quedarse en América?, no lo sabía. Posiblemente, pero

aunque su familia era americana, él se sentía inglés. Inglaterra le había visto nacer y había sido testigo de sus peores momentos. Regresar era como una especie de demostración de valores. Él había triunfado e Inglaterra debía saberlo.

Había pensado en presentarse ante Anne y agradecerle su ayuda. Lo habría hecho si los hechos hubieran transcurrido de otra manera. Ahora no quería que lo supiera, lo que para ella seguro fue un juego, para él había significado mucho. Seguía estando en gratitud con ella, pero salvarla del atropello le había eximido de ello, su deuda estaba pagada aunque nunca lo supiera.

Sin embargo no podía dejar de pensar en ella y ese había sido el motivo de su escaso sueño. La imagen de la niña, había sido sustituida por la de la joven que había visto. Le había impresionado, pese a que las mujeres le encontraban atractivo él nunca les había prestado atención en exceso, le preocupaban mucho más sus negocios y planes de futuro.

Pero ella se creía demasiado para él. La madre de William había ampliado la

invitación de William incluyéndole a él, pero no quería ir. Y menos a un lugar donde estaría Anne con sus aires de superioridad y sus gritos. Iba a entrar en el comedor, pero una voz femenina le detuvo en seco en la puerta.

—Excelencia, usted y su amigo no pueden ir a Bath— dijo Anne sin saludar entrando en el salón.

Capítulo 5

Jon se escondió tras la puerta al escuchar las palabras de Anne. Parecía increíble lo que decía. Parecía que de verdad se sentía demasiado como para compartir unos cuantos días su presencia con él. No podía creer que ella se atreviera a ir allí y prohibirle ir a Bath. Supuso que había incluido a William en su rechazo debido a su enemistad, pero que de paso quería quitarse dos pájaros de un tiro.

Pues estaba equivocada. Anne se había equivocado en su forma de proceder, si ella hubiera sabido que no tenía intención de ir no habría dicho esas palabras. De pronto sintió unas inmensas ganas de visitar aquel lugar. Es más cuantas más veces tuviera que imponerle su presencia más entretenido sería.

William enarcó una ceja levantándose lentamente de la silla ajena a lo que pensaba su amigo. Anne no quería que se acercara a su hermana. Era obvio, no confiaba en él. Y aunque el duque quería volver a ver a Amelia no tenía intención de inmiscuirse en su matrimonio. Lo hizo una vez y no volvería a cometer ese error.

—Lamento no poder cumplir sus deseos, milady— contestó William con pesar mal fingido— En unos días tendré el placer de visitar Mey de nuevo, es más deseo expresamente pasar unos días con mi madre, ¿es acaso pecado?

Anne le miró fijamente soltado un bufido poco femenino, pero no podía rebatir eso.

Es más si Louise se enteraba de que ella había intentado que William no fuera al campo se enfadaría con ella.

—Sabía que iba a ser una pérdida de tiempo intentar pedirle que se comportara elegantemente— refutó Anne molesta.

— ¿Le apetece un dulce?— le preguntó William a modo de burla acomodándose de nuevo en su sitio.

Anne se giró y se marchó indignada de la sala para regresar a su casa. De verdad había perdido el tiempo yendo allí, aquel hombre no conocía el

significado de la vergüenza ni del decoro, ni de nada.

Jon se apartó para no ser visto por la joven mientras la miraba con una sonrisa cínica. Hubiera deseado salir tras ella pero consiguió resistirse, ya tendría tiempo cuando fueran a Mey. No había dicho nada, porque no había querido meterse en aquella discusión que era ajena a él, pero tampoco le había agradado que se negara su presencia como si no fuera nadie.

— ¿Cuándo salimos hacia Bath?— preguntó Jon entrando al salón tranquilamente.

—Creía que habías dicho que no querías acompañarme— contestó William sorprendido.

—He cambiado de idea.

Anne y sus tías llegaron a Bath al día siguiente. Nada más bajar de coche, Mac la recibió con saltos y ladridos celebrando su regreso. Sus sobrinos comenzaron a corretear a su alrededor mientras le pedían que les diera sus regalos. Aquellos niños eran incorregibles. Amelia abrazó a su hermana afablemente, ya que la había extrañado, era la primera vez en mucho tiempo que habían estado varios días separadas.

Annie necesitaba hablar a solas con su hermana, la otra vez no pudo prepararla pero esta vez sí podría. Tampoco había conseguido deshacerse de William. No temía que Amelia tuviera alguna duda con respecto a los sentimientos que despertaba Robert en ella. Solo que la llegada sorpresiva del duque podría ocasionar ciertos malestares y pesambre.

—Amelia, ¿podemos hablar un momento?— le preguntó Anne mientras los niños y sus tías les adelantaban para entrar en la casa.

—Claro, hablaremos después de la comida, debes estar hambrienta— musitó Amelia siguiendo a los demás.

Anne supuso que podría esperar para decírselo, pero no contó con que sus tías se le adelantaran al dar la noticia durante la comida.

—William está de regreso en Londres, le vimos en la fiesta— dijo Louise de imprevisto.

Lo primero que hizo Robert al escuchar la noticia fue dirigir su mirada hacia Amelia, que asentía serenamente a la noticia que acababa de escuchar.

— ¿Y cómo le va?— preguntó Robert aunque en realidad no le importaba lo más mínimo.

—Muy bien, le he invitado a venir— contestó su tía.

No pasó desapercibido para Amelia que su marido no estaba nada contento con aquella noticia e imaginaba el porqué. Para ella William solo era un conocido, habían pasado cosas entre ellos pero nada comparable a lo que tenía con su marido. Aunque era comprensible que Robert no se sintiera cómodo con él allí.

Bradford se levantó de la silla y se disculpó, pues había perdido el apetito, Amelia salió rápidamente tras él disculpándose también.

Anne suspiró furiosa, ni siquiera había llegado y ya estaba habiendo problemas, ¿porque no se quedó en América otros nueve años?

—Me apena tanto que no se lleven bien— suspiró con pesar Louise.

—Lo superaran querida, ya verás. Son hombres adultos, deben comenzar a dejar de comportarse como muchachos— gruñó Eleanor molesta por el comportamiento de su hijo.

> pensó Anne tomando un poco de agua.

Amelia cerró la puerta del despacho de su marido, después de haber entrado tras él. No dudaba del perdón de su marido hacia ella, ambos habían tratado ese tema. Estaba segura de que Robert no le guardaba ningún rencor y que no dudaba de ella. Pero la sola mención de su primo conseguía enfadarle.

—No le quiero aquí— gruñó Robert mirando por la ventana con gesto pensativo— Y

mucho menos cerca de ti.

—Tu tía le echa tanto de menos, Robert, es normal que le quiera de regreso. Es injusto que ella deba sufrir por mi culpa, me hace sentir culpable— musitó Amelia con un suspiro.

Había sido difícil ver a la Louise triste por la ausencia de su hijo, sabiendo que ella era la causa.

—Solo es culpa de él, Melly. Pero comprende que no le quiera cerca de ti, no es fácil para mí volver a mirarle a la cara y...

Amelia le agarró la cara con ambas manos y le besó dulcemente, mientras los brazos de Robert la rodeaban.

—Y nada, él se marchará de nuevo y nosotros estaremos como hasta ahora— musitó Amelia abrazándose a él, pues era lo que iba a pasar.

—Más le vale, o le echaré a patadas sin contemplaciones— amenazó más tranquilo Robert apoyando su frente sobre la de su esposa— Otra vez.

Anne y Amelia observaban como su cuñado enseñaba a montar a Robbie ante la atenta mirada de su hijo menor que pataleaba en los brazos de su padre. Sus tías hacia un buen rato que se habían ido para descansar. Aunque estaba segura de que iban a comenzar a preparar la llegada de sus invitados.

—Antes querías avisarme sobre la visita de William, ¿verdad?— preguntó Amelia con media sonrisa, pues su hermana había llegado especialmente molesta de ese viaje.

—Sí, hubiera preferido que no lo supieras así. Pero Louise está tan emocionada— musitó Anne con un poco de pena, mientras acariciaba el lomo de Mac, sentado junto a ella— Pero no quería que estuvieras triste de nuevo por su culpa.

—William no puede hacerme sentir triste, Anne. Hace mucho tiempo que no puede— continuó Amelia— Hay muchas personas que pueden hacerme sufrir, pero William Pendleton no es una de las más importantes.

— ¿Entonces no te afecta que venga?— preguntó Anne sintiendo cierto alivio al oír eso. Aunque había estado segura de los sentimientos de su

hermana por Robert, era una alegría oírlo de primera mano.

—Por supuesto que no, Louise merece que su hijo pase tiempo con ella y yo tengo tanta intranquilidad con los míos que no tengo tiempo de preocuparme por ese hombre— finalizó la joven con una carcajada— Pero he oído que no viene solo... ¿Sabes quién le acompaña?

—Mmm... Sí, un americano— musitó Anne con despreocupación.

— ¿Es guapo?— preguntó Amelia viendo como su hermana se sonrojaba.

— ¡¿Qué importa eso!?! Parecía que tenía muchas admiradoras en la fiesta, pero es un maleducado. Y no quiero oír más de ese asunto— terminó Anne dando por zanjada de la conversación.

Amelia asintió reprimiendo una risa. Sentía curiosidad por ver a ese americano, solo por el placer de ver a su hermana rabiar un poco.

Capítulo 6

Anne terminaba de arreglarse aquella mañana cuando su doncella entró en la habitación cargando con un gran ramo de flores. La joven miró el obsequio con un suspiro exasperado, pues sabía quién lo enviaba.

La doncella colocó el ramo sobre la mesa y quitó las flores secas que había en el jarrón para cambiarlas por las frescas. Recibía uno igual todas las semanas, aunque había pedido que dejara de hacerlo.

Edward Norton, hijo y heredero del actual Conde de Metcalfe, era un joven un tanto desgarbado que proclamaba su amor por Anne a los cuatro vientos y que cuya conquista se había convertido en un aparente reto personal. Se habían conocido hacia unos años en una reunión entre los aristócratas de la zona y Edward no cejaba en su empeñamiento desde entonces, aunque Anne no hacía más que intentar desanimarlo.

Suponía que él creía firmemente que se sentía alagada ante sus regalos pero solo conseguía colmar su paciencia. Si no fuera porque vivía en una de las propiedades vecinas y que sabía que él joven era corto de entenderás le habría gritado que la dejara tranquila.

Había estado tentada en varias ocasiones de hacerlo, pero intentaba controlarse a menudo, además siempre que venía a visitarle ella escapaba por la cocina y no regresaba hasta asegurarse de que se había ido. Esto debería hacerle comprender que no quería nada con él, pero parecía que lo hacía insistir mucho más.

Miró las flores con un suspiro de cansancio, solo le faltaba lanzárselas a la cabeza.

Salió de la habitación y caminó hacia las habitaciones del viejo duque para saludarle.

El anciano duque siempre había sido gruñón y aun lo era, pero era cierto que Anne había conseguido ablandar un poco su dura coraza. Sus comentarios continuaban siendo algo ácidos, pero cuando eran rebatidos en el mismo tono por la muchacha la cosa cambiaba y el hombre terminaba bajando el tono. Anne estaba segura de que bajo esa fachada de viejo gruñón había un gran hombre y lo había demostrado con todo lo que había hecho por ella.

Dio unos golpes a la puerta y la ayuda de cámara del anciano abrió ligeramente la puerta para recibir a la visitante.

—Vengo a saludar a su excelencia, Gerald— dijo Anne intentando mirar por encima del hombro del sirviente.

—Su excelencia se encuentra indi...— comenzó a decir, pero una voz desde el interior le interrumpió.

—Deja pasar a esa muchacha, Gerald y tráenos el desayuno— ordenó el duque y posteriormente comenzó a toser roncamente.

El criado se apartó de la puerta y dejó pasar a la joven, para después salir a hacer lo que le había ordenado su señor.

Anne se acercó a la ventana y abrió las espesas cortinas para dejar pasar la luz del día.

— ¿No es un poco tarde para continuar en la cama?— preguntó Anne en tono de regaño, colocando ambas manos en su cintura.

— ¿No es un poco tarde para visitar a un anciano moribundo después de andar de fiesta en fiesta con esas cacatúas?— rebatió el duque sentándose en la cama tosiendo de nuevo.

—Usted no está moribundo y ellas no son cacatúas— dijo la joven sentándose en el sillón que había junto a la cama.

— ¿Y no me vas a contar como fue esa fiesta, niña? ¿Algún truhan ha conseguido hacer suspirar ese pequeño corazón?— continuó el anciano en tono irónico como si ella no hubiera hablado.

—Solo me he aburrido miserablemente, además ¿no cree que tengo suficiente con las constates proposiciones de Edward Norton?— contestó Anne con aburrimiento apoyando la barbilla en su mano.

—Ese enclenque no es lo suficientemente hombre como para domar a mi pequeña fiera— dijo el duque malhumorado mientras cogía su pipa de la mesita.

—No necesito que nadie me dome, al menos a usted le parece gracioso todo esto— le impelió la joven arrebatándole la pipa— Y usted no puede fumar.

—Y tú no puedes cazar y lo haces— repuso el hombre abriendo el cajón tosiendo de nuevo y colocando un pañuelo sobre su boca.

Anne le miró enarcando una ceja, si ella cazaba era porque él la había enseñado, pero se guardó la pipa del duque. Sabía que el hombre nunca la delataría, él hacía mucho tiempo que no podía pasear libremente por la propiedad a caballo o cazar también. Su enfermedad se lo prohibía y aunque a Anne le dolía pensarlo siquiera, era cierto que el hombre cada vez parecía más débil. No podía ni siquiera imaginar cómo sería cuando finalmente él les dejara.

—Además William Pendleton va a venir visita— dijo Anne quejándose, sin

mencionar a su amigo americano, del que aun quería disculparse de verdad. No la entusiasmaba la idea de que él pensara que ella era una maleducada.

—Y por tu tono debo suponer que no te gusta demasiado que venga— intuyó el anciano con una carcajada.

Anne le miró enarcando una ceja, obviamente no le gustaba nada que él viniera, ¿es que acaso era la única persona cuerda que quedaba en aquella casa?

Jon bajó del coche y aspiró el aire puro del campo. Desde que había decidido acompañar a William a la casa de su madre, se había sentido incomprensiblemente nervioso. No quería aceptar que el motivo principal era encontrarse de nuevo con Anne. Aunque estaba decidido a no desvelarle su identidad si es cierto que le causaba curiosidad.

Anne había cambiado eso era un hecho, pero quería conocer a esa Anne también.

No sabía porque, si su idea principal era agradecerle su ayuda y marcharse alegremente, al verla no podía hacerlo. Sabía que no le caía bien, como tampoco le agradaba William, pero él estaba decidido a hacerla soportar su presencia.

Sería divertido verla rabiar, porque era lo único que hacía y de paso hacia valer que no era ningún ser inferior a nadie. Ya no. Él había ganado su fortuna por sus propios esfuerzos y no se le había venido regalado por ningún título como a su familia.

—Por fin estas aquí— dijo la madre de William abrazándole con entusiasmo— Y

usted, señor Richmond espero que le agradé su estancia aquí.

—Seguro que sí, señora Ramsey, le agradezco su invitación— contestó Jon con un asentimiento de cabeza.

—Tu madre ha preparado una comida especial de bienvenida, no lo hagamos esperar más— dijo su hermana sonriendo— Además hemos pensado en organizar una pequeña fiesta para celebrar tu regreso.

William enarcó una ceja, seguro que había más de una persona que no se alegraba especialmente de su regreso. Comenzaron a conversar de las noticias que había sucedido desde su partida, aunque él conocía algunas por las cartas que había estado intercambiando con su madre, aunque había sido difícil.

—Anne está muy cambiada— dijo William haciendo la constatación de un hecho mientras tomaban asiento a la mesa.

Jon de pronto puso atención a la conversación, ya que mientras los temas anteriores no eran de su gusto, este en especial sí lo era.

—Sí— dijo Eleanor con un suspiro dramático— Está resultando muy difícil conseguir que Anne muestre interés en algún muchacho, por eso tu fiesta de bienvenida será una especie de tapadera.

¿Querían casar a Anne Phillips?

Jon se removió incómodo en su asiento, porque no le estaba gustando nada lo que estaba escuchando. No quería imaginar a Anne casada con nadie, eso no podía pasar. Con ese carácter que tenía ella terminaría volviendo loco a quien quiera que fuera el desdichado afortunado. Tenía que evitarlo, era solidaridad

masculina.

Capítulo 7

Al día siguiente, Anne salió pronto de la casa, dejando una nota a su hermana para que no se preocupara. Le encantaba pasear por el campo por la mañana y mientras había estado en la ciudad no había podido hacerlo, por lo que volver a su rutina diaria era fantástico.

Sacó a Mac del establo, donde el animal dormía y este la recibió moviendo su rabo con alegría. Mac era su mejor amigo y lo sería para siempre. Era el único que la escuchaba y que la quería incondicionalmente, además de su hermana claro. Estaba segura de que nunca había una amistad más sincera que la que podía llegar a forjarse con un animal. Aunque aparentemente el perro tenía un aspecto imponente debido a su tamaño y a sus dientes, en el fondo era un amor.

Y Anne significaba lo mismo para él. Ya que el perro demostraba una defensa fiera de su ama como si la vida le fuera en ello.

—Buenos días, Mac— le saludó Anne mientras el perro comenzaba a lamerle la

cara— Mac, ponte serio— le dijo al perro con un amago de sonrisa, mientras el animal se sentaba sobre sus patas traseras a la espera de la orden —Te llevaré conmigo si prometes que no harás ruido como la otra vez.

Anne miró fijamente a los ojos del perro y parecía que la entendía, casi podía ver como el entendimiento hacia mella en sus pupilas. Asintió. De pequeña había estado segurísima de que Mac podía comprender todo lo que le decía y al crecer esto no había cambiado para nada.

Salió del establo seguida de Mac, caminando alegremente junto a ella. Había

intentado muchas veces subir a Mac a su habitación para durmiera con ella, pero cuando fue creciendo había sido imposible continuar haciéndolo. Necesitaba mucho espacio para descansar y los muebles ya sufrían demasiado con la existencia de sus sobrinos, como para aguantar también los destrozos de Mac.

Iría primero junto al río, ya que Mac parecía sediento de correr de un lado para otro.

Cuando estaban a punto de llegar el perro se frenó en seco y comenzó a olfatear. Después comenzó a correr campo a través, mientras Anne salía corriendo tras él. Si iba como un loco podría perderse.

Comenzó a llamarle a gritos, ya que el animal era mucho más rápido que ella y lo había perdido de vista. Le escuchó ladrar a algo, seguramente habría captado el olor de algún conejo o liebre, él solía salir tras ellos para cazarlos.

Salió de entre los árboles llegando hasta un claro donde se encontraba Mac sobre un hombre que intentaba quitárselo de encima.

Anne apretó un poco el paso para conseguir quitárselo de encima, él nunca solía hacer ese tipo de cosas.

—Lo siento, él no es agresivo— comenzó a decir Anne mientras quitaba al perro de encima del hombre, aunque Mac no había intentado morderle, simplemente había comenzado a lamerle alegremente, solo que el pobre no medía su fuerza.

—Se parece a su dueña, ¿quizá?— repuso el hombre y Anne le miró frunciendo el ceño, hasta que vio al hombre ponerse en pie y reconoció al amigo de William Pendleton.

Jon había desmontado unos momentos para descansar después de un largo rato

cabalgando cuando de pronto había aparecido ante él el perro y se sin previo aviso se había visto en el suelo. No podía decir que el animal le había atacado por que no era cierto, simplemente había comenzado a lamerle la cara alegremente. No le desagradaban los animales, pero debía admitir que había sido un tanto incómodo, lo que no esperaba era que fuera la mascota de Anne Phillips.

Visto claramente, no podía negar que era un hombre apuesto... Le resultaría extremadamente guapo si ella estuviera interesada en encontrar marido, pero como no era el caso, podría hablar con él sin que su corazón diera brincos de alegría por que un hombre así la mirara como le pasaba a las otras chicas tontas de su edad. Ella era diferente, no le iban esas cosas. Pero a Anne le tembló ligeramente la voz al decir:

—Yo no soy agresiva— mientras él se sacudía la ropa llena de hierbajos.

Jon la miró enarcando una ceja sarcásticamente. Quizá agresiva era demasiado, adorable era la palabra más exacta. Y más aún aquella mañana. Estaba mucho más hermosa a la luz del sol, sin un vestido pomposo, ataviada simplemente con un sencillo vestido, casi parecería una adorable granjera. Si no fuera por la postura altiva de su frente.

—Entonces solo una ingrata— terminó diciendo Jon cruzándose de brazos.

—Mire, señor...— Anne le miró insistentemente y Jon sintió un pequeño trazo de decepción. Anne no recordaba su nombre.

No le gustó nada este hecho, porque eso significaba que apenas había pensado en él y aunque eso era absurdo, de verdad le importaba que ella le hubiera olvidado en apenas unos días, pero claro, para ella él no era importante. Apenas era nada comparado con la clase de personas que ella solía codearse. La decepción comenzó a transformarse en furia, ya que él no

había podido sacarla de su cabeza en esos días. Apretó los puños con fuerza pero intentó relajarse, prometiéndose que jamás volvería a olvidar su nombre.

—Alexander Richmond, milady— finalizó diciendo, haciéndole una pequeña reverencia.

Anne notó la burla con la que se presentó como si le molestara que no recordara su nombre, pero realmente William nunca llegó a decir el nombre de su amigo americano frente a ella. Recordaba que el duque la presentó a ella, pero nunca se dijo el nombre del hombre y lo hizo ella no le escuchó, pero tampoco tenía nada de malo, ¿no? La chica pasó ese pequeño gesto altanero por alto, ya que si quería disculparse con él, no debía volver de nuevo a mostrarse molesta. Además, probablemente no volverían a verse.

—Señor Richmond, me gustaría reiterarle mi agradecimiento por su ayuda ante

aquel coche descontrolado en Londres, tenía un día bastante estresante y probablemente usted sufrió las consecuencias y me disculpó por ello. Al igual que por aquella escena bochornosa que usted presenció entre el duque de Pendleton y yo— comentó Anne con ton mientras Mac comenzaba a andar alrededor de ellos.

—Ya le dije que agradecía su gratitud y ahora sus disculpas. Lo habría hecho por cualquiera— dijo Jon molesto, sin importarle ser descortés, es más estaba seguro de que era el tipo de comportamiento que ella esperaría de alguien de tan poca clase como él.

Anne le vio caminar hacia su caballo sorprendida, ¿él lo hubiera hecho por cualquiera? ¿Cómo podía ser tan desconsiderado? Caminó a paso ligero tras él. De pronto Jon se paró en seco y se giró haciendo que Anne casi chocara contra él, pero quedando uno muy cerca del otro.

Anne pudo apreciar que el americano tenía los ojos oscuros y duros, ¿se presencia le molestaba? ¡Pues qué bien!

—¿Algo más?— preguntó Jon con voz aburrida, aunque debía aceptar ante sí

mismo que aquella cercanía inesperada le estaba resultando perturbadora.

—Sí, que está invadiendo propiedad privada. Usted no puede pasear por aquí—

musitó Anne dando un paso hacia atrás soltando lo primero que se le vino a la cabeza, además de un tono remilgado muy impropio de ella.

—Soy invitado de lady Ramsey, milady. No soy ningún delincuente y puedo pasear por donde quiera— repuso Jon agarrando las bridas de su caballo más enfadado aun.

Él sabía que ella no le había querido allí, se lo había dicho a William, por ese simple motivo había ido, por llevarle la contraria y por verla de nuevo también. La otra vez había sido todo tan repentino que casi no había tenido tiempo de asimilar nada. No podía imaginar cómo alguien como la pequeña Annie podría haberse convertido en una muchacha tan prepotente como la que tenía ante él. Pero era esta joven la que le causaba curiosidad, no la niña que

había sido.

Anne le miró intentó rebatir ese argumento, pero entonces Jon se montó sobre el caballo y se marchó dejándola allí plantada como si fuera una planta. De verdad era un maleducado aquel tipo...

La joven silbó llamando al perro para regresar a casa. Había pensado en cazar durante la mañana pero aquel tipo le había quitado las ganas. Estaba de acuerdo en que no había sido amable la primera vez que le había visto, pero lo había intentado. Él debía haber correspondido a su amabilidad también, pero parecía que le caía mal por algún motivo. No le gustaba que la tratara como si fuera una pánfila. Ella no era así, era mucho más que una dama en apuros. Quizá era eso, a lo mejor el señor Richmond era la clase de hombre que necesitaba que todas las mujeres le rindieran pleitesía eterna por existir tan solo. Pues ella no era así, si esperaba eso de ella se había equivocado claramente.

Pero claro, lo que había pasado por alto había sido que si él estaba allí también lo estaba Pendleton. Aunque, después de haber hablado con su hermana estaba más tranquila. No.

Ahora preferiría soportar durante horas a William en vez de su amigo, sobre todo porque no le gustaba, se dijo fuertemente a sí misma.

Capítulo 8

Anne entró en la casa bastante molesta. Realmente ella no había hecho nada para tener una reacción así por parte de aquel hombre. Ella había cometido un error con él, pero había intentado disculparse. De verdad estaba agradecida, pero no tanto como para besar sus pies.

Pensándolo bien era normal que fuera amigo de William Pendleton, eran idénticos y ambos conseguían sacarla de quicio. Pasó por delante de la sala donde se encontraban Amelia y sus tías haciendo unas anotaciones mientras tomaban el té. Escuchó como la llamaron cuando la vieron pasar.

—Buenos días, cielo, has regresado pronto— la saludó Amelia haciéndole un espacio en el sofá donde estaba sentada.

—Sí, hacía calor— se excusó la joven sin decir nada más— Ustedes también han madrugado bastante.

—En realidad hemos venido para preparar la lista de invitados para la fiesta— contestó Eleanor terminando de tomar notas en las hojas que tenía sobre la mesita que había junto a ella.

—¿Fiesta?— preguntó Anne con evidente desagrado.

—A Louise se le ha ocurrido celebrar una fiesta de bienvenida para su hijo. Quiere invitar a toda la gente importante de la zona— le explicó Amelia con una media sonrisa.

Amelia veía como la cara de hermana iba cambiando paulatinamente a un desagrado profundo. Aunque las otras mujeres no habían dicho nada, estaba segura de que a aquella fiesta también se invitaría a los jóvenes solteros y también sabía que Anne lo imaginaba.

—Será el acontecimiento de año— terminó Louise— ¿Nos ayudarás, Annie?

Anne asintió sin mucho entusiasmo, porque sabía que eso haría feliz a su tía, pero estaba decidida a pasar toda la fiesta junto a Amelia, no soportaría ni un baile más.

Las mujeres comenzaron a decir un nombre tras otro de las familias de la zona.

Algunos fueron desechados debido a que se encontraban de vacaciones,

visitando un pariente o de luto.

— ¿Y la vizcondesa de Labourd?— terció Amelia después de que las mujeres dieran por finalizada la lista.

—No creo que su presencia sea adecuada, Amelia, tú también has oído los rumores y no quiero a esa... señora cerca de mi hijo. Me niego a que le convierta en su próxima presa— dijo Louise con tono remilgado.

Amelia frunció el ceño con contrariedad, no creía que Louise fuera tan ingenua en lo concerniente a su hijo. Él había sido capaz de lidiar con Dorothy Leblanc, la vizcondesa no sería ningún problema para él, aunque estaba segura de que el duque no sería del agrado de Aurora.

—A mí me agrada— comentó Anne recibiendo una mirada de reproche de su tía— Y creo que sería descortés no invitarla, tía Louise, al fin y al cabo solo son rumores.

—Es cierto, debemos incluirla— terminó Eleanor escribiendo el nombre de la mujer en el papel— Y ahora sí, comenzaremos a hacer las invitaciones. Queremos que se celebre en una semana.

Louise no volvió a abrir la boca en el rato que las mujeres continuaron allí, seguía indignada con la presencia de aquella francesa en la fiesta de su hijo.

Aurora Humbert, vizcondesa viuda de Labourd, era una mujer joven y hermosa de cabellos dorados a la que encantaba coquetear con todo lo que llevara pantalones. Se decía que la vizcondesa había engañado a su marido cuando aún vivía. El vizconde había sido un anciano cuando se casó con la joven Aurora Humbert que era de una familia rica venida a menos. Este murió apenas dos años después de desposar a la joven y esta se había marchado a Bath, se decía que huyendo de Francia ya que todos conocían sus andanzas allí y aquí no habían sido menos. Aurora continuaba teniendo varios amantes, la mayoría casados, por eso las mujeres de familia no la querían cerca de sus maridos o sus hijos. Y Louise no quería que William se viera tentado por aquella dama. Pero también era consciente de que no invitarla sería descortés, por lo que debía aceptar que para no levantar habladurías aquella mujer fuera invitada, muy a su pesar.

—Mañana podrías venir a comer, Annie y me ayudas a transcribir las invitaciones— le propuso Eleanor mientras las mujeres caminaban a la puerta para despedirse.

Anne quería negarse, no quería estar en el mismo lugar que aquellos dos, aunque por motivos diferentes. El señor Richmond la había perturbado demasiado quizá y William conseguía enrabiarla demasiado, pero no ir significaría dejar que Eleanor se cargara con esa responsabilidad completamente, ya que Louise se haría cargo de la comida...

—De acuerdo, allí estaré— asintió Anne muy a su pesar besando las mejillas de sus tías.

Cuando el coche donde viajaban las mujeres se alejaba por el camino, Anne le preguntó a su hermana:

— ¿Y los niños?— era extraño que no estuvieran liando algún estropicio.

—Con la niñera, cuando llegaron Eleanor y Louise iban a despertarlos, ¿realmente no pasó nada en el campo? ¿Te encontraste un animal salvaje?— preguntó Amelia pasando su brazo por la espalda de su hermana.

—Algo parecido...— musitó Anne pensando en el señor Richmond— ¿Robert está en su despacho?

—No, salió muy temprano esta mañana para votar para la Cámara de los Comunes— contestó Amelia encogiéndose de hombros.

—Ah, sí... Recuerdo cuando fue la otra vez también hace unos años... ¿Te imaginas que alguna vez pudiéramos votar nosotras?— dijo Anne en tono pensativo.

— ¿Nosotras, cielo? No creo que sea posible. Esas son cosas de hombres — contestó Amelia con una carcajada.

—Pero podrían ser cosas nuestras también, vivimos aquí, creo que deberíamos poder decidir...— comenzó a Anne a decir mientras su hermana la miraba admirando su inocencia.

—Annie, muchas veces dices unas cosas... Vamos a almorzar, cielo— la interrumpió Amelia con una sonrisa caminando de regreso a la casa.

Anne suspiró con pesar, pero Amelia tenía razón. Por muy injusta que fuera la situación no parecía que fuera a cambiar... Aunque le gustaba imaginar que algún día la voz de una mujer se escucharía tan alta como la de un hombre.

Jon bajó del caballo y lo encerró en su establo sin poder creer aun que le hubiera molestado tanto que ella no recordara su nombre. Había sido una niñería por su parte y se creía mucho más maduro que eso. ¿Cambiaría en algo que para ella no fuera importante? Porque lo era, muy importante. Podría comprarse un título, quizá así ella mostraría interés de verdad en él.

Tenía tanto dinero y poder para hacer lo que quisiera. Para tener a la mujer que quisiera, como si quería una esposa. No tendrían que obligar a nadie a que se casara con él cuando decidiera hacerlo, si acaso quería, podría tener a la que quisiera.

No quería sentirse así, porque parecía que ella tenía algún tipo de poder sobre él para herirlo y no era así. Había sido un error ir allí, ni su curiosidad ni Anne merecían que él perdiera la tranquilidad. Es más debía coger un barco y regresar a América, y que se casara con el mismísimo Rey de Inglaterra si quería. Sí, porque no le importaba.

—Pareces furioso, Alex, ¿ha pasado algo?— le preguntó William que había visto pasar por delante de él a su amigo y este ni siquiera se había percatado de su presencia.

—Me encontrado con una serpiente, solo eso— musitó Jon cerrando de un portazo la puerta del establo.

¿Pero porque iba a irse él? Con obviar su presencia sería más que suficiente, además seguro que la hería en su orgullo. Habría muchas mujeres dispuestas a estar con él y a acordarse de su nombre. Y se lo demostraría.

No volvería a olvidarse su nombre ni su rostro ni a él. Conseguiría que no pudiera sacarse su rostro de la mente, así como él no podía olvidar el suyo.

Capítulo 9

Pensó Anne mientras se admiraba en el espejo. Se había dejado el pelo castaño suelto para que le cayera por la espalda como una cascada, con la única sujeción de un lazo.

Además se había vestido con un traje en color beige que era el que mejor le sentaba. Y no había sido para nada porque fuera a comer con el americano, claro que no.

Simplemente tenía ganas de verse hermosa para la comida, a ella no le interesaba para nada llamar la atención de ningún caballero, nunca lo había querido y esa vez no sería la primera. Le encantaba verse guapa, pero por el simple hecho de sentirse hermosa ella misma, no necesitaba que nadie le dijera que lo estaba si ella lo sabía.

Asintió conforme con su aspecto y cogió su sombrero a juego con el vestido para colocarlo sobre su cabeza, al igual que el parasol que llevaría aquel día.

—Tía Anne, quiero ir contigo— le dijo Robbie interceptándola cuando salía de su habitación.

—No voy a pasear voy a casa de tu abuela, Robbie— le dijo cogiéndole de la mano para bajar las escaleras.

—No importa, quiero ir, prometo portarme bien— pidió de nuevo el niño mirándola con ojos de corderito.

Anne le miró con aire de sospecha y de pronto se escuchó a una de las criadas gritar desde la cocina. La joven miró a su sobrino que apartaba la vista con aire despistado mal disimulado.

Amelia salió del salón con James en brazos y miró interrogativamente a su hermana mientras caminaba hacia la cocina, seguida de esta y de su hijo mayor.

—Señora Bradford había un sapo dentro de la olla de sopa— comenzó a decir la cocinera que se encontraba subida en una de las sillas.

—No he sido yo, mamá— musitó lastimosamente el niño mirando a sus pies.

Anne disimuló una risa y le costó una mirada reprobatoria de su hermana,

pues era más que obvio que había sido el niño.

—Robbie, por favor— le regañó Amelia con tono cansino— Lo siento mucho, señora Walker, no volverá a pasar, y usted, señor vaya al despacho de su padre— le dijo seriamente al niño.

Robbie comenzó a caminar lentamente hacia donde le había enviado su madre, seguida de esta y de su tía. Su hermano menor pidió que le dejaran en el suelo y caminó junto a su hermano hacia el interior del despacho.

—No sé cómo hacerle entender que hacer esas cosas está mal— se quejó Amelia suspirando en la puerta— Creo que soy un desastre como madre.

—Claro, que no, Melly. Eres la mejor madre del mundo y lo has demostrado con creces muchas veces— la consoló Anne que hubiera preferido no tener que ir a comer a Mey.

—Gracias, cariño — asintió Amelia no muy convencida, aunque Anne estaba segura de que si alguien conseguiría hacerla reír era su marido —Pero tú debes marcharte ya, saluda a las señoras de mi parte y pasa un buen rato, cielo.

Anne asintió con pesar, pero salió de la casa en dirección a Mey.

Jon aceptó el vaso de coñac de mano de mano de su amigo, William Pendleton. Se había enterado aquella mañana de que Anne iba a ir a comer a Mey debido a algo de la fiesta que quería organizar y llegaba tarde.

Se sentía como aquellas veces en las que esperaba pacientemente a que le llevara la comida y que por algún motivo se retrasaba. Solo que en aquel momento no le hacía falta que ella llegara para comer. Hubiera preferido no estar y no estaría si él fuera el anfitrión del lugar.

Pero su condición de invitado le obligaba a permanecer allí de forma educada.

Tampoco entendía porque le daba tanta importancia a algo no la tenía, nunca se había portado tan obsesivamente como lo estaba haciendo con aquel tema.

Escuchó el sonido de la campana de la puerta y tomó todo el líquido de un trago, lo necesitaba.

—También me dan ganas de beber cuando aparece— musitó William con una carcajada, mientras hacía un silencioso brindis con su amigo.

Anne entró en el salón donde se encontraban los dos hombres del brazo de su tía Eleanor. Durante toda la noche anterior y el camino hacia allí habían decidido mantener la calma.

No iban a sacarla de quicio. Ella era mucho más inteligente que todo eso.

—Ahora que Anne ya ha llegado, podemos ir a comer— afirmó con una sonrisa Eleanor conduciéndoles hacia el comedor.

La comida pasó sin incidentes. Solo llenaba la sala la incesante conversación que mantenían las dos mujeres sobre la fiesta que iban a realizar y de ese modo no se percataron de ambiente tenso que había.

Anne miraba de reojo al señor Richmond pero este ni siquiera se había dignado a cederle un saludo, en ese aspecto William había sido mucho más

elegante, al final iba a resultar que era mucho más caballero que el americano.

Lo que ella no sabía, era que Jon sí que se había dado cuenta de que le miraba y sentía una especie de satisfacción saber que ella le observaba, porque él estaba empleando toda su concentración en no mirarla a ella fijamente. No iba a creer que se hubiera esmerado tanto en arreglarse por impresionarle a él, ya que sabía que para Anne no era nada. Sin embargo no podía evitar que llamara su atención.

Era una joven hermosa, no podía negarlo. Ella lo era y notaba que estaba acostumbrada a llamar la atención. Con él lo había conseguido. Aunque no la miraba era consciente de los movimientos que hacía la joven frente a él, pero estaba muy orgulloso del control que estaba manteniendo y seguro que no le gustaba.

Después de la comida, Anne y Eleanor se marcharon al otro salón para comenzar a

transcribir las invitaciones, debían hacerlo con cuidado y concentración pues cada fallo significaba comenzar la invitación de nuevo. Y debían terminar cuanto antes para poder enviarlas. Sin embargo la mente de Anne no estaba muy centrada y apenas había conseguido realizar dos invitaciones si errores. Y todo era culpa del señor Richmond.

¿Porque parecía que ella tenía la culpa del comportamiento extraño de aquel hombre? ¿Y porque simplemente no lo dejaba pasar como si nada? Aunque pareciera lo contrario debido a su particular enfrentamiento con el duque de Pendleton, Anne no se consideraba una persona beligerante. Tenía carácter y le gustaba hacer valer su opinión sin ofender a nadie. Sin embargo parecía que había otra persona que conseguía hacerla perder la paciencia y era desagradable. Y más aún cuando no se podía tratar con esa persona. Los hombres eran unos desconsiderados y unos caprichosos.

Quizá el americano pretendía que suspirara tras él como una boba. Pues se equivocaba y se lo haría saber, claro que sí.

—Annie, ¿porque no sales a que te de un rato el aire? Parece que necesitas despejarte un poco, cielo— comentó Eleanor mientras observaba como la joven volvía a desechar una hoja debido a un fallo.

Anne iba a contestar para negarse cuando vio cruzar al americano por la ventana.

Por lo que cambió de parecer rápidamente.

—Tiene razón, volveré en un momento, tía, siento mucho retrasarte— dijo la joven arrepentida de verdad.

—No importa, cielo— asintió Eleanor continuando con su tarea.

Anne salió del salón hacia el jardín a paso ligero, dispuesta a interceptar al señor Richmond que entraba en el establo en ese momento, sin pensar siquiera en que aquello no era decoroso para una joven soltera como ella, siguió su impulso y entró tras él.

—Señor Richmond, me gustaría hablar con usted— le impelió Anne colocando sus manos en la cintura.

Jon la había visto seguirle, por eso había decidió entrar precisamente en aquel lugar, allí al menos no les escucharían discutir y no tendría problemas con sus anfitriones.

— ¿Ha hecho algo por lo que deba disculparla de nuevo?— preguntó irónicamente Jon cruzándose de brazos y mirándola con actitud altiva.

—Grosero... ¡En realidad, usted debe disculparse conmigo! — contestó Anne volviendo a odiar ese horrendo tono remilgado impropio de ella, ¿porque siempre le pasaba con él? De hecho parecía que él la hacía parecer arrogante y altanera.

—¿Yo? — gruñó Jon con una carcajada seca, dando unos pasos hacia ella — Es usted quien me persigue incasablemente, milady.

—¿Realmente cree eso? Debe tener algún problema en la cabeza— replicó la joven con un bufido poco femenino.

—Y comienza a agobiarme— continuó diciendo en tono burlón, poniendo una voz más aguda— ¿Dónde está su decoro?

Sabía que se estaba comportando como un niño, pero era divertido hacerla rabiar.

Ya que no iba a dejarse amedrentar por ella. Anne debía comprender que él estaba al mando de lo que fuera aquello y que no haría lo que ella dijera. Tenía tanto derecho como ella a estar allí, le habían invitado y no se marcharía por complacerla a ella.

—¿Cómo se atreve a burlarse de mí! Si le parezco tan insoportable ¿porque no se marcha? — le gritó Anne con gesto grave.

—Porque no acepto órdenes de una niña exagerada y testaruda como usted—contestó Jon con una sonrisa sarcástica, retomando su tono de voz normal.

—¿Se puede saber porque me trata así?— preguntó la joven mirándole estupefacta— Ni siquiera me conoce.

>, pensó él, pero no lo dijo, no iba a decírselo jamás. Sabía ciertamente estaba teniendo una reacción desproporcionada a todo lo que ella decía. Simplemente con no haberla visto más se hubiera solucionado todo, pero no había podido dejarlo. Por algún motivo que desconocía quería continuar en contacto con ella.

—Será mejor que dejemos esta tediosa conversación que no lleva a nada, creo que está siendo demasiado ridícula— terminó diciendo el joven, sin responder claramente— Y que cada uno vaya por su camino.

— ¿Ridícula? ¿Qué clase de educación reciben los americanos que no saben tratar con una dama? — preguntó Anne dispuesta a marcharse, había sido un error ir tras él.

Anne le dio la espalda y se disponía a marcharse cuando sintió un agarrón en el brazo que la hizo girarse bruscamente y se encontró siendo besada rudamente por el furioso americano.

Capítulo 10

No era un beso dulce, ni amable, ni gentil. Jon no pretendía ser cariñoso y suave con ese gesto, sino todo lo contrario. Quería mostrarle quien de los dos mandaba allí. Él no era ningún pusilánime que se dejara insultar y pisotear por la dama de turno. Por muy agradecido que hubiera estado con Anne al llegar allí, nada de eso importaba ya.

Ni él era un ladrón ni ella una niña. Él no pretendía ser un caballero, aunque lo intentara, pero no era menos que ella. Se sentía furioso con ella, con todo. Aquellos labios eran suaves, pero no cálidos. Ella intentaba apartarle, seguro por sentirle demasiado indigno como para recibir un beso suyo. Sintió los dientes de la joven cerrarse sobre su labio fuertemente, lo que le hizo apartarse ligeramente de la joven, lo que le dio tiempo para propinarle una bofetada.

Cuando intentó repetirla, él atrapó su mano.

—Usted no es un caballero— musitó Anne con la respiración acelerada.

—Ni usted una dama— gruñó Jon junto a su rostro.

—Salvaje— dijo por último Anne saliendo del establo a paso ligero mientras tocaba sus labios doloridos.

Sentía como si todavía tuviera los de él sobre los suyos. Se había portado como un canalla, pero ella había sido una tonta. Creía que era más inteligente que todo eso.

¿Qué esperaba conseguir yendo tras aquel bruto? No había conseguido más de lo

que merecía. Se quedó unos minutos antes de entrar de nuevo a la casa, aunque si era sincera no creía que pudiera sentarse tranquilamente a escribir esas invitaciones con lo que acababa de pasar. La furia que sentía en esos momentos no la dejaría parar quieta sentada en una silla.

Ningún hombre se había atrevido a tanto con ella, si era sincera tampoco ella se había comportado nunca así con ninguno. Él la había besado porque quería mostrarle que él tenía el control de la situación. Creía que con eso conseguiría someterla, pero estaba equivocado.

Nunca la habían besado pero no le gustaría que se repitiera esa

experiencia. Él no tenía ningún derecho a comportarse así con ella. Debería decírselo a sus tías y que le echaran de allí como al bárbaro que era, pero no lo haría. Seguro que con lo soberbio que era, él pensaría que estaba asustada como una tonta damisela.

Llevó uno de sus dedos sobre sus labios rozándolos suavemente, todavía sentía

ligeramente el sabor a sangre del americano y podía sentir la presión de los labios de él. Sonrió un poco, al menos él también tendría cierto recuerdo de aquello. Un buen mordisco.

Anne cogió aire lentamente y entró de nuevo al salón junto a su tía para ayudarla, cuanto antes terminaran antes podría irse de nuevo a su casa. Se dijo a sí misma, para convencerse, de que la razón por la que quería marcharse pronto era por Amelia, cuando en realidad sí temía enfrentarse de nuevo al americano. Él la perturbaba, además la hacía mostrar unos rasgos que ella no tenía. Sacaba lo peor que había dentro de ella, al igual que William, pero al menos a él lo conocía, en parte, sabía cómo era y porque no le agradaba.

Lo incómodo de Alexander Richmond era que parecía haberla sentenciado por algo

que ella desconocía, podría jugar a ese juego eternamente como con el duque, siempre que supiera las normas. En este caso no las sabía o simplemente no las había. Ella le había faltado el respeto a él, no mucho, pero suficiente como para ofenderlo. Sin embargo parecía que su ofensa era mucho mayor, aquel hombre era presumiblemente peor enemigo que William y no le resultaba nada gracioso. Con Pendleton había sido un juego de niños y aunque sabía que él apenas la soportaba, nunca había tenido duda de que él no le haría daño.

Richmond lo había hecho, no para matarla, no era ninguna exagerada. No sabía

cómo eran las relaciones entre caballeros y damas en Estados Unidos, pero estaba segura de que no se invadía el espacio personal de una persona solo porque no agradeció que le salvaras de ser atropellado. No, aquello debía ser por algo más, ¿pero qué?

Jon mantenía la mano izquierda sobre su espalda, mientras con la otra sujetaba fuertemente el florete con fuerza, intentando protegerse de los ataques de William, al mismo tiempo que le atacaba.

Anne hacía un rato que se había marchado a su casa. Probablemente era lo mejor, sin embargo no se sentía cómodo. Necesitaba liberar todo el enfado que tenía acumulado en su interior y aquella forma le había parecido apropiada cuando William le había retado a una lucha inocente.

En sus oídos continuaba resonando la palabra salvaje que ella le había gritado en la cara. Se había comportado como uno, era cierto. Pero ella lo había provocado, la forma de mirarle y de comportarse con él, le hacía recordar aquellos años en los que no era más que un sirviente a las órdenes de un viejo maltratador que había abusado de su madre continuamente hasta

que falleció cuando no pudo soportarlo. El mismo viejo que le había golpeado sin descanso a él con una fusta. Él había llevado una vida terrible, verdaderamente espantosa que perturbaría los hermosos sueños de lady Anne si la conociera siquiera.

Ciertamente ella no le había dicho nada, pero las formas era muchas veces lo único que importaba. Por el simple hecho de no tener un título y un apellido pomposo, ella le había estado infravalorando, como si hubiera querido que se comportara como un canalla para mostrar que ella había tenido razón para comportarse así con él. Y lo había hecho, sí, se había terminado comportando de forma descortés como ella quería y le había gustado.

¡Demonios, sí! Le había gustado besarla, no iba a negarlo y si él hubiera querido ella le habría terminado pidiendo más, mucho más, estaba seguro. Incluso inexperto como era, ahí demostraba que realmente era un caballero. Una dama insulsa suspiraría por cualquiera que le susurrara unas palabras dulces al oído mientras la besaba tiernamente. Pero él no era así, no quería ser blando, ni cálido, ni amable. Él había buscado ser todo lo contrario e igualmente él se había quedado con ganas de más.

Jon terminó perdiendo la concentración y terminó librándose por poco de ser herido levemente por William.

—Parecías como ido, Alex— le dijo el duque con una sonrisa de mofa, clavando el florete en la tierra.

—En realidad estaba dándote la oportunidad de ganarme, Pendleton— le dijo Jon

con sorna y una sonrisa pícaro, que no llegó a sus ojos.

—Ojalá pudiera evitar asistir a la dichosa fiesta, odio las reuniones de sociedad donde solo acuden jóvenes casaderas en busca de un compromiso y ¡qué decir de las madres!

Es como una subasta de ganado enmascarada— gruñó William recogiendo de nuevo el florete y caminando hacia la casa para la cena.

—Estoy seguro de que a lady Ramsey le agrada mucho escuchar eso— musitó su

amigo en tono irónico, ya que había escuchado que realmente pretendían que William conociera a alguna joven y se dignara a casarse y tener hijos, como quería su madre.

—Lo cierto es que no soy la única víctima, creo que comienzo a sentir lástima de Anne, ella es la otra carnaza que mi adorada madre pretende vender en la fiesta— suspiró William que realmente comenzaba a indignarse con aquel tema.

—Sabrá defenderse, estoy seguro— susurró Jon acariciando su mejilla que había

sido víctima de la mano ligera de la joven, además de la pequeña herida que tenía en su labio inferior.

—He comenzado a pensar seriamente en pedir yo mismo su mano, de esa forma

ambos nos veríamos libres de este circo. Y sería divertido, la verdad—

comentó el duque.

William podía imaginar a Anne envenenándole en pequeñas dosis diariamente

hasta deshacerse de él, sonrió ante la idea, negando con la cabeza. Ajeno a la mirada oscura que le lanzaba su amigo, al que no le agradó en nada la broma, porque no podía imaginar que fuera en serio.

Anne se miraba al espejo de su habitación después de haberse lavado la cara para irse a dormir. Richmond no le daba miedo, pero si le creaba una especie de desconfianza, debía admitir que tenía ciertos sentimientos encontrados con él. Por un lado, su presencia la inquietaba, pero hasta aquella tarde nunca hubiera imaginado que se comportaría como un déspota.

Estúpidamente, había sentido miedo de que alguien pudiera notar que aquel hombre la había besado, que absurdo. Quizá si él hubiera sido amable... Negó con la cabeza, sin querer terminar ese pensamiento. Ella le hubiera dado su merecido igualmente.

Debía tomar lo que ocurría como una señal, evitaría cualquier tipo de contacto con ese... caballero, por decirlo de alguna forma, claro. Él le había dicho que no era una dama y en la sociedad era el peor insulto que podía mentársele a una mujer.

El tono de dama en apuros le había salido muy bien, quizá tuvieran los roles

cambiados. Ella podría ser el caballero y él la dama en apuros. Anne sonrió con solo imaginarse a sí misma con pantalones y a él con enaguas.

Capítulo 11

Habían pasado dos días desde que había ido a Mey a ayudar a su tía y había preferido no contar a nadie lo que había ocurrido, es más, prefería no pensar en ello siquiera, porque no era importante. Por eso Anne decidió sentarse junto al anciano duque, que tomaba el sol tranquilamente en el jardín trasero y hacerle compañía.

Era el único momento del día en el que el hombre tenía permitido abandonar la cama. Hacia algunas semanas que la salud del anciano había decaído. Había sido bastante difícil conseguir que el duque estuviera en reposo debido a ese carácter que tenía. Pero finalmente se había dado cuenta de lo debilitadas que estaban sus fuerzas y había consentido permanecer en cama. Siempre que se le permitiera estar durante un tiempo en el jardín. Él decía que aún no había muerto para estar encerrado y que quería recibir algo de sol.

—Excelencia, ¿cómo se encuentra hoy?— le preguntó Anne observando como el pecho del anciano duque se elevaba lentamente.

—Indignado— musitó el hombre sin mirarla, ni abrir los ojos.

Anne disimuló una sonrisa y suspiró exasperada, ese hombre siempre estaba igual, pero igualmente le adoraba. Amelia había ido a Bristol con su marido y los niños, ya que allí Robert iba a firmar un contrato mercantil que le retendría allí durante algunos días y no había sido capaz de separarse de su familia. Robert siempre se llevaba a su esposa e hijos siempre que hacia un viaje que le llevaba más de un día de ausencia. Y Anne no iba a dejar solo al duque.

— ¿Porque esta vez?— preguntó la joven observándole enarcando una ceja.

—Ese muchacho ha escondido mis pipas en complot con mi maldito criado, se supone que me debe respeto y sin embargo me traiciona siempre que puede— gritó histérico el hombre sufriendo un ligero golpe de tos.

¿De dónde sacaba ese hombre todas aquellas pipas? Ella le había requisado al menos siete y aun así continuaban apareciendo, parecía cosa de brujería.

—Me alegro de que lo haya hecho, ya sabe que no debe fumar— le repitió de nuevo Anne, ya que era una frase perenne cada vez que hablaba con el hombre.

—Y tú te pones de su parte, con todo lo que he hecho por ti, desagradecida — la regañó con un nuevo ataque de tos. Anne llenó el vaso de agua que había junto a duque y se lo cedió.

—Cuido de usted, excelencia. Cuando deje de toser me lo agradecerá— susurró Anne mirándole atentamente mientras la respiración del anciano volvía a la normalidad.

—Cuando esta maldita tos me abandone será porque habré muerto— gruñó ferozmente el hombre terminando de beberse el vaso.

— ¡De verdad, que grosero es! — le regañó Anne cruzándose de brazos.

—Mira niña, deja de regañarme y léeme en voz alta— le pidió duque señalando un libro que había sobre la mesilla que estaba junto a él.

Anne cogió el libro y leyó el título suspirando. Era la cuarta vez que el duque le pedía lo mismo desde que él había dejado de ver bien de cerca, algo que le había impedido leer cualquier cosa.

— ¿Otra vez? Siempre termina enfadado— musitó la joven, que casi se sabía las palabras escritas de memoria.

—Ya lo sé, porque todo lo que pone ahí es disparatado y absurdo, pero uno debe estar informado siempre de lo que sucede y sobre todo en política, Anne, por muy estúpidas que sean las ideologías. Apuesto a que no llegaran a nada— opinó el duque rascándose la barba.

Anne asintió, aunque en realidad lo que había escrito entre aquellas páginas no le parecía para nada estúpido, pero llevarle la contraria al anciano sería hacer que se exaltara de nuevo y aunque lo habría hecho en otra ocasión, se contuvo debido a su debilidad. Tampoco le dijo esto al duque que terminaría gritándole furioso.

— El mundo está bien como está, estoy seguro de que estos pelafustanes nunca mandaran en un país— continuó diciendo el hombre— Vamos, lee.

Anne abrió el manuscrito y comenzó a leer en voz alta y clara para el duque. El hombre gruñía claramente cuando escuchaba algo que no le simpatizaba, pero es que era imposible que algo de lo escrito en aquel libro pudiera ser del agrado de un aristócrata inglés. Sin embargo Anne se veía incapaz de decírselo al duque. Parecía que le daba algún tipo de gusto recrearse en aquellas palabras, mientras él disfrutaba de sus riquezas al sol.

—... para crearse simpatías era menester que la aristocracia fingiese perder de vista sus intereses propios y que formulara su acta de acusación contra la burguesía sólo en interés de la clase obrera explotada. Dióse de esta suerte la satisfacción de hacer canciones satíricas sobre su nuevo amo y...— continuó la joven al notar que el hombre hacia un rato que no hacía ningún comentario Anne paró de leer, y alzó la vista viendo como el pecho del anciano subía lentamente. Se había quedado dormido. Entonces comenzó a escuchar los cascos de un caballo que se acercaba hacia ellos.

Con espanto vio que el americano se aproximaba hacia allí. Era cierto que

Richmond lo hacía lánguidamente, como si no quisiera ir hacia allí, hubiera preferido que no lo hubiera hecho.

Jon no había sabido hacia donde se dirigía, solo buscaba una propiedad que William le había recomendado visitar por si quería adquirirla, entonces el caballo perdió una herradura y después de caminar un rato la vio sentada junto a aquel anciano. Sería toda una sorpresa que Anne y él fueran vecinos. Aunque de igual forma hubiera preferido retrasar el momento en el que se vieran de nuevo. Ella le hacía sentir indeciso e inferior, era desagradable para ambos verse.

La joven se levantó rápidamente, aprovechando que el duque dormía para interceptarlo.

—¿Cómo puede ser tan descarado? — le preguntó Anne en voz baja para no despertar al duque— Venir aquí, después de lo que sucedió el otro día.

—Al contrario de lo que parece creer, no todo gira a su alrededor, milady — repuso el joven con voz ácida.

—Quien lo diría, después de todo usted me acosa desde que le conozco— le acusó la joven, mirando para ver si el duque se había despertado.

En realidad el anciano escuchaba atentamente la conversación entre los jóvenes, sin salir de su asombro.

—No pienso enfrascarme en una conversación que no nos lleve a ningún lado— continuó diciendo Jon en tono educado, sin alzar la voz, ya que tampoco quería despertar al duque.

—Quizá porque terminaría saliendo de aquí a patadas— contestó Anne con voz silbante— Si le contara al duque lo que usted me hizo...

— Lamento si la ofendió algo en mi comportamiento— dijo Jon enarcando una ceja.

— ¡Claro que me ofendió!— le gritó Anne histérica, perdiéndose en la conversación.

El anciano abrió un poco los ojos viendo a los jóvenes enfrascados en su conversación ajenos a su presencia. Miró a ambos jóvenes y sonrió aún más ampliamente, había algo entre aquellos dos... Conocía a Anne lo suficientemente bien como para saber que no se comportaba de forma tan descortés porque sí. Si aquel muchacho había conseguido alterar el corazón de la muchacha él quería conocerlo.

—Vaya, vaya...— musitó el anciano.

Anne y Jon miraron al anciano sin saber cómo reaccionar, como si fueran niños descubiertos en plena travesura. ¿Habría escuchado algo?

—Me disculpo por venir de imprevisto, mi nombre es Alexander Richmond, estoy invitado en Mey, le vi de lejos, excelencia mi caballo ha perdido una herradura y me es imposible regresar— se disculpó Jon haciendo una ligera reverencia un tanto incómodo, ya que hubiera preferido no enfrascarse en otra discusión con la joven, delante de aquel hombre— Si pudiera prestarme otro, se lo devolvería en cuanto fuera posible.

No temía que le echara de la propiedad, al igual que sabía que Anne no le había contado nada en lo referente a él a aquel hombre, lo sabría si esto

hubiera ocurrido. Había oído hablar de aquel hombre y de su temible carácter, aunque no le había conocido hasta ese momento. No le sorprendía encontrarle junto a Anne tomando el sol alegremente, se había dado cuenta del encanto de la joven, pese a que no lo había desplegado con él desde su peculiar reencuentro.

— No creo que eso sea posible...— dijo Anne altaneramente, sintiéndose protegida por el anciano, volviendo a la carga.

Jon la miró frunciendo el ceño, ¿de verdad creía que aquel anciano le amedrentaba?

— ¿Ha visto a mi audaz niña, Richmond?— soltó el anciano con una carcajada ronca— ¿Y usted es el americano?— preguntó de nuevo, ante el asentimiento del joven, añadió— Annie me ha hablado de usted.

—Seguro que no en muy buenos términos— dijo el joven sarcásticamente mirando en dirección a la joven. Era consciente de que debía medir sus palabras ante un hombre tan importante, sin embargo era incapaz de hacerlo, porque Anne volvía a exasperarlo.

—En realidad no me extendido en el tema, señor— dijo Anne cruzándose de brazos y frunciendo el ceño.

—Siento mucho que haya tenido que ser testigo de esta discusión, excelencia, comprendo que este ofendido por mi forma de hablar— dijo Jon un tanto arrepentido, no debía permitir que Anne le hiciera comportarse así, porque él ya no era un muchacho, debía medirse más— Me disculpo por ello, es solo que...

—En realidad ha dicho poco, Anne es una joven exasperante a veces, lo reconozco— dijo el anciano hablando como si ella no estuviera allí— Es parte mi culpa, me disculpo si ella le ha hecho sentir incómodo por su forma de hablar. Se excede en muchas ocasiones.

Anne le miró sin poder creer lo que escuchaba, ¿es que acaso ese hombre estaba perdiendo el juicio? Parecía que ella había sido la que había hecho algo malo, cuando había sido él... Y encima la hacía ver como irrespetuosa a ella. El anciano sonrió disimuladamente, aquello realmente se estaba poniendo mejor por momentos.

Capítulo 12

Jon abrió ligeramente los ojos impresionado, pero asintió dándole la razón al duque.

El enfado que había comenzado a sentir, se había transformado en estupefacción y diversión por momentos al ver la cara de Anne, parecía que al fin alguien había alguien que podía controlar su afilada lengua.

—Un tanto irritante en ocasiones— continuó el viejo ante la mirada estupefacta de Anne.

—Nadie adivinaría que una adorable joven esconde ese carácter— dijo Jon, ganándose un asentimiento del duque— Pero igualmente me retiro, no pretendo incomodar a nadie.

¡Y ahora parecía que él era la víctima!

—No puede marcharse sin el caballo y hay un largo camino. Enviaré a un criado a por el herrero y usted se quedará a comer con nosotros— sentenció el anciano, aquel muchacho le producía curiosidad.

¿Qué le invitaba a comer? ¡Pero si ese hombre odiaba las visitas! Anne no podía salir de su asombro, el sol debía haberle sentado mal.

—Pero...— comenzó a decir Anne

—No se hable más, debemos comportarnos como buenos anfitriones con este

caballero, Annie— sentenció el anciano— No querrás que se quede con esa mala impresión de ti.

Jon sonrió con arrogancia, mientras la joven le miraba furiosa. Eso había conseguido cambiarle el ánimo.

Anne caminó tras ellos sin poder creer que todo aquello estuviera pasando realmente. El anciano había invitado a ese hombre y estaba segura de que había sido porque había adivinado de alguna forma que ellos estaban discutiendo. Se sentía traicionada por el duque, por ambos en realidad. Era bastante frustrante ese sentimiento tan extraño.

Además no era nada agradable notar que la veían como una molestia. Si ahora lo pensaba bien, se había ganado a pulso que la viera así. Con sus arrebatos no iba a conseguir que la respetaran como ella le gustaría. Es más,

estaba segura de que conseguía todo lo contrario. Posiblemente, darse cuenta de aquello se lo debía a Richmond. Él la hacía sentir extraña, como si todo en él fuera un ataque personal. Aunque lo más probable era que ella misma provocara esas acciones con su comportamiento.

Se daba cuenta de que se había comportado de manera aberrante desde que le había conocido. Se sentía profundamente avergonzada por eso, pero le molestaba que el duque la hubiera dejado en una posición tan delicada delante de él. Quizá podría habérselo hecho saber en privado, sin embargo siempre había encontrado su forma de ser lo graciosa. Y la había defendido de sus tías cuando le recriminaban este comportamiento. Hasta ese momento nunca había tenido una queja de su forma de ser, pero al parecer el americano le había agradado. Si él supiera lo de aquel beso... ¿Por qué seguía pensando en eso? Debía estar gritándolo a pleno pulmón y sin embargo estaba allí, a la mesa con el hombre que la había ofendido y encima la que se sentía avergonzada era ella.

Jon miraba a sus espaldas sintiéndose repentinamente incómodo, vio la cara de la joven y se sintió repentinamente mal. Anne tomó asiento en la mesa y miraba pensativamente su plato, cuando comenzaron a servirles la comida. En un principio le había gustado que el anciano le diera la razón a él en cuanto a Anne, pero al ver su cara sería no lo sentía igual. Ambos se habían excedido, él incluso más.

—Entonces, ¿pretende asentarse en Inglaterra, señor Richmond?— preguntó el hombre llevándose una cucharada de sopa a la boca.

—Sí, yo nací aquí, aunque me marché joven a vivir con mi tío a América— contó Jon observando como Anne ni se inmutaba al escuchar aquello.

—Bien, bien, ¿en qué clase de negocios invierte?— preguntó de nuevo el duque cada vez más interesado en el americano.

—Mi tío es dueño de un astillero, pero mis inversiones se centran más en la explotación minera— explicó Jon, contando sus logros, queriendo demostrar lo que valía. No sabía porque, pero tenía la imperiosa necesidad de impresionar a Anne. Sin embargo ella no lo parecía.

—Vaya, me parece impresionante, señor Richmond, alguien joven con esa gran capacidad empresarial— comentó el hombre verdaderamente impresionado, tras haber escuchado la historia del joven americano, como había conseguido su propia fortuna y le había devuelto el dinero que le había prestado en un inicio a su tío.

Un hombre fuerte y con carácter. Perfecto, miro a Anne y la vio comer desinteresada. Movi6 los dedos molestandamente.

Era una joven inteligente para algunas cosas, pero para otras era verdaderamente tonta. Él era el único culpable de que ella se comportara de esa forma tan poco femenina, la había sacado de su camino natural al educarla como a un hombre. Se arrepentía de no haberla dejado en manos de aquellas dos cacatúas, pero podría solucionarlo. Y la solución estaba ante él.

Llevaba unos meses, desde que su salud había empeorado, buscando al candidato perfecto para ella, aunque Anne desconocía estos planes. Ella no lo

sabía o no quería reconocerlo, pero necesitaba un hombre fuerte, hecho a sí mismo, capaz de manejar sus arrebatos, sin que ella pudiera con él. Ella necesitaba a un hombre de verdad, no a un remilgado niño de mamá. Y ese era Alexander Richmond. Cuanto más hablaba con él más claro lo veía.

Debía haber alguna manera de que Anne lo entendiera también, pero esa guerra no podría lucharla él, debía hacerlo Richmond. Y no sabía si él estaba por la labor.

Le miró atentamente, aparentemente él estaba pendiente de su conversación, pero de vez en cuando desviaba la vista hacia Anne, aunque no podría decir si él estaba interesado.

La joven sería un hueso aún más duro de roer, ella debía asumir que algún día se casaría y él había observado pacientemente hasta toparse con el americano, no podía negar que era un buen partido para ella. Estaba decidido y además era la mejor opción. De su mano Anne conocería esa libertad y ese mundo que ansiaba ver.

Ajeno a los pensamientos del anciano, Jon la observaba también, aunque intentaba que no se notara, mientras continuaba hablando con el duque y la joven comía callada.

Prefería a la Anne guerrera que aquella dócil que se limitaba a comer y presentía que ese comportamiento era su culpa. No lo había hecho bien con ella, habían sido unos días extraños. Verla de pronto y por mucho que se dijera que se alegraba de que no le hubiera reconocido, una parte de él había esperado que lo hiciera. Quería escucharla llamarle. Porque ella le había impresionado, pero él a ella no. No era lo suficientemente importante como para recordar su nombre, aunque él no podía sacarse el suyo de la cabeza. Anne había sido una parte fundamental en su pasado y aunque no quisiera, debía admitir ante sí mismo que no habría conseguido nada de eso si ella no le hubiera ayudado.

Sin embargo, en la actualidad, todo lo referente a ella sacaba a relucir su parte más... salvaje, como había dicho ella. Anne despertaba sus instintos más básicos, porque había conseguido llamar su atención. Él deseaba su admiración. Podría pasarse la vida discutiendo con ella. Quería... ser especial para ella, tanto como ella lo era para él.

— ¿No te parece interesante lo que cuenta el señor Richmond, Anne?— le preguntó el anciano, ya que quería incluirla en la conversación, que halagara a aquel hombre, algo imposible, pero debía intentarlo.

—Sí, mucho— contestó la joven suavemente, aunque apenas había prestado

atención a la conversación. Era un tema de hombres y seguro que su mente de mujer sería incapaz de comprender nada.

Jon se sintió ligeramente frustrado, quería levantarse y sacudirla por los hombros, para que dejara ese tono de voz de tonta. Además no quería sus falsos halagos ni presumir ante ella de sus logros, él quería que...

> pensó el anciano molesto.

— ¿Te ha comido la lengua un gato, niña?— preguntó el anciano tomando

un trago de agua, mientras se llevaban los platos para ponerles el postre.

—Pensaba en mis cosas, excelencia, además no quería inmiscuirme en una conversación que no comprendo— contestó Anne suavemente, empleando un tono neutro que Jon no había escuchado nunca provenir de ella.

—Anne...— comenzó a decir el anciano.

—Si me disculpan— musitó Anne levantándose de la silla y abandonando la mesa.

No podría estar allí sentada como un adorno bonito, no era parte de su personalidad. Y si esa era la vida que le esperaba, terminaría lanzándose por una ventana.

El anciano soltó la cuchara sobre el plato, con un suspiro.

—Lamento este comportamiento, es culpa mía— musitó el anciano arrepentido de verdad, había creado un pequeño monstruo y no se había dado cuenta hasta ese momento— Anne no sabe contenerse y ninguno de nosotros hemos sido capaces manejar su temperamento.

Yo me considero el principal culpable, eduqué a Anne como a un chico y... Estas son las consecuencias.

Jon escuchó en silencio las palabras del anciano que parecía hablar más para sí mismo que a él. Él había notado que Anne no tenía un comportamiento propio de una dama de familia y las palabras del duque solo esclarecían el porqué.

—No es necesario que se disculpe. Su forma de ser la hace única y no por eso la convierte en menos señorita que otra joven. Admiro que usted haya educado a Anne para pensar y tener opinión propia— replicó Jon, aunque a él le había exasperado su comportamiento, él también había contribuido con el suyo. No sería justo cargar toda la culpa sobre la joven.

— ¿Pero son cualidades que usted buscaría en una esposa, señor Richmond?

Capítulo 13

Pensó inmediatamente Jon, sorprendiéndose a sí mismo. A él le gustaría tener a su lado alguien así. Pero no una joven similar, sino a la propia Anne. No podía creer que estuviera pensando aquello.

Ni siquiera se le había pasado por la cabeza algo así, pero pensándolo bien parecía hasta natural, pero no podía decírselo a aquel hombre, por eso dejó a un lado aquellos pensamientos para centrarse en ellos más tarde.

El duque lanzó la pregunta con una clara doble intención, que pasó desapercibida para el americano, que estaba demasiado centrado en aquellos pensamientos tan confusos, pero debía dar una respuesta coherente que no ofendiera al duque.

—Sería algo que tendría en cuenta por supuesto y lo haré cuando llegué el momento en el que deba contraer matrimonio— contestó Jon con la voz ronca tomando un trago de agua.

—Espero que piense igual Edward Norton— susurró el anciano con aparente pesar, sin dejar de observar las reacciones del otro hombre.

—¿Disculpe?— preguntó Jon mirándole frunciendo el ceño.

¿Quién era ese hombre? ¿Es que acaso Anne estaba comprometida y no sabía?

No podía ser posible, se habría enterado por William o su madre. Debía ser un error.

—Es un admirador de Anne y el que más empeño pone en conquistarla. Todas las semanas recibe un ramo de flores que ella coloca en su habitación— continuó el anciano asintiendo para sí mismo. Parecía que a aquel americano no le estaba gustando lo que escuchaba.

Bien, bien. Quizá todavía podría reconducirse toda aquella situación para que llegara a mejor puerto. Ojalá pudiera vivir lo suficiente como para verlo.

Anne vio entre las cortinas de su habitación marcharse al americano, pero no bajó a reunirse con el duque. Parecía que tenía un nuevo amigo y encima era varón, mucho mejor. Que se sentara él a leerle día tras día. La

joven se sentó en su cama mientras regresaba a su cabeza aquel beso. ¡Cómo si hubiera sido maravilloso! No entendía que le estaba ocurriendo. Si algo

había tenido claro desde que había aprendido de su pasado era que solo unas pocas personas tenían suerte con el amor. Era un sentimiento fuerte y amable siempre que no llegara el sufrimiento que dejaba cuando le abandonaba a una.

Sophia, Katherine y Amelia habían sufrido por eso. Luego habían sido recompensadas en sus matrimonios, pero ninguna lo había tenido fácil. Y ella no quería sentir lo mismo y... Alexander estaba comenzando a perturbarla de más. Lo más inteligente sería no dar a lugar a que ocurriera nada de eso.

Jon se encontraba tumbado sobre su cama aquella noche, mirando al techo pensativo. No podía sacar de su cabeza el nombre de aquel supuesto admirador de Anne. ¿Y si la terminaban obligando a casarse con aquel tal Edward? Como había dicho William parecía que querían usarla de carnada. Debido a sus continuas discusiones, en un momento de enfado había llegado a sentir pena por el posible futuro marido. Por muy molesta que resultara estaba seguro de que no había nadie a su altura, que la mereciera. Pensándolo con calma no podía imaginar a Anne casada con nadie... Con nadie que no fuera el mismo.

Anne terminó de arreglarse para asistir a la fiesta. Apostaba su cabeza a que no había nadie que tuviera menos ganas que ella de asistir a aquella fiesta y no sabía que se equivocaba.

En aquella casa había una persona con menos ganas aun, Robert miraba pensativamente a través de la ventana mientras esperaba a que su esposa y su cuñada bajaran para ir a Mey. No tenía ganas de reencontrarse con su primo, temía que terminaran como siempre lo habían hecho. Solo esperaba que William supiera controlarse, no quería sentir la más mínima mirada de él sobre Amelia. Confiaba en ella, en su matrimonio. William era harina de otro costal, ya había demostrado una vez lo poco que le importaba su matrimonio. Podría esperar cualquier cosa de él.

—Estoy lista— musitó Amelia llamando su atención.

Al contrario que su marido, ella se encontraba muy tranquila, por estaba segura de sus sentimientos hacia Robert. El recuerdo de William había desaparecido para ella, quedando simplemente un lejano recuerdo, que aún tenía con ligera vergüenza.

Amelia estaba hermosa, pensaba su marido mirándola con adoración. Ella siempre lo estaba y lo estaría. La joven le besó tiernamente.

—Esta deslumbrante esta noche, señora Bradford— musitó Robert olvidando sus recelos anteriores durante unos segundos.

—Va a conseguir que me ruborice, señor Bradford... Debería guardarse esas palabras para después de la fiesta— le susurró al oído.

Robert sintió que su respiración se aceleraba por momentos, tenía muchas más ganas de que terminara aquella fiesta que antes. La miró con una sonrisa llena de picardía.

— ¿Interrumpo?— dijo Anne simulando una tos.

Se sentía un poco avergonzada al haber encontrado a Amelia y a Robert en una situación tan íntima. Casi estaba por pedir que asistieran en coches diferentes. Había sido testigo del íntimo momento del matrimonio que había conseguido que se sintiera un tanto nostálgica.

Ella había decidido que prescindiría de algo así en su vida, por el hecho de saber que no lo encontraría, además de que no lo necesitaba. Ella estaba por encima de todas esas cosas, pero ver lo bien que le iba a Amelia en su matrimonio la llenaba de tanta paz... Como si fuera ella misma la que sintiera esa felicidad completa y la sentía. Por qué lo hacía Amelia.

—Oh, cielo. Estas preciosa— musitó Amelia un tanto sonrojaba.

—Seré el hombre más envidiado de la noche— afirmó Robert con una sonrisa.

Anne sonrió un tanto avergonzada también. Ella se llevaba bien con sus cuñados y con Peter. Pero no podía negar quien era su favorito y ahí la balanza se inclinaba por mucho hacia Robert.

Si hubiera alguien como él en el mundo quizá, solo quizá se replantearía lo del matrimonio, pero Robert Bradford solo había uno y estaba enamorado de su hermana.

Estaban a punto de salir de la casa, cuando llamaron su atención desde la escalera.

El anciano duque bajaba con su bastón y en batín seguido del incansable Gerald que tenía el cielo ganado gracias a su señor.

— ¿Es que no pensabas despedirte de mí, pequeña ingrata?— la regañó el duque gruñendo.

Anne no había pasado a ver al duque desde la comida con el americano e incluso había eludido su presencia. Estaba realmente molesta por la forma tan poco agradable en la que la definió. Todo había sido más fácil cuando Amelia, Robert y los niños habían regresado.

—Abuelo, ¿no debería estar en la cama?— preguntó Robert suspirando.

Anne mantuvo la vista situada en un punto fijo sin mirar al duque. Todos estaban enterados de que Anne y el anciano estaban enfadados, no era la primera vez y no sería la última, pero ninguno se inmiscuía en aquellas rencillas, ya que ellos mismo se encargarían de arreglar sus diferencias cuando estimaran oportuno.

—Hasta luego, excelencia, pase una buena noche— musitó la joven abandonando la casa hacia el coche.

—Esa muchacha es una desconsiderada— comenzó a decir el duque a pleno

pulmón mientras Gerald conseguía arrastrarlo hacia su habitación de nuevo.

Robert y Amelia se miraron mutuamente con una sonrisa. Aquellos dos

eran incorregibles. Ambos siguieron el camino de Anne para ir a la fiesta.

Jon miraba hacia la entrada atentamente, esperando su llegada. Mentiría si dijera que no estaba nervioso. Lo estaba y mucho. No había vuelto a verla desde aquel día y debía admitir que estaba ansioso. Aún no había terminado de asimilar todo lo que sentía hacia Anne.

Solo sabía que le gustaba, le gustaba ella y su carácter, y no quería a ningún noble ni a nadie a su alrededor. Le había costado un poco llegar a esa conclusión pero había sido difícil. Él nunca había sentido nada por ninguna mujer, no había tenido tiempo. Todos aquellos acontecimientos juntos, le habían dejado en shock. Casi podía sentirse de nuevo él mismo.

—Bueno, allí vamos— escuchó decir a William, aunque parecía que se lo decía a sí mismo.

Jon alzó la mirada hacia la puerta y allí estaba ella. Acompañada de un caballero y una mujer, que saludaban en esos momentos a Louise y Eleanor. Junto a ellos se encontraba la culpable de su falta de sueño.

Capítulo 14

Anne miraba despreocupadamente a todos los invitados que se congregaban en Mey. Varios de ellos se encontraban con sus copas en la mano disfrutando de la música que tocaban el cuarteto de cuerda que habían contratado sus tías. Su mirada se cruzó con la de Alexander Richmond en el mismo instante en el que él se había dado cuenta de su llegada.

Sintió el aire un poco atorado en la garganta. Esperaba que hiciera lo que le había dicho, que eludiera su presencia como ella pretendía hacer. Le vio caminar junto a William hacia ellos, Anne miró a su alrededor y captó la melena rizada de Margaret Norton, era peor mal de todos.

Margaret era la hermana menor de Edward y no por ello menos agobiante. Tenía una voz aguda y chillona insoportable que la hacía preferir ser sorda, pero al menos junto a ella su lengua se vería mucho más sujeta a cometer imprudencias y esperaba que el señor Richmond no pretendiera comenzar de nuevo una discusión en presencia de aquella joven.

- ¡Anne!- gritó Margaret dando saltitos y pequeñas palmadas, Anne contuvo torcer el gesto-Edward te buscaba como un loco, esta enamorado de ti, tengo tantas cosas que contarte, ¿sabes que Bárbara Donovan se va a casar? Seguro que no, pasó mientras estabas en Londres, por cierto, hablando de eso ¿cómo fue...?

Anne se perdió en medio de aquella verborrea incesante de palabras sin sentido que salía por la boca de Margaret, al menos con ella se evitaba tener que mantener la conversación. Lo hacía ella sola.

Louise y Eleanor les estaban dando la bienvenida, cuando Robert vio acercarse a su primo. Casi prefería que aquel encuentro sucediera cuanto antes. Amelia aun no le había visto pero no faltaría mucho para que lo hiciera.

Amelia notó como Robert se tensaba junto a ella y se percató de la presencia de William que se dirigía hacia ellos. Estaba más mayor, casi parecía haber madurado. A lo mejor ya no era aquel calavera que había sido

en sus años jóvenes.

-Por fin estamos todos juntos de nuevo, ¿verdad?- musitó Louise agarrando el brazo de su hijo.

-Sí, que bien-contestó Robert con tono apagado- ¿Durante cuánto tiempo disfrutaremos del honor de tu visita, primo?

-Robert, no digas eso, parece que ya quieres que se marche-se quejó Louise enfadada.

-Querida, acaba de llegar los condes de Brant, debemos ir a saludar-la interrumpió Eleanor llevándose a la otra mujer del lugar.

Se quedaron los tres solos en un silencio un tanto incómodo, aunque la música llenaba la estancia, ellos se limitaban a mirarse como si estuvieran midiéndose. Amelia comenzaba a hartarse de esa costumbre que tenían, era la segunda vez en su vida que le veía como si estuvieran a punto de matarse.

-Es un gusto volver a veros, a los dos-dijo William mirando como el brazo de su primo oprimía la cintura de Amelia junto a él, como si temiera que fuera a cargarla sobre su hombro y llevársela de su lado.

Hacía mucho tiempo que había comprendido que sobraba entre ellos, lo había intentado, había sido un canalla y un maldito, había usado malas artimañas para conseguir que Amelia volvería con él, pero de igual forma había perdido y por eso se fue. Porque había comprendido que allí no había nada que hacer. Nunca lo habría hecho si hubiera tenido la más mínima esperanza de que Amelia y él pudieran estar juntos. Aunque comprendía el resquemor que le guardaba Robert, él era el primero que quería tener la fiesta en paz, nunca mejor dicho.

Pero era normal que su primo desconfiara de él.

-También para nosotros, ¿verdad, Robert?- contestó Amelia mirando a su marido enarcando una ceja.

- ¿Ah, sí?- preguntó sin pensarlo-Digo, sí, claro, por supuesto, primo-continuó aunque se notaba a leguas que no era en serio.

-Llevaba tiempo queriendo tener una conversación con vosotros y disculparme-prosiguió William consiguiendo que su primo le mirara estupefacto.

El habría esperado discutir con él, pero no... eso. Amelia asintió con una sonrisa, ya que era algo parecido a lo que habló con ella cuando se despidieron.

-No tuve la oportunidad de hacerlo la otra vez. Pedirte disculpas, Robert por todo lo que hice, no ha habido un solo día en el que no me arrepienta de todo-continuó William seriamente- ¿Empezamos de nuevo?

Amelia se sintió conmovida al escucharle, creía que comprendía a que se refería con todo. Ese William era distinto al que ella conoció y le deseaba una felicidad tan plena como la suya.

William alargó una mano hacia su primo en señal de paz, mientras Robert la miraba pensativo.

-Pero te estaré vigilando, Pendleton. Te lo aviso-dijo Bradford mientras tomaba la mano de su primo dándole un fuerte apretón-No he olvidado tu nota

envenenada final.

-Y tú, Amelia... Yo...- comenzó William mientras la joven negaba con la cabeza.

-A mí no tienes que decirme nada, William. Ya está todo olvidado, de verdad-Robert tosió un tanto molesto mientras entraban en la fiesta.

-...entonces llegó lord Clayton y yo... ¡Oh, Dios mío! ¿No te parece guapo, Anne?

Oh, mejor, no mires, tu solo mira a Edward, si te ve mirar a otro caballero se molestará-musitó Margaret interrumpiéndose a sí misma por enésima vez-Ojalá me saque a bailar.

Anne estaba a punto de asesinarla con uno de los tenedores de plata que había sobre la mesa de catering, ¿cómo se atrevía a decirle a quién mirar o quién no? ¿De verdad le creía que ella solo tenía ojos para su hermano?

-Milady, me alegra tanto volver a verla-musitó Edward Norton con tono empalagoso, mientras besaba su mano. Cuando la soltó Anne la limpió disimuladamente sobre su vestido.

Anne no le había visto aparecer, pero asintió e hizo caso omiso de las palabras de la joven, miró a su alrededor para que alguien acudiera en su rescate, fijando su vista en Alexander Richmond que se acercaba a ellas con una sonrisa petulante, mientras junto a ella, Margaret suspiraba decadentemente.

-Buenas noches, milady-musitó Jon sin apartar la mirada de Anne, estaba preciosa.

Omitiendo la presencia de los otros dos.

Anne sentía su mirada sobre ella, sintiéndose repentinamente nerviosa, pero solo se trataba de ese americano tan maleducado. No quería que Margaret le viera guapo, ¿él vería guapa a Margaret? ¡No podía ser! Además, ¿qué más le daba a ella?

-Buenas noches, señor Richmond-contestó Anne con más agradecimiento del que cabía esperar, pero le prefería a miles de Edwards.

Jon no podía dejar de mirarla, sonrió ante su tono, esa era realmente la Anne que lo enfurecía, pero también la que le gustaba, sabía que estaba resultando maleducado al no presentarse a los otros jóvenes, pero le daba igual.

-¿Baila?- le preguntó a Anne, le miró casi boquiabierta, no era tan extraño que quisiera bailar con ella ¿no?

Edward tosió ruidosamente haciendo notar su presencia y la de su hermana.

-Señor Richmond, usted es nuevo por aquí y no lo sabe, pero mi hermano ya pidió todos los bailes a lady Anne-repuso Margaret entrometiéndose en la conversación donde estorbaba, pero no iba a permitir que Anne ridiculizara a Edward y mucho menos que acaparara la atención de aquel joven.

-La verdad es que...- comenzó a decir Anne para negar aquella mentira, ¿Quiénes se creían esos dos para disponer de ella?

-Íbamos hacia la pista en estos momentos-terminó Edward por ella, agarrándola del brazo para obligarla a ir con él.

Aquel americano cateto no iba a arrebatarse a lady Anne. Llevaba meses pretendiéndola y finalmente sería su esposa. Y no iba a permitir que otro se la arrebatara.

Anne miró a Jon con ojos suplicantes mientras era arrastrada hacia la pista de baile queriendo que la soltase inmediatamente. Si no fuera porque cientos de ojos les miraban le habría golpeado la cabeza con uno de los candelabros.

Y Jon la habría ayudado. Le vio llevársela casi arrastras, cuando intentó parar aquel despropósito, aquella remilgada de voz empalagosa le agarró del brazo.

- Aceptaré su baile en su lugar-dijo Margaret incapaz de darse cuenta de la mirada furiosa del americano.

Capítulo 15

Algo dentro de él le obligaba a separarla de aquel tipo. No le quería cerca de ella, era el único pensamiento que tenía mientras bailaba lo más separado posible de aquella ñoña.

Ella no paraba de hablar como si algo de lo que quisiera contarle le importara. Sus ojos no se despegaban de la otra pareja. Podía notar la incomodidad de Anne que también intentaba mantenerse apartada de aquel tipo. Le daba rabia que él se creyera en posición de imponerle su presencia a la joven. Había aceptado sacar a bailar a la otra joven para poder vigilarles mejor.

Aprovecharía el momento oportuno para apartar aquellas manos de la cintura de Anne, porque si continuaban en ese lugar terminaría cortándoselas.

No había pasado desapercibido para Anne que el americano había sacado a bailar a Margaret. Quizá él la encontraba guapa, a lo mejor era la clase de mujer que le gustaba a él, a ella la ponía nerviosa, pero quizá a él...

¡Basta! se dijo con voz furiosa, los gustos de Richmond a ella no debían de importarle nada. No entendía a que venían esos pensamientos, seguro que era estar bailando con Edward Norton que la estaba haciendo desvariar.

—Lo siento, Anne, sabes que no soy un ávido bailarín— dijo Edward después de pisarla por cuarta vez.

> pensó Anne pero asintió amablemente, poniendo los ojos en blanco cuando él no la veía.

Cuando la música comenzó a cambiar, sin saber cómo se vio envuelta en los brazos de Alexander Richmond que la pegó fuertemente contra él. Anne se sintió incomprensiblemente a salvo. Jon bajó la cabeza hasta su oído y dijo: —Te he salvado otra vez.

Amelia escuchaba la conversación incesante de Louise sobre las hazañas de su hijo en el extranjero, mientras Robert bufaba por lo bajo. Se alegraba de que ambos hombres hubieran llegado a una especie de tregua, si ellos comenzaban a llevarse bien sería mucho más fácil para sus madres. Debían

comenzar a limar las asperezas, aunque ella hubiera añadido más leña al fuego en su momento, parecía que comenzaba a apagarse.

Llamó su atención una hermosa mujer que se encontraba sola cerca de ellos. Se acercó a ella al reconocerla. Se trataba de la vizcondesa de Labourd. Ella había escuchado los rumores sobre aquella mujer, pero no sabía si eran ciertos y si lo eran ella era la menos indicada para juzgarla. Había intercambiado unas cuantas frases con ella y siempre le había parecido una dama agradable y educada. Pero las grandes señoras allí reunidas ni siquiera le daban esa oportunidad. Admiraba su fortaleza al haber acudido a una reunión donde nadie la aceptaba.

Amelia sentía una especie de conexión con ella, si lo ocurrido con William se hubiera sabido...

Quizá ella estaría haciéndole compañía a Aurora Humbert.

—Buenas noches, señora— la saludó Amelia mientras la mujer respondía a su sonrisa con una un poco más tenue— ¿Disfruta de la fiesta?

Aurora no debía haber acudido a esa fiesta, había sido su orgullo el que le había prohibido rechazar la invitación. No quería permitir que los comentarios de aquellas mujeres le dolieran pero lo hacían. Lo hacían porque aunque había parte de verdad en aquellos rumores no eran del todo ciertos. Era verdad que tenía amantes, era una viuda joven y hermosa. Pero solo comenzó a tenerlos cuando su marido murió y nunca hombres casados. La joven vizcondesa agradecía a la señora Bradford su intento de conversación, aun sabiendo los rumores, ella siempre tenía buenas palabras con ella, al igual que su hermana. Eran las mejores damas de las allí reunidas.

—Buenas noches, señora Bradford. Es una velada agradable, aunque planeaba marcharme en breve— contestó Aurora con un claro acento francés.

—No, por favor. Únase a la conversación, le presentaré a nuestro festejado— dijo Amelia agarrando del brazo la vizcondesa— Si se marcha, ellas ganaran.

Aurora miró a aquella joven y asintió. Tenía razón, no podía marcharse, así nadie le dirigiera la palabra.

Anduvo del brazo de Amelia, percatándose de que las conversaciones se interrumpían a su paso, si Amelia se dio cuenta no dijo nada. Sino que la llevó hacia el grupo donde ella había estado antes.

—Buenas noches— saludó Aurora alzando la barbilla con dignidad.

William fijó su mirada en la joven vizcondesa que miraba a todos los allí presentes con orgullo. Desconocía quien era o de donde venía, pero era realmente hermosa. Alargó la mano hacia ella a modo de saludo.

—Debo ser el único que no sabe su nombre, milady— musitó William besando suavemente la mano de la joven— William Ramsey, duque de Pendleton.

—Aurora Humbert, vizcondesa de Labourd— contestó Aurora dejando que él tomara su mano, aunque fue más tiempo del necesario.

—Aurora acaba de decirme que no conoce a William, debe ser la única que no ha escuchado sus proezas en América— musitó Amelia provocando

una risa generalizada algo falsa por parte de los demás.

—Usted ha tenido suerte— musitó Robert como si estuviera harto, mirando a su esposa, admirándola aún más por lo que estaba haciendo por aquella mujer.

Aurora se sintió un tanto avergonzada ante la insistente mirada del duque sobre ella. Era descarado y eso le gustaba en un hombre. Pero ese hombre era hijo de Louise Ramsey, su mayor detractora en todo el condado.

> pensó William, su madre intentaba acaparar de nuevo la conversación para que William dejara de observar a aquella mujer, ¿porque Amelia la había traído hasta allí? No debieron invitarla nunca.

—Debemos solucionar eso cuanto antes— musitó William sin dejar de mirarla y no dejó de hacerlo en toda la noche.

Anne y sus pies comenzaban a agradecer el cambio de compañero de baile, ajenos a las miradas de que les lanzaban los hermanos Norton.

—No le agrada— dijo Jon con tono más seguro de lo que se sentía en realidad, refiriéndose a Norton.

—Usted tampoco— aclaró Anne enarcando una ceja.

—Al menos yo le molesto, la hago enfadar y usted a mí. Él le produce indiferencia— Jon hablaba como si la conociera muy bien y le hubiera gustado rebatirle eso, sin embargo, le fue imposible hacerlo, porque tenía razón— Hagamos una tregua— continuó Jon en voz baja, mirando por encima de la cabeza de la joven. Todos estaban ajenos a lo que ellos hablaban, aunque se encontró deseando algo más de intimidad.

— ¿A qué se refiere con una tregua? — preguntó Anne que quería tener los cinco sentidos alerta. Era ridículo que el simple hecho de estar entre aquellos brazos la hiciera sentir esa debilidad en las rodillas, quizá estaba comenzando a enfermar.

—A dejar de atacarnos, debe aceptar que estábamos comenzando a dar una imagen un tanto... ridícula y hablo por los dos— dijo Jon con la voz ronca.

—De acuerdo... Supongamos que aceptó, eso no borra lo que usted hizo el otro día— musitó la joven.

—Me disculpó por las formas— continuó el rápidamente— Pero no por el beso— terminó susurrándole al oído.

Anne dio un pequeño traspiés al escucharlo, ¿qué le estaba ocurriendo?

— ¿También le ha gustado bailar con Margaret?— dijo Anne separándose para poder mirarle a los ojos, arrepintiéndose inmediatamente de haber dicho aquello. Él podría pensar que eso le importaba cuando no era así... ¿no?

Jon disimuló una sonrisa petulante porque hubieran terminado peleando, había decidido en esos días sin verla que se tomaría las cosas con Anne tranquilamente, no iba a exaltarse. Eso solo hacía que perdiera los estribos y con ella no podía permitírsele.

— ¿Imagina que terminamos siendo familia?— repuso Jon sin poder evitarlo.

—Se está riendo de mí otra vez— dijo Anne separándose de él y saliendo

al jardín.

Jon salió tras ella sin pensarlo.

No podía creer que hubiera sido tan tonta como para demostrarle a él que no le había gustado que bailara con ella. Se creería muy gracioso diciendo semejante burrada, porque a ella no le hacía ninguna gracia. La imagen de Alexander casado con Margaret le daba ganas de vomitar.

—Estamos en tregua, Anne— le avisó Jon haciéndola dar un respingo. No se les veía desde dentro, ya que la oscuridad del exterior les ayudaba a protegerse de los ojos malintencionados.

—Usted parece haberlo olvidado— se quejó Anne dándole la espalda sintiéndose realmente estúpida por estar montando aquel espectáculo tan tonto. Lo que hiciera aquel hombre y con quien lo hiciera no era de su incumbencia — Además no debería haberme seguido, podrían obligarle a casarse conmigo.

—Creía que era al revés, que debían obligarla a usted... A mí tampoco me ha agradado verla bailar con Norton, Anne— dijo Jon dejando la broma a un lado, hablando seriamente, mientras la obligaba a mirarle.

Anne vio su rostro acercándose al suyo y cerró los ojos instintivamente esperando que la besara.

Capítulo 16

Pero no lo hizo. Jon se apartó de ella con dificultad. No volvería a hacerlo hasta que estuviera seguro de que ella quería que la besara. Hasta que ella se lo pidiera. Anne se sintió una tonta cuando abrió los ojos y vio a Alexander mirándola solamente.

—No voy a besarla y arriesgarme a que me pegue otra vez, lady Anne— musitó Jon acariciando su mejilla lentamente.

—Tampoco quería que lo hiciera, solo... Me resignaba por si se le ocurría, pero me alegro de que recapacite— dijo Anne atropelladamente mientras se ruborizaba avergonzada e intentaba recuperar en algo la dignidad que le quedaba— Ahora regresaré la fiesta.

Jon dio un paso hacia atrás y la vio entrar con la espalda muy erguida. Él no le era tan indiferente como ella quería hacerle creer y eso le estaba gustando más de lo normal.

Anne se sentía en parte halagada y en parte molesta. Le agradecía que la salvara de aquel pesado, pero también estaba molesta por esa suposición de que ella quería ser besada por él. Aunque nunca aceptaría ante Richmond que prefería bailar con él eternamente a hacerlo con Norton e incluso si ello conllevaba pelear con él e incluso... que la besara. Ese baile la había hecho sentir demasiadas cosas. Cosas que ella nunca había sentido y necesitaba aclararse, poner las cosas en perspectiva.

Se acercó a su hermana, que sorprendentemente se encontraba con Aurora Humbert, además William y Robert hablaban calmadamente entre ellos. ¿Qué se había perdido?

Anne no se separó de Amelia en ningún momento, ni aceptó bailar con nadie más. Mientras sentía los ojos de Richmond sobre ella. Además vio que Margaret intentaba acaparar su atención con una tenacidad admirable, podía ver la cara de aburrimiento de Alexander.

Intentó simular su mirada sobre él durante el resto de la fiesta, pero al igual que el americano no la perdía de vista, ella tampoco dejaba de mirarle a

él. Hasta que regresó junto a Amelia y su cuñado a casa.

Aquella noche, como ya era costumbre en ambos, imágenes del otro les impidieron conciliar un sueño tranquilo.

Anne se sentó al día siguiente a la mesa para desayunar tranquilamente, no había podido conciliar el sueño en toda la noche. No podía dejar de recordar las palabras de Alexander y su baile, y eso que no había sido nada reseñable. Quizá estaba perdiendo demasiado la perspectiva.

—Por favor, Robbie termina la fruta y tú, deja de jugar con la leche— les estaba diciendo Amelia a sus hijos con un suspiro agotador.

—Robert— le llamó la atención el padre al niño y este se sentó de forma erguida y comenzó a comer tranquilamente— ¿Porque no puedes hacer eso mismo cuando te lo pide tu madre?

Amelia no sabía cómo Robert conseguía que los niños le hicieran caso, bueno sí que lo sabía. Su marido había sabido mantener la disciplina con ellos, sin embargo ella era incapaz de reñirles demasiado y cuando lo hacía, se sentía tan mal que siempre terminaban consiguiendo su perdón. Temía tanto parecerse a su propia madre, que la estaba convirtiendo en una madre demasiado permisiva, pero los niños solo eran niños, los suyos eran más traviosos de lo normal, pero eran sus pequeños.

—Lo siento, mamá— musitó Robbie con una sonrisa hermosa, típica de los Bradford.

—De acuerdo, cielo— asintió Amelia con una sonrisa, aunque se la veía agotada.

—¿Porque no vamos a Bath? Podemos pasar el día allí y encargarnos algunos vestidos— le propuso Anne a su hermana.

Ella necesitaba tiempo para ella y aunque la fiesta la hubiera animado un poco, Amelia prefería otro tipo de entretenimiento. Además ella también necesitaba pasar un rato en compañía de su hermana y dejar de pensar en el americano.

—¿Y los niños?— musitó Amelia frunciendo el ceño, mirando a los dos chicos.

—Yo me ocuparé de ellos, cielo. Iremos a montar y les agotaré lo suficiente como para que no tengan ganas de planear ninguna travesura— terció Robert, su esposa necesitaba tiempo para ella. No podía pasarse todo el día encerrada con los niños— Y se portaran bien, ¿verdad?

—Sí, papá— asintió Robbie con la boca llena. James asintió rápidamente siguiendo lo que decía su hermano.

—Bien, iremos a Bath— asintió Amelia, aunque no terminaba de estar muy convencida, aunque estaba segura de que con Robert los niños estaban a salvo.

Siempre le ocurría cuando debía separarse de los niños, no quería parecerse a su propia madre. No habían tenido un buen ejemplo.

—Saldremos en una hora, mientras voy a visitar al duque— musitó Anne con un suspiro de falsa resignación.

Subió las escaleras rápidamente para ir hacia las habitaciones del duque.

Durante el rato que estuvo despierta esa noche, le dio tiempo a pensar también en el anciano. Aún continuaba muy molesta con él, pero no podía aguantar mucho más tiempo sin hablarle, al fin y al cabo era la única persona con la que podía hablar con más libertad.

No era que Amelia fuera una anticuada o que no le tuviera confianza, sino que ella siempre veía todo siendo su hermana sobreprotectora, aunque no lo hacía con maldad. Para Amelia no era necesario que ella hiciera otra cosa que existir allí, si fuera por ella nunca saldría de aquella casa. Le resultaba gracioso que le buscaran marido, porque estaba segura de que ella no quería uno y que por lo tanto, no se marcharía por ese motivo. Si hubiera sido de otro modo, a su hermana no le habría hecho tanta gracia. La lógica de su hermana era, ¿porque tenía que sacrificarse ella ahora si no era necesario? Y por la parte económica no lo era, pero sí por la personal. No quería ser una anciana que continuara viviendo con su hermana y su cuñado. Si ella pudiera comenzar su vida, pero su vida en solitario. Aunque nunca había llegado a decírselo así al duque tampoco. Ojalá pudiera hacer algo para no tener que depender de nadie. Parecía que las mujeres pasaban de ser una carga para la familia a serlo del marido. ¿Y si ella misma fuera su propia carga?

Suspiró y golpeó suavemente la puerta de la habitación del duque. Entró cuando escuchó una tos un tanto seca.

—Buenos días, excelencia— musitó Anne abriendo las cortinas.

El duque estaba desayunando en su cama, a la luz de una vela, ¿porque le costaba tanto abrir una cortina? Estaba más pálido de lo normal, pero Anne pasó ese detalle por alto, ya que el hombre odiaba que se hablara de su debilidad.

— ¿Qué haces aquí? ¿Acaso los remordimientos han podido contigo?— la atacó el anciano mientras hacía frente a otro golpe de tos.

—No tengo remordimientos, tengo la conciencia tranquila, tanto que me permite perdonar su actitud— contestó Anne tomando asiento, mientras el hombre se recuperaba.

— ¿Perdonarme a mí?— el duque comenzó a reírse escandalosamente alto, aunque volvió a toser.

—Sí, ¿recuerda lo mal que habló de mi delante de Alexander Richmond?— preguntó Anne enarcando una ceja, mientras el anciano la miraba fijamente.

— ¿Así que te molesta que ese muchacho sepa que no eres un dechado de inocencia y arrebol?— preguntó el duque soltando de nuevo una carcajada.

—Claro que no, nunca he querido que nadie me viera de esa forma— dijo Anne mirándole con si estuviera loco.

—Ya, ya, claro. ¿Y qué planeas hacer hoy? ¿Saldrás a por unas piezas?— preguntó el duque enarcando una ceja, mientras bebía un buen trago de zumo.

—No, iré a Bath, ¿quiere que le traiga algo?— musitó Anne levantándose de la silla.

—Si pudieras traerme tabaco— le pidió el anciano con voz ronca colocando de nuevo su pañuelo contra esta.

—Todo menos eso— aclaró la joven y sin poder resistirlo más terminó

diciendo— ¿Se encuentra bien?

—Como un roble— contestó el hombre ofendido.

Anne le miró unos segundos no muy convencida de eso, desde que Alexander había ido a verles, el duque no se había levantado de la cama y eso era preocupante.

—Supongo que debo creerle, vendré a verle de nuevo, cuando regrese— contestó Anne marchándose de la habitación mientras el sonido de la tos del anciano se escuchaba más bajo a la par que se alejaba.

Capítulo 17

Anne y su hermana mayor partieron un rato después. Pasearían entre las distintas tiendas de las modistas y podrían comer en la ciudad, para regresar por la tarde. Era lo que realmente necesitaba Amelia y ella también.

El coche tardó media hora en llevarlas a la ciudad de Bath, comenzaron a pasear entre las tiendas, seguidas por la doncella. Anne no podía negar que los vestidos eran su debilidad, una de muchas, quizá no la que más, pero sí una de las importantes. Varias modistas, algunas francesas, estaban trayendo la moda de su país entre las mujeres de la sociedad inglesa.

Fue saliendo de una de esas tiendas donde se encontraron a la vizcondesa de Labourd. A Anne le encantaba la forma de vestir de aquella dama, parecía tener una elegancia innata.

—Señora Humbert que alegría verla— la saludó Amelia con una sonrisa.

—Buenos días, señora Bradford, ¿de compras?— preguntó Aurora amablemente.

—Sí, Anne me ha convencido, la verdad acabamos de llegar, ahora que estamos a solas me gustaría disculparme por el comportamiento tan atroz que tuvo en la fiesta lady Ramsey y se lo haré saber a ella también— comentó Amelia que aún estaba un tanto molesta con Louise por su poca falta de consideración con la francesa.

—No es necesario que lo haga, estoy acostumbrada— contestó Aurora viendo como las mujeres que paseaban por allí se les quedaban mirando— Debo marcharme.

—¿Porque no se queda a comer con nosotras?— propuso Anne que hasta ese momento no había hablado— Además me encantaría que me aconsejara sobre un nuevo vestido que quiero comprar.

—Pero no me gustaría que tuvieran ningún problema por mi culpa— musitó Aurora sintiéndose cohibida, aunque deseaba aceptar y se sentía halagada porque lady Anne quisiera tener en cuenta su opinión.

—Sí, por supuesto acompañenos— secundo Amelia contenta con la iniciativa de su hermana.

—¿Qué problema? Nosotras podemos almorzar con quien queramos,

¿viene?— insistió Anne deseando que aceptara. Había muchas jóvenes cuya conversación la aburría muchísimo, sin embargo siempre había sentido especial interés en Aurora Humbert. Estaba segura de que tendría una conversación de lo más interesante.

—De acuerdo— asintió Aurora un poco nerviosa, pero aceptando porque quería tener alguna amiga. Se sentía horriblemente sola. Nadie aceptaba sus invitaciones a tomar el té y tampoco la invitaban. Se pasaba los días con la única compañía de su nana.

Las tres mujeres caminaron por la calle ajenas a los murmullos que despertaban al estar acompañadas de Aurora, y ella misma comenzó a no prestar atención a la gente. Anne terminó comprando una tela de color rosa pálido exquisita para la confección de un vestido al estilo francés por sugerencia de Aurora.

—Con la tela que sobre podrá enviar a confeccionar un sombrero a juego — dijo Aurora mientras Anne asentía enérgicamente.

—Llevo mucho tiempo buscando una modista que confeccione un vestido de estilo francés y sin embargo todos terminan siendo horriblos— se quejó Anne con un suspiro de indignación.

—Mi modista lo hará, ella se encarga de hacer mis vestidos— ofreció Aurora que quería agradecer de algún modo el buen rato que aquellas jóvenes le habían hecho pasar. Hacía años que no se lo pasaba tan bien.

—No queremos abusar su amabilidad— dijo Amelia mirando a Anne como avisándola.

—Lo que han hecho por mí hoy y en la fiesta, es mucho más importante, soy yo la que está abusando de su amabilidad y no se hable más— terminó diciendo la francesa.

Después de comer se sentaron en una tetería a tomar el té las tres juntas, ya comenzaba a anochecer cuando salieron del lugar.

Aurora no quería que terminara aquella tarde, aunque debía comenzar a pensar en regresar a su casa. Amelia la había invitado a tomar el té a su casa un día de estos y era muy posible que aceptara la invitación. Ya que lo que más le gustaba de aquellas chicas era que no se dedicaban a criticar a todo el mundo todo el tiempo, como hacían todas la demás.

Se despidieron y las jóvenes se marcharon en su coche, mientras Aurora esperaba que llegara el suyo.

William y Jon regresaban de ver la propiedad que el americano había decidido adquirir. Debería ir a Londres a tramitar la compra, pero estaba más que decidido a establecerse allí. El duque no sabía porque y él no iba a decírselo, pero la razón de aquello no era ni más ni menos que Anne. Si finalmente hacía lo que planeaba no quería separarla de su hermana, sabía que estaban muy unidas, aunque no se lo había dicho.

De eso se había encargado la Anne niña. Antes despertaba en él un sentimiento de agradecimiento y protección, ahora... Anne ya no era una niña para él, sus sentimientos por ella habían cambiado sin que él se percatara de

ello.

William también pensaba en una dama, pero después de muchos años, no era Amelia la que le perturbaba. La vizcondesa de Labourd le gustaba, mucho en realidad. No podía ser más diferente de las mujeres que le atraían. Pero Aurora Humbert le inspiraba sentimientos contradictorios. Por un lado parecía una mujer fuerte y hecha a sí misma y sin embargo luego parecía vulnerable. Le confundía, porque a simple vista hubiera pensado que era como Dorothy Leblanc. Pero no, lo poco que había hablado con ella la noche anterior le había dejado con ganas de más. De mucho más y ella lo había notado también. Ella le había impactado mucho y sentía una necesidad imperiosa de poseerla.

El duque vio como el pañuelo de la mujer caía al suelo y lo cogió antes de que ella tuviera tiempo para aganarse. Jon se quedó en un prudente segundo plano, apartado de la pareja.

—Gracias— musitó Aurora, viendo como el duque de Pendleton le devolvía el pañuelo.

Era una mujer joven y viuda, tenía necesidades que satisfacía con sus amantes y también conocía los suficientemente bien a los hombres, como para saber que él no era indiferente a ella. Se sentía atraída por él. Conocía su cuerpo y disfrutaba del sexo con los hombres. Ella había imaginado como sería sentirle junto a ella, no podía negarlo, porque no era ninguna santa y él tampoco lo era. Quizá el no conocía su dudosa reputación, pero ella sí conocía la suya.

—Qué placer volver a verla, señora. Parece que volvemos a encontrarnos— dijo William sonriendo con voz ronca.

—Para mí también, excelencia— contestó Aurora sintiéndose repentinamente incomoda mientras miraba a su alrededor, ya que no quería que les vieran hablar.

— ¿Ocurre algo?— preguntó William notando el nerviosismo de la mujer.

—No le agradará que la gente comience a murmurar sobre nosotros— susurró Aurora viendo con alivio como se acercaba su coche— Espero que a su madre no le moleste— Ambos sabían que ella no era del agrado de la mujer.

—No tomo en cuenta a mi madre para elegir mis amistades— dijo William en voz baja.

— ¿Somos amigos? Creía que solo nos habíamos visto una vez— no podía ocultar el tono coqueto de su voz. Sabía que era una irresponsabilidad comenzar una relación el duque pero le gustaba.

—Puede que aún no, pero terminaremos siéndolo— terminó el duque abriéndole la puerta del coche.

Aurora entró en el interior y dio orden de comenzar a andar. Tenía la respiración acelerada.

—Te gusta— dijo Jon apoyando una mano en el hombro del duque con una sonrisa pícaro.

—Mucho— afirmó el duque viendo cómo se marchaba el coche.

Anne salió a cazar al día siguiente antes de que todos despertaran. Pasó al establo a visitar a Mac y aunque le hubiera gustado llevárselo, no lo haría aquel día. Realmente quería cazar algo, llevaba semanas sin conseguir una pieza y el duque comenzaba a reírse de ella. Se lo dictaba su orgullo. Caminó por el bosque hasta el tronco hueco donde se encontraba su rifle. Lo cogió con presteza y caminó con él por la zona, hasta que consiguió localizar un ciervo que comía tranquilamente.

—Serás mío...— musitó para sí misma escondida entre unos arbustos.

Conto mentalmente hasta tres preparándose para disparar un tiro contundente y directo. No quería que el animal sufriera.

— ¿Se puede saber qué haces?

Capítulo 18

Anne se asustó y finalmente su tiro perfecto fue al aire. Asustando en el camino al animal que huyó despavorido del lugar. La joven se giró quedando frente Alexander Richmond.

— ¿Porque ha tenido que distraerme? ¡Ha espantado a mi presa!— le gritó Anne golpeando una pequeña piedra con el pie.

—Baja el arma, Anne— le dijo Jon alzando la mano, mientras la joven le miró comenzando a reírse a carcajadas.

—De acuerdo— musitó la joven dejando el rifle en el suelo— ¿Ahora me va a explicar porque lo ha hecho?

Jon no sabía que pretendía cazar cuando la había visto. Él no había podido dormir bien esa noche tampoco, por lo que había salido pronto a cabalgar antes de marcharse a Londres para firmar la venta de la casa. Quería hacer tiempo para ir a Meyworth a despedirse de la joven que le miraba inquisitivamente en esos momentos. No quería que pensara que se había deshecho de él. Pero eso había pasado a un segundo plano cuando la había visto con un rifle en la mano, ¿quién había sido lo suficientemente loco como para darle un rifle?

—No consigo imaginar cómo ha terminado con eso en las manos— replicó Jon perplejo.

—Fue el duque de Sutton, él me enseñó cuando vine a vivir aquí, pero... usted no le dirá nada a nadie, ¿verdad?— preguntó Anne, dándose cuenta de que su secreto estaba en peligro ahora que Richmond lo conocía, él podría contárselo a Amelia.

— ¿No lo sabe nadie?— Anne negó observándole atentamente— Creo que ha sido una irresponsabilidad por parte de ambos, podría haber tenido un accidente, ¿se imagina lo que hubiera pasado si...?

Jon no pudo terminar la frase nada más pensarlo, se imaginaba todo lo que podría haberle ocurrido mientras jugaba con un arma de fuego. Anne podría haberse matado y él nunca hubiera podido encontrarse de nuevo con ella.

El joven agarró el arma apartándolo de Anne. Si él hablaba ella no podría volver a cazar, nunca más la dejarían salir al bosque.

—Sé cazar, su excelencia venía conmigo hasta que su enfermedad se lo impidió, ¿va a delatarme?— preguntó de nuevo la chica.

—No, no se lo diré a nadie, pero no volverá a sujetar un arma, ¿de acuerdo?— él no podía parar de imaginar múltiples escenas espantosas que podían haber ocurrido si ella hubiera tenido un accidente agarrando eso.

—Usted no es nadie para prohibirme eso— espetó Anne cruzándose de brazos.

—Entonces me veré en la obligación de hablar con su hermana y su cuñado, de una forma o de otra dejará de cazar, solo que si me hace caso, nadie lo sabrá nunca— replicó el americano mirándola sin titubear. Pero recordando que no debía exaltarse con ella.

—Creía que estábamos en tregua— dijo Anne en tono suplicante, más de lo que pretendía.

—No habría una si usted se mata con esto, ¿no cree? La acompañaré hasta su casa— dijo Jon instándola a caminar.

Anne le miró con fastidio, pero tenía razón. Miró el rifle con pena con un suspiro. De cualquier manera ella tendría que dejar de cazar. Y eso comenzó a llenarla de tristeza y darle unas inmensas ganas de llorar.

Jon notó su pesar, pero no dijo nada. Él dejó a una niña alegre en Londres, pero había encontrado una muchacha furiosa con todo. No era capaz de comprender como se habría obrado el cambio. Por primera vez se preguntó qué había pasado con Anne durante aquellos años en los que estuvieron separados. ¿Habría ocurrido algo que la había obligado a protegerse con esa coraza? Porque ahora estaba más seguro que nunca de que ella no había cambiado tanto como había imaginado en un principio.

—Lo hago por tu bien, Anne— dijo él a modo de consuelo.

Anne asintió ya que ella misma sabía que esa actividad que practicaba no era segura, por eso mismo no había querido que su hermana se enterara, pero de igual forma resultaba un tanto... frustrante tener que dejar de practicarla. Ella podría discutir mucho con él, pero Alexander tenía el control y podría hablar, contar lo que sabía. Además no tenía más ganas de discutir con él. Prefería llevarse bien con Richmond y parecía que él también quería caerle bien. Parecía que lo de la tregua funcionaba. Y no sabía el motivo de que eso la entusiasmara.

Debía de estar resfriándose.

—Imagino que sí, aunque no comprendo porque le importa tanto mi seguridad, hasta hace unos días le parecía un fastidio— musitó la joven, dando un ligero contrataque para evitar las lágrimas, ya que aunque empezaba a preferir al Alexander simpático, no quería que se notara. Tenía su orgullo.

—Algún día quizá te hable de eso— contestó enigmáticamente— Dejémoslo en que es parte de nuestra tregua.

Él agarró al caballo y caminaron juntos mientras ella se comenzaba a sentir como una niña pequeña. Él la había regañado como si se tratara de una. Le molestaba fervientemente que la trataran así, pero que él lo hiciera le gustaba mucho menos. Cuando llegara a casa, le diría al duque lo que había

ocurrido, aunque el anciano no pudiera hacer nada. Tampoco quería inquietarlo, ya que su salud no era muy buena.

Llegaron hasta Meyworth, donde los caminos se separaban. Jon se detuvo y guardó el rifle en una de las alforjas que llevaba el caballo.

El joven se detuvo para mirarla de frente, en realidad prefería hablar con ella sin tener a nadie escuchando.

—Había pensado venir en unas horas, pero ahora que nos hemos encontrado...

Venía a despedirme— dijo Jon, mientras la joven sentía que acababan de soltarle una bomba.

— ¿Se marcha... para siempre?— preguntó la joven sintiendo como repentinamente regresaban las ganas de llorar.

Sintió un nudo en el estómago, los ojos comenzaron a aguársele y le picaban más.

Su labio comenzó a temblar patéticamente mientras intentaba controlar las inmensas ganas que sentía por llorar. No quería hacerlo delante de él y menos que él supiera que era porque se iba a ir. Comenzó a andar junto a él en silencio, intentado controlarse.

Pero Jon se había dado cuenta. Le parecía repentinamente tierna y vulnerable, mientras caminaba junto a él intentado reprimir las lágrimas. Verla tan afectada le hacía sentir mal. Aquella faceta de Anne le recordaba a la niña que él conoció. Esa niña que lloró cuando le dijo que debía marcharse, que iba a abandonarla y que le suplicó que no lo hiciera. Esa vez no sería el caso, no iba a abandonarla de nuevo, porque aquella vez sí regresaría.

— ¿Eso te entristecería?— preguntó de vuelta sin poder evitarlo, mirándola a los ojos.

—No lo sé— contestó la joven diciendo exactamente lo que sentía. No lo sabía, pero podía sentirse repentinamente vacía.

Jon alzó una mano para acaríciarle la mejilla, mientras una solitaria lágrima descendía lentamente. Acercó sus labios a los de la joven y suspiró. Había creído que sería mucho más fácil de lo que estaba siendo. Aunque solo se marcharía durante tres días, parecía que cualquier cosa podría cambiar en ese tiempo. Aunque era absurdo, no podía cambiar nada más de lo que ya había cambiado.

—Regresaré, pequeña Annie— susurró Jon junto a su mejilla.

Anne se apartó del americano con suspicacia. ¿Pequeña Annie?

— ¿Cómo me ha llamado?— preguntó Anne mirándole fijamente con voz ronca por las lágrimas que no había llegado a derramar.

El la había llamado Pequeña Annie, nadie la llamaba así. Bueno, en realidad eso no era del todo cierto, había habido una persona que sí lo había hecho. Alguien la había llamado así.

Volvió a su cabeza una voz que hacía mucho tiempo que no recordaba. Hacia tanto tiempo que no pensaba en todo aquello que casi parecía haber ocurrido en otra vida...

Solo una persona la había llamado así.

Jon.

Capítulo 19

Jon la miró mientras repasaba la frase, maldiciéndose internamente por aquella imprudencia. Lo había recordado demasiado tarde. Pequeña Annie, era la forma en la que él se refería a ella cuando la conoció de niña. Debía encontrar la manera de conseguir dar una explicación lógica. Aunque si ella le había preguntado era porque no le había olvidado. Eso le hizo sentir bien, quería vanagloriarse en esa sensación. Ella aun le recordaba, pero ese no era motivo para que ella supiera su verdadera identidad. Por mucho que hubiera cambiado su primera impresión de ella, Anne podría apartarse de él si conocía la verdad. Le vería como a un delincuente, no como alguien a quien... Alguien a quien amar.

— ¿Te molesta que te haya llamado así?— preguntó Jon un poco nervioso, intentando mostrar calma.

—No, solo que... —Anne se sentía una tonta por haber pensado siquiera... Porque no podía ser, definitivamente estaba cayendo enferma— No importa, no pasa nada. Solo me ha resultado extraño.

—Comenzaba a hartarme de las formalidades— se explicó él, aunque no era necesario— Ahora que comenzamos a llevarnos bien podríamos dejarlas a un lado... Podrías llamarme Alex.

Anne se sintió repentinamente tímida, le agradaba la idea de tener con él un grado de más de acercamiento, aunque no iba a aceptarlo tan simplemente, no obstante interiormente le gustaba.

—Lo pensaré mientras se encuentra fuera— musitó Anne con una sonrisa llena de picardía— Porque aún no me agrada.

—Seguro que sí— replicó Jon viendo como ella comenzaba a caminar hacia la casa.

Sería la semana más larga de su vida.

Anne comenzó a tararear una melodía mientras se dirigía hacia la casa. Se sentía extraña, como en una nube. Eso lo estaba provocando el americano. ¿De verdad un hombre la estaba convirtiendo en una tonta? No

podía permitirlo, pero él la hacía sentir bien, podía sacarla de quicio para también lo hacía ella con él. Aun recordaba su beso, pero ya no podía sentirse ofendida, sino... ¡Qué extraño era todo!

—Qué contenta vienes, cielo— musitó Amelia llamándola desde el comedor.

—No es cierto— negó Anne tomando asiento en su lugar a la mesa.

—Sí lo es, sonreías y cantabas alegremente— refutó Robert enarcando una ceja— Nunca lo has hecho.

—Bueno, siempre hay una primera vez para todo, ¿no? Tampoco es tan importante— replicó Anne más seria de lo que había entrado, ya que parecía que se estaban riendo de ella.

La pareja se miró con suspicacia pero no dijo nada más, continuaron desayunando tranquilamente.

Anne pasó el resto del sintiéndose extraña. Richm... Alex, la estaba perturbando demasiado. No podía seguir pasando tiempo con él, porque comenzaba a alterarla, si le viera durante unas semanas más terminaría deseando que pidiera su mano. Podía imaginarlo y no podía permitirlo. Ella tenía otros planes.

Se puso el camisón y se disponía para irse a la cama cuando escuchó jaleo en la parte de abajo de la casa. Cogió su bata y vio a Robert subiendo las escaleras con el médico del duque, seguidos de Amelia.

Anne fue a preguntar, pero su hermana la detuvo.

— ¿Le ha ocurrido algo al duque?— preguntó Anne con voz temblorosa, no era la primera vez que el médico había tenido que ir a altas horas de la noche por la salud del anciano.

—Uno de sus golpes de tos— dijo Amelia abrazando a su hermana menor — ¿Porque no regresas a la cama?

Anne negó con la cabeza, esperaría ante la puerta del duque hasta que saliera el médico diciendo que se pondría bien.

Sin embargo, cuando el médico salió de la habitación, no fue eso lo que dijo.

— ¿Está mejor?— preguntó Anne nada más verle abandonar el lugar.

El médico miró a Robert, pidiendo su permiso y este asintió, ya que no era algo que pudiera ocultarse.

—Lamentablemente no— dijo el médico intentando ser lo más delicado posible— Solo puedo dejarle unas hierbas que alivien su dolor, pero no puedo hacer nada más. Su salud está muy deteriorada y... Lo mejor será que llamen a un cura. Rápido.

Anne se llevó una mano a la boca que le impidiera ponerse a gritar como una loca.

Sintió el brazo protector de su hermana sobre su hombro, pero no podía moverse de allí. No notó cuando el médico se marchó.

Ese anciano gruñón no podía morir, no tan pronto. Todavía quedaban muchas cosas que discutir entre ellos y debía terminar de leerle aquel libro

que tanto le enfurecía. Y tenía que continuar quitándole las pipas que aparecían sin descanso entre sus cosas. Parecía que el aire comenzaba a faltarle, las lágrimas comenzaron a caerle desconsoladamente por sus mejillas, mientras ella comenzaba a desear, sin saber porque, que Alexander Richmond estuviera allí.

—No puede morir, Melly— susurró Anne segura de sus palabras— Voy a hablar con él.

—Cielo, el duque debe descansar y estar tranquilo— musitó Amelia que no sabía que decir, era como si su hermana se encontrara en shock y no pudiera asimilar que la hora del anciano duque de Sutton había llegado.

—El querrá verla, Amelia, mientras iré a por... el sacerdote— dijo Robert besando la frente de su esposa.

Su abuelo nunca había sido una persona especialmente cariñosa, ni de trato amable. Con él al menos no. Pero hubiera preferido que no ocurriera tan pronto. Aunque no le habían dicho a Anne la salud del duque había sido mucho peor de lo que ella imaginaba. Ella había sido la única capaz de traspasar la coraza del anciano, no le había escuchado reír hasta que habló con Anne. Le alegraba que ella hubiera sido un bálsamo en aquellos últimos años de vida.

Anne asintió y llamó suavemente a la puerta como hacia todas las mañanas, aunque aquella vez fuera entrada la noche. Esperó unos segundos y entró en la oscura habitación.

—Buenas noches, excelencia— le saludó Anne abriendo las cortinas como hacía por las mañanas y tomando asiento junto al duque.

— ¿No deberías... estar... durmiendo, pequeña?— musitó débilmente el anciano.

—He oído que ha recibido visita y he venido a curiosear— replicó Anne con voz ronca.

—Ah,... ya comprendo— contestó el hombre con un golpe de tos, Anne agarró la mano del duque entre las suyas— Voy terminar creyendo... que me extrañarás.

—Acabo de darme cuenta de que así será si usted se marcha— replicó la joven con voz triste, aunque pretendía sonar despreocupada— Sobre todo ahora que no podré cazar más.

— ¿Y... como es... eso?— preguntó el duque apretando un poco sus manos.

—Ese americano que le agrada tanto me ha descubierto y me ha prohibido continuar haciéndolo. Me quitado el rifle— le contó Anne sintiéndose repentinamente tonta al hablar de algo tan estúpido como eso cuando ocurría algo tan importante.

Ella quería tanto a ese hombre, cuando le perdiera se quedaría perdida. El duque rio con debilidad, mientras continuaba tosiendo.

—Me agrada porque va... a cuidar de ti, Anne. Lo vi... en sus ojos... cuando le conocí y si... dejas de ser tan... terca terminará agradándote... a ti— musitó el anciano.

—No necesito que nadie me cuide, excelencia. Yo lo hago bien y usted también— refutó la joven sin intentar detener el afluente de lágrimas.

—Ni en mis últimos instantes de vida... me darás la razón, pequeña arpía — se quejó con ímpetu— Eso es lo que siempre me ha gustado de ti, prométeme algo— Anne asintió inmediatamente— Prométeme que siempre serás así y que no permitirás que nadie te domine, harás valer tu opinión por encima de quien sea siempre que creas que es la correcta y la defenderás como haces conmigo. Prométeme que algún día darás al mundo pequeños diablillos que se parezcan a su madre. Intenta darle una oportunidad al joven Richmond, Annie, pero no se lo pongas muy fácil.

—Lo prometo— aceptó la joven con voz temblorosa abrazando al anciano. Escucharon los golpes en la puerta y esta se abrió dejando paso al clérigo.

—Debes salir ahora, pequeña— le ordenó el anciano retirándole un mechón de pelo de la frente.

Anne salió de la estancia dirigiéndole una última mirada al anciano que comenzaba a confesarse con el sacerdote. Nada más verla salir su hermana la abrazó fuertemente contra su pecho.

Y finalmente, el anciano duque de Sutton, falleció dos horas después.

Capítulo 20

Anne tomó aire temblorosamente, mientras daba un ligero golpe en la puerta y la abría sin esperar a que le dieran permiso, ya que, nunca más se lo darían. Se acercó a la ventana como cada mañana y abrió las cortinas dejando que la luz del sol inundara la habitación vacía.

Miró hacia la cama donde siempre estaba el anciano duque, sintiendo una pequeña desazón al encontrarla vacía. Como siempre había hecho todas las mañanas durante siete años, se sentó en la silla que aún estaba junto a la cama. Mirando fijamente el lugar en la almohada donde siempre descansaba la cabeza del duque y donde ahora no había nada.

Hacía tres días que el anciano duque de Sutton había fallecido. El día anterior había sido sepultado juntos a sus hijos fallecidos y a su esposa en el mausoleo propiedad de la familia Bradford. Suspiró costosamente y se aclaró la garganta.

—No imagina la cantidad de gente que ha venido a despedirse de usted— comenzó diciendo la joven como si el hombre estuviera allí con ella — Están siendo unos días un tanto extraños, con todas esas personas por aquí... Por usted. Todos sienten mucho que... se haya marchado. Louise y Eleanor incluso lloraron. Estoy segura de que le habría parecido muy gracioso y Robert... Dijo unas palabras muy bonitas sobre usted, sin excederse claro— prosiguió mirando sus manos mientras comenzaba de nuevo a llorar— Intento ser fuerte, ¿sabe? Porque sé que a usted no le gustaría verme gimotear por las esquinas, pero... Es muy difícil, sobre todo porque de pronto me encuentro rodeada de muchas personas que dicen conocerle, pero que comienzan a hablar y demuestran que no saben nada en absoluto. Hubiera preferido no tener que pasar por algo así...

Anne se quedó momentáneamente en silencio intentando recuperar la compostura.

Había ido al entierro incluso Sophia y Stephen, algo que había agradecido ya que hacia algunos meses que no veía a su hermana mayor, ya que ella vivía lejos con su marido y sus hijas.

Katherine y Peter también iban a venir, pero debido al embarazo avanzado

de Katherine habían decidido que lo más adecuado era que ella se quedara en casa.

La joven se levantó de la silla limpiando las lágrimas con un pañuelo y colocó bien la almohada que se había descolocado de su lugar. Al hacerlo, cayó a sus pies un objeto pesado que hizo ruido al golpearse con el suelo. Anne se agachó para cogerlo, dándose cuenta de que se trataba de una de las pipas del duque. La chica la agarró fuertemente aferrándola contra su pecho. Aquella sería la última que sacaría de aquella habitación.

La joven salió de la estancia dando antes una última mirada y cerrando las cortinas de la habitación dejándola en penumbras.

Anduvo hacia las escaleras lentamente y las bajo con desganas. Esperaban a que llegará el abogado del anciano para leer su testamento. Parecía algo de mal gusto, como querer repartirse todo cuando el cuerpo del hombre aún estaba caliente. Pero era lo que debía hacerse.

Robert era oficialmente el nuevo duque de Sutton y Amelia había pasado de señora Bradford a lady Sutton en el momento en el que su marido asumió el cargo. Solo quedaban las formalidades y demás reparticiones del resto de la herencia personal del duque. Ya que todo lo inherente al título era ya propiedad de Robert.

—Cielo, te están esperando en el salón. El abogado del duque acaba de llegar— le dijo Sophia cogiendo su mano suavemente.

—¿A mí? ¿Porque?— preguntó Anne enarcando una ceja, con la pipa aún en la mano.

—No lo sé, pero el señor Akerman ha dicho que no puede empezar la lectura sin tu presencia— contestó Sophia pasando su mano por la cabeza de Anne.

Anne asintió con desinterés, no entendía porque era necesaria su presencia en la lectura del testamento, pero entró en la sala donde estaban reunidos un sobrino del duque que ella no conocía y Robert y Amelia.

Su hermana al verla le hizo un gesto para que se sentara junto a ella. Dominic Collingwood, hijo de la hermana menor de anciano duque, era una autentica alimaña. A Anne no le había hecho falta más de dos minutos para darse cuenta de que pretendía rapiñar lo que fuera en una herencia a la que no tenía derecho. Aquel hombre se había presentado allí como un ave carroñera. Creería que el anciano era estúpido, Anne estaba segura de que se llevaría una mala sorpresa de aquel testamento.

—Ahora que estamos todos presentes, procederé a la lectura del testamento de

Robert Edmund Theodore, V Duque de Sutton:

En Bath, mi residencia, siendo las siendo las 09 horas y 15 minutos, del día

12/06/1853.

Ante mí, Clarence Akerman, licenciado en derecho en Oxford, Capital de su Ilustre Colegio

COMPARECE

Su Excelencia Robert Edmund Theodore Bradford V Duque de Sutton nacido en Bath, el día 05/09/1797.

Declara que sabe y puede leer este testamento.

Manifiesta su propósito de otorgar testamento abierto, para lo cual tiene, a mi juicio, capacidad legal, y a tal fin expresa en este acto su última voluntad en la forma siguiente: I.- Declara que contrajo un solo matrimonio con su esposa lady Elizabeth Olivia Asher, con la cual tuvo dos hijos, llamados Robert y Maximilian Bradford, pero que ambos fallecieron en fechas anteriores, por lo que todo lo vinculante con la herencia conjunta al Título nobiliario es legado a su nieto, mayor de edad, Su excelencia Robert Bradford, VI Duque de Sutton.

II.- Lega a lady Anne Isabelle Phillips, cuñada de su nieto, el usufructo vitalicio de todos sus bienes, que el testador adquirió de forma ajena a su título.

III.- A la fecha del presente documento el testador manifiesta que es propietario de los bienes incluidos en el inventario que se acompaña.

LISTADO DE BIENES DEL TESTADOR

1) La cantidad de cien mil libras esterlinas, dispuestas en el Banco Central de Inglaterra a la citada lady Anne Phillips

2) La propiedad llamada Senhora do Mar, sita en Madeira, Isla portuguesa situada en el océano Atlántico, propiedad de la madre del testador para la citada lady Anne Isabelle Phillips, 3) Un saludo cordial, para su sobrino Dominic Collingwood, hijo único de su hermana menor, lady Helen Collingwood.

IV.- Nombra como albacea y contador de los bienes recibidos por lady Anne Isabelle Phillips a la citada señora, ya que la encuentra capaz de poder encargarse de la administración de sus bienes, que no podrá vender ni repartir, solo podrá legarlos a los posibles hijos que pudiera tener.

Revoca y anula todo acto de última voluntad anterior al presente.

Así lo otorga ante mí. Robert Edmund Theodore Bradford V Duque de Sutton.

La sala se quedó en un silencio sepulcral que solo se vio roto por el grito indignado del sobrino del anciano.

— ¡No puedo creer que ese viejo loco le haya dejado todo a esa muchacha que ni siquiera es parte de la familia!— dijo histérico el hombre golpeando una mesa con el puño cerrado.

—Es parte de mi familia, Collingwood si pretendes montar un escándalo será mejor que lo hagas fuera de mi casa— aclaró Robert levantándose de su lugar.

El sobrino volvió a quejarse y abandonó la estancia indignado.

Anne todavía no podía creer todo aquello. Aquel anciano gruñón le había heredado a ella todo lo que poseía ajeno a su título, incluida una casa en una isla española. Iba a pasar por alto la burla que le había dirigido a su sobrino.

—No puedo aceptar eso— musitó Anne aun en shock mientras su hermana pasaba su brazo por su espalda.

Robert se acercó a ella y se agachó consiguiendo que le mirara.

—Pero era su deseo que lo tuvieras y ya has oído, no puedes rechazarlo, Anne. Mi abuelo era un anciano tenaz— replicó Robert amablemente.

—Pero yo no soy nada suyo, no entiendo porque... Por qué lo hizo— insistió Anne de nuevo negando con la cabeza.

—Porque confiaba en ti, cielo, para cuidar los bienes que fueron de su madre— concluyó Amelia.

Amelia intentó ir tras ella, pero su marido la detuvo negando con la cabeza.

—Necesita tiempo a solas.

Capítulo 21

Anne se levantó de su lugar y salió de la instancia a solas, necesitaba pensar. No podía negar que parecía que el anciano le regalaba la posibilidad de cambiar su vida como siempre había querido. Aquella propiedad en España sería una oportunidad maravillosa para poder probarse a sí misma que era capaz de defenderse de todo ella sola. Además el anciano le había dado potestad de decisión sobre aquellas cosas, porque quizá sí creía en ella. Se sentía sola y confundida, como si no fuera capaz de pensar con coherencia. Y luego estaba lo otro.

Incomprensiblemente se había encontrado en varias ocasiones deseando que Alexander Richmond estuviera allí. Como si él pudiera hacer algo, era tan extraño. Ella misma había detestado su presencia y sin embargo, ahora que quería que estuviera por allí, él había decidido marcharse.

Dijo que regresaría, pero quizá no lo hacía. Tampoco es que ella se hubiera hecho mucho por hacer que él cumpliera su promesa, además tampoco necesitaba aferrarse a la idea de que volvería.

Mac caminó tras ella con la cabeza agachada, como si sintiera que estaba triste y quisiera compartir su pena. Se sentó a la sombra de un árbol que había un poco apartado de la entrada de la casa con el animal junto a ella. Aún mantenía la pipa entre sus manos, decidió que esa no la tiraría como había hecho con las otras, la guardaría como recuerdo del gran hombre que había sido el duque.

Fijó su mirada en un punto lejano, mientras intentaba recomponerse. En su añoranza por el americano había descubierto que sin saber cómo, se había acostumbrado que estuviera por allí, a que apareciera en cualquier momento para molestarla o incluso inquietarla.

Al duque le había agradado y debía reconocer que a ella también, aunque nunca le diría que lo había extrañado. La muerte del anciano la había dejado totalmente vencida, como un barco a la deriva.

Notó como alguien se sentaba junto a ella y alzó la mirada para encontrarse con la mirada inusualmente amable de su enemigo acérrimo declarado... William Ramsey, duque de Pendleton.

William había decidido ir a por su madre y su tía a Meyworth como le habían pedido, no había querido que hicieran el viaje de regreso solas tal y como estaban las cosas. Además quería ofrecer su ayuda a su primo por si la necesitaba al encontrarse ahora con todo el papeleo que suponía recibir un título de semejante magnitud. En otro momento no lo habría pensado, pero realmente quería limar asperezas con Robert y demostrarle que su actitud no respondía a oscuras intenciones, sino que era legal.

Cuando había llegado y había visto a Anne a la sombra de aquel árbol su primera intención había sido dejarla en paz. Tenía bien sabido que no era del agrado de la joven, por lo que importunarla en esos momentos tan tristes para ella hubiera sido una falta de consideración lamentable por su parte y más hacia una joven que no le era antipática del todo.

Anne y él habían protagonizado encarnecidos intercambios de palabras, pero

siempre había tenido en claro que aquella muchacha no era mezquina, simplemente le desagradaba por el trato que él mismo había tenido con su hermana. Y no la culpaba, él hubiera hecho algo parecido. Además también se había unido a esto su poca paciencia con los infantes. Pero Anne ya no era una niña y parecía necesitar algún tipo de apoyo.

No comprendía porque la habían dejado allí sola, sabiendo que era la única persona que había tenido una relación tan estrecha con el anciano duque, aún más que su propio nieto.

Nadie le había pedido que intentara consolarla, quizá por eso mismo terminó sentándose junto a ella.

— ¿Te encuentras bien?— preguntó William suavemente alargando la mano hacia

las de la joven, que aun sujetaban el objeto del duque.

Anne miró a William y luego su mano, soltó la pipa que cayó sobre su falda y aceptó la mano que le ofrecía el duque.

—No— susurró Anne, aunque sabía que según las normas de la sociedad, ella nunca debería haber dicho eso, ya que una dama siempre debía mantener la compostura, fuera la situación que fuera.

—Debe ser duro aceptar lo que ha ocurrido, pero estoy seguro de que al duque no le gustaría que estuvieras triste— comentó Pendleton apretando la mano de la chica como si pudiera inyectarle algo de fuerza.

—Lo sé, pero... Siento que se ha marchado la única persona que me aceptaba y

me... comprendía— confesó Anne con temblorosa, quizá en sus cabales nunca habría terminado convirtiendo a William Pendleton en su confidente, pero poco le importaba en ese momento.

—Estoy seguro de que eso no es cierto, Amelia lo hace, mi madre, mi tía y Robert...

Mucha gente te quiere— refutó el duque con suavidad.

—Pero no me entienden... Esperan algo de mí, pero no aceptan que yo... No soy así— prosiguió Anne sin saber cómo explicarlo— No soy dócil, ni

maleable, ni delicada....

— ¿Cómo eres entonces? Yo no te veo diferente a cualquier joven que se precie, eres hermosa y amable, con quien quieres, claro...

—Ese es el problema. Yo no soy como el resto de muchachas que esperan pacientemente a que un hombre se case con ellas... Su excelencia no me enseñó a hacer eso, él me educó para pensar, para pensar en mí misma, por mí misma, no para conformarme. Me gustaría tanto poder valerme por mí misma, demostrarme que puedo yo sola—susurró Anne con voz más decidida.

— Eres lo suficientemente inteligente como para imponer tu punto de vista, Anne.

Creo que tienes miedo a decir abiertamente lo que quieres, ya que aunque lo niegues, no quieres decepcionar a nadie y a Amelia la que menos, ¿me equivoco?— Anne negó con la cabeza, dándole la razón, ya que la tenía— Creo que te llevarías una sorpresa, porque Amelia estará feliz con el camino que tu decidas seguir. Sea cual sea.

— ¿Usted cree?— preguntó débilmente la joven haciendo un pequeño mohín.

—Por muy descabellado que sea, tienes derecho a intentarlo. Sé que para una

mujer las cosas son muy difíciles, pero... Creo que tú triunfaras. Si te esmeras en cumplir tus metas con tanto ahínco como te enfrentas a mí, conseguirás todo lo que te propones— terminó William retirándole las lágrimas a la joven.

—Gracias— musitó Anne mientras abrazaba con gratitud sincera, mientras el duque comenzaba a tener los ojos acuosos. Un hombre no lloraba.

Las palabras del duque la habían ayudado más de lo que él creía. Le había recordado tanto a lo que solía decirle el anciano siempre que ella se quejaba de su suerte por haber nacido mujer. Lo dicho por William solo había conseguido darle un último empujón que ya había comenzado con la herencia del duque.

Ella no podía rechazarla y no lo haría. Aceptaría aquella propiedad e iría a visitarla.

Era la oportunidad que necesitaba para demostrarse que ella podía valerse por sí misma. El rostro de Alexander Richmond vino a su mente. Si ella se marchaba no le vería nunca más y eso la entristecía más de lo que quería aceptar ante sí misma. En ese momento se dio cuenta, de que si había una persona con la que sí aceptaría casarse sería con él y muy al contrario de lo que dijo la primera vez, no tendrían que obligarla.

Al día siguiente...

Anne había pasado toda la noche pensando en la mejor forma de comunicar lo que quería hacer. Sabía que no sería fácil, su hermana intentaría disuadirla, ya que el viaje hacía la isla era bastante largo y un tanto peligroso, cualquier viaje lo era. Si había una persona a la que quería hacerle entender cómo se sentía era a Amelia. Ella siempre había sentido que podía hablar de ella de cualquier cosa, todo eso cambió cuando sus opiniones comenzaron a

separarse de la mentalidad femenina común. Y aunque no podía decirse que su hermana fuera una anticuada, era cierto que ella vivía feliz y contenta en su maravilloso matrimonio y no era capaz de ver más allá, ni siquiera era capaz de imaginar que para su hermana menor fuera tan importante realizar aquel viaje.

Y luego estaba el tema de Alexander Richmond... él la había abrumado con sus

discusiones, con su forma de ser y de tratarla. Aunque había sido bastante salvaje con ella, no podía negar que habían discutido, peleado y hablado como iguales, por eso ella cada vez estaba más segura de que lo que sentía por él no era simple agrado como decía el viejo duque... Era algo más y no sabía que era, pero igual que estaba decidida a marcharse, también la entristecía el hecho de que posiblemente no se verían nunca más. Pero era algo que debía sacrificar por su libertad.

Amelia se encontraba tomando una taza de té en compañía de Sophia, cuando

vieron por el rabillo del ojo como Anne tomaba asiento en el sillón que había junto a suyo. La joven agradeció que estuvieran las dos juntas, ya que así podría hablarlo con ambas, aunque tuviera una relación más cercana con Amelia, también le gustaría saber que pensaba su hermana.

—Hoy tienes mejor color de cara, cielo, ¿cómo te encuentras?— le preguntó

Sophia, ajena a lo que su hermana pretendía decirle.

—Sí, tienes una luz especial en la mirada— musitó Amelia de acuerdo con su

hermana mayor.

—Un poco mejor, aunque esta mañana me he encontrado de nuevo frente a la

puerta del duque— dijo Anne con voz temblorosa, ya que la reciente muerte del anciano aun le dolía.

—Es normal, aún es pronto— contestó Amelia con una sonrisa tranquilizadora.

—Me gustaría hablar con vosotras, contaros algo. Es importante— dijo Anne, no quería dar vueltas sobre el tema, debía decírselo a sus hermanas, lo más pronto posible.

—Claro, adelante— contestó Sophia dejando la taza de té sobre la mesa.

—Me voy a ir a la casa que el duque me heredó en Madeira. Yo sola— confesó

Anne soltando la bomba y sintiéndose de pronto liberada, ante sus perplejas hermanas que eran incapaces de asimilar lo que escuchaban, mirándose mutuamente.

Capítulo 22

Anne vio como los rostros de sus hermanas perdían color paulatinamente, el de Amelia, más bien comenzaba a adquirir un tono de enfado que no podía disimular por más tiempo.

Anne debía encontrarse tan confundida, pero eso no justificaba que quisiera cometer aquella locura. La menor pasaba su mirada de una hermana a la otra. Amelia no podía creer que Anne quisiera cometer semejante despropósito. ¿Qué iba a hacer una joven sola en un lugar alejado de su familia y sus costumbres? No iba a permitirlo.

—Creo que la muerte del duque te ha afectado más de lo que creíamos— dijo Sophia intentando romper el silencio que se había instalado en la sala.

—En realidad, solo ha acelerado algo que ya tenía tiempo pensando— aclaró Anne tranquilamente.

—¿Has perdido el juicio?— le preguntó Amelia que no podía permanecer callada más tiempo— ¿Crees que la vida es tan fácil como decidir qué quieres marcharte sola? ¿Qué puedes decidir irte así sin más?

—No, creo que comprendo mucho mejor de lo que crees como de dura puede ser la vida— replicó Anne enfrentándose a su querida hermana por primera vez en la vida.

—Podemos hablarlo sin discutir, por favor— pidió Sophia intentando mediar entre ellas, aunque no sirvió de mucho ya que no le prestaron atención.

— ¡No, no lo sabes, por supuesto que no! ¡Hice todo por conseguir una buena vida para ti y tu pretendes echarlo todo por la borda!— le gritó Amelia comenzando a sentir un nudo en el estómago— No comprendes lo peligroso que es el mundo, Anne. No lo sabes.

—Sí lo sé, recibí un disparo que lo demuestra— replicó Anne arrepintiéndose seguidamente de haberle echado en cara eso— Amelia, yo no...

Amelia se apoyó en la silla como si su hermana la hubiera golpeado. En su interior sabía que ella solo se estaba... defendiendo, era típico de Anne, pero nunca habría imaginado que le diría aquello. Anne no podía marcharse, ¿cómo iban a separarse? Ella no conocía lo sombrío que era el mundo cuando no

tenías a nadie y ella pretendía hacer eso sin necesidad. Era un riesgo absurdo que pondría en entre dicho el buen nombre de su hermana.

— ¿Disparo? ¿Qué disparo?— preguntó Sophia histérica mientras las otras hermanas continuaban mirándose.

—Te lo explicaré más tarde— le contestó Amelia toscamente— No te marcharas a ningún lado, Anne. No lo harás— susurró la joven duquesa dolida.

Anne se sintió terriblemente incomprendida, ni siquiera había podido explicarse, se había encontrado una negativa nada más comenzar a hablar. Se marchó a su habitación sin decir nada más. Pero eso no se quedaría así.

Amelia pasó el resto de la tarde explicándole a su hermana mayor lo que ocurrió cuando escaparon de su casa para ir hacia Gracefields junto a ella. Anne y ella habían prometido no contárselo a nadie, pero nunca habría esperado que ella se lo arrojara a la cara en medio de una disputa. ¿Cómo habían llegado a esa situación?

Creía que Anne era feliz allí, pero parecía que no lo había sido, la prueba más contundente había sido precisamente que a la primera oportunidad que le había salido había querido marcharse de allí. Stephen y Robert se habían unido a ellas un rato después. Quizá entre los cuatro pudieran conseguir que Anne cambiara de idea, que se olvidara de aquella locura.

—No puedo creer que nos ocultarais eso— replicó Sophia que era incapaz de asimilar lo que acababa de escuchar. Parecía que su madre había sido el mal menor al que se habían enfrentado sus hermanas. No podía evitar sentirse culpable por no haberlas ayudado.

—Cuando Robert nos salvó, creímos que era innecesario preocuparos, Sophia— musitó Amelia, mientras agarraba a su marido de la mano— Pero eso es pasado, ahora lo importante es hacer recapacitar a Anne.

—Creo que solo esta dolida, ella estaba muy unida al duque, en unos días se le pasará— opinó Stephen seriamente, cruzándose de brazos.

—No lo hará, conozco a Anne y está decidida a hacerlo, creo que es algo que lleva planeando bastante tiempo— replicó Amelia con pesadez.

— No te ofendas, Robert, pero creo que tu abuelo fue demasiado... Permisivo al dejarle a ella la potestad de su herencia— Stephen se paseaba por la habitación con impaciencia.

Aquel era un problema que debían solucionar. Aunque Anne viviera con sus cuñados, los cuatro eran responsables de su bienestar y debían encontrar el modo de arreglar aquel problema.

—Estoy de acuerdo, pero no puede hacerse nada. Legalmente, Anne puede hacer lo que quiera con su herencia— asintió Robert delicadamente.

—Podríamos hablar con ella, tranquilamente. Antes nos hemos exaltado demasiado— musitó Sophia mirando a su hermana enarcando una ceja— Hacerle comprender que... ella no puede hacer siempre lo que quiera.

—Sí, estoy de acuerdo, hablaremos mañana con ella y la haremos comprender— aceptó Robert mirando a Amelia pidiendo su opinión.

La joven se limitó a asentir y poco después su hermana y su cuñado se retiraron a la dormir, seguidos por los nuevos duques de Sutton.

Sin embargo, Amelia no podía dormir. ¿Porque debía ocurrir todo aquello en ese momento?

—Encontraremos una solución, cielo. No te preocupes— le susurró Robert abrazándola para tranquilizarla.

—En el fondo, sé que Anne es lo suficientemente valiente como para... Enfrentarse a lo que sea— dijo Amelia con la voz rota— Pero yo no soy tan fuerte como para dejarla marchar, soy una egoísta, ¿verdad?

—Claro que no, te preocupas por tu hermana menor y es normal, mañana todo se solucionará, te lo prometo. Ahora duerme— le dijo Robert dándole un beso en la mejilla.

Pero Amelia no podía sosegar, las palabras de Robert la habían ayudado, pero no la terminaban de tranquilizar. No debía haberse puesto tan furiosa con su hermana, debió dejarla hablar.

Anne no había llevado una educación convencional al uso. Le complació que el duque quisiera educarla con conocimientos que, en su mayoría, solo recibían los hombres.

Incluso que tuviera ciertas ideas un tanto extrañas sobre el empoderamiento femenino, Anne era una soñadora nata. Pero de eso a querer irse a un lugar remoto sola, había un gran abismo. Pero a lo mejor era lo que ella necesitaba, ¿era justo por su parte retener a Anne junto a ella por su propia paz? Quizá no, a lo mejor Anne necesitaba realmente aquella oportunidad...

Anne tampoco podía dormir, no había esperado que Amelia no la dejara hablar. Ella sabía que no sería fácil convencerla pero... Ella también había hablado de más, nunca había culpado a su hermana por aquel disparo, ¿cómo podría? Si Amelia había hecho todo lo posible por procurarle un futuro apropiado, algo que por culpa de su madre y su hermano mayor no habían tenido. Sin embargo, ella se lo había echado en cara sin miramientos.

Escuchó la puerta abrirse y Anne sintió como alguien se tumbaba a su lado. La joven se giró y se encontró con la mirada triste de su hermana. Recordaba las veces en las que ella había ido a su cama en busca de consuelo y protección.

—Siento mucho haberte dicho eso...— comenzó Anne sintiéndose mal mientras comenzaba a llorar desconsoladamente— No lo dije en serio.

—Lo sé, cielo, estábamos dolidas y... Nos dijimos cosas feas las dos— contestó la joven duquesa limpiando las lágrimas de su hermana— Explícamelo— le pidió Amelia con una sonrisa trémula.

Anne comenzó a relatarle su propia frustración. La situación agobiante que vivía con Louise y Eleanor buscándole pretendientes, Edward Norton detrás suya todo el tiempo con sus incesantes envíos florales, pero sobre todo, terminó confesándole la insatisfacción que sentía al verse atrapada en un matrimonio en el que no hubiera nada, junto a un hombre que no quería,

teniendo hijos y marchitándose sin poder haber conseguido nada por sí misma.

—Pero eso no lo sabes, cielo, quizá algún día...— dijo Amelia dulcemente, comprendía todo lo que había conducido a Anne a tomar una decisión así, pero había otras salidas a esa tan radical.

—No habrá ningún Robert para mí, Melly— la interrumpió la joven, mientras el rostro de Alexander regresaba a ella, pero despejó su mente rápidamente, no podía titubear— Tu decidiste el camino que seguirías, pero el mío... Me gustaría poder dibujarlo yo, no las circunstancias o cualquier otra persona.

—Es muy duro para mí escuchar que deseas irte, ¿sabes? Es como si te sintieras recluida, cuando nunca he querido eso para ti, precisamente por eso nos ocurrieron aquellas cosas— contestó Amelia, se encontraba más tranquila después de haberla escuchado, al menos, podría comprender, pero continuaba doliéndole.

—Nunca me he sentido prisionera, todo lo contrario y te lo agradezco tanto. Es muy posible que todo salga mal, que os extrañe tanto que regrese de inmediato— refutó la joven mientras su hermana la miraba con añoranza.

—No me había dado cuenta cuanto has crecido hasta ahora... Prométeme que me escribirás seguido— le pidió Amelia con una sonrisa triste, pero tranquila, si Anne era feliz así...

Ella debía aceptarlo e intentar comprenderla, apoyarla.

Anne asintió entre llorando y riendo mientras abrazaba a su hermana con fuerza.

Capítulo 23

Jon regresó a Mey dos días después de que se cumpliera una semana de haberse marchado. Cuando las negociaciones para comprar la casa que pretendía adquirir se habían detenido por culpa del hijo del vendedor. Después de tener la cifra pactada, una cantidad en la que ambos habían coincidido, había aparecido un hijo del hombre para elevar el precio. Por lo habían tenido que volver a discutir el precio de la casa, hasta que finalmente el hombre, harto de tanto retraso había convenido firmar la venta por el precio que habían pactado ellos antes de la aparición de su hijo.

Jon había necesitado emplear toda su paciencia para no deshacer el trato y regresar a Bath a la mayor brevedad, pero lo cierto era que estaba emocionado por la compra de esa casa, pero no más que le entusiasmaba la idea de Anne y él viviendo allí. Era algo que no se le habría pasado por la cabeza en un primer momento, pero desde que se había dado cuenta de lo fuertes que eran sus sentimientos por ella, no hacía otra cosa que pensar en Anne. La había echado de menos, mucho más que cuando se marchó la primera vez.

Quizá aquella vez simplemente lo aceptó porque era lo correcto, lo que debía ocurrir, pero en esa ocasión él tenía la esperanza de que quizá le esperaba. Ojalá ella le hubiera añorado tanto como él lo había hecho. No había habido ni una noche en aquellos días en los que no hubiera pensado en Anne, en como estaría.

Ahora podría descubrirlo por sí mismo, ya que finalmente regresaba y victorioso además de su viaje. Estar separado de ella le había hecho darse cuenta de que lo que sentía no era simplemente gratitud, él se había enamorado de Anne, y aunque quizá ella aun no le correspondía, tampoco le era indiferente. Tenía que intentarlo pero no por ello iba a dejarse llevar por ella. No iba a ser un déspota con ella, pero tampoco cedería a sus berrinches como si nada.

Bajó del coche rápidamente, ya que quería asearse un poco antes de ir a verla.

Estaba deseoso de saber cómo estaba.

—Alex, ¿ha ido bien la compra?— preguntó William saliendo a saludar a su amigo americano.

—Hubo un pequeño retraso, pero finalmente todo salió como esperaba— asintió

Jon mientras los criados comenzaban a bajar su equipaje.

— ¿Me explicarás ahora porque tanta prisa en adquirir esa casa?— inquirió el duque enarcando una ceja, ya que no comprendía porque a Alex le había urgido tanto cerrar la venta de aquel lugar.

—Más tarde, primero quiero ir a visitar a alguien, las cosas por aquí van bien, ¿no?— contestó Jon, ya que aunque no estuviera seguro de algo no iba a contar a nadie lo que planeaba hacer con esa propiedad.

—Más o menos, la misma noche de tu partida falleció el duque de Sutton — le

informó William con semblante serio.

> pensó inmediatamente, urgiéndole aún más ir a verla. Se arrepintió de haberse marchado, le hubiera gustado estar allí con ella...

— ¿Anne como esta?— replicó rápidamente Jon, ella estaba tan unida a aquel

anciano...

William le miró con aire sospechoso, creía que Alex y Anne no se soportaban...

Pero parecía que se había perdido algunos capítulos de aquella historia... Hay había algo que a él se le escapaba...

—Han sido unos días duros para ella, pero finalmente y gracias a su herencia todo parece estar arreglándose— repuso el duque mirándolo fijamente.

—Me alegro por ella, estaba enterado de su cercanía con el duque. Iré a mostrar mis condolencias a ella y... a su familia, claro— comentó Jon como de pasada.

—Seguro que Robert y su esposa te lo agradecen, sin embargo será complicado

que veas a Anne, hace unas horas que partió hacia Bristol para tomar un barco que la lleve a Madeira durante una larga temporada— le informó William observando como la cara de su amigo se descomponía a la vez que él hablaba.

¿Se había marchado? Sin pensar en él siquiera... Apretó los puños con fuerza, él había estado suspirando como un enamorado absurdo mientras ella planeaba irse... Y ni siquiera había tenido el detalle de despedirse de él, de decirle que se iba... Y mientras él intentando... ¡Era un imbécil!

—Ella te interesa, ¿verdad?— afirmó William sin necesidad de que su amigo dijera nada. Por su cara era más que obvio.

Anne aún continuaba gimoteando mientras el coche se alejaba de Meyworth y la llevaba hacia Bristol. Después de hablar con Amelia todo había sido mucho más sencillo. Ella había convencido a Sophia y a sus

cuñados, aunque no sabía muy bien cómo. Ellos querían haber ido a despedirse de ella al puerto, pero Anne les había pedido que no lo hicieran. Bastante duro estaba resultando ya como para alargarlo.

Robert se había encargado de todo, iba acompañada de su doncella, Dora, que en teoría la cuidaría, aunque ya se imaginaba a sí misma cuidando de ella. Había resultado muy triste despedirse de Mac, pero él no podría acompañarla en su ocasión. Aunque Amelia le había prometido que, si finalmente se instalaba allí durante mucho tiempo, ellos mismos le llevarían al animal.

Había querido marcharse lo más pronto posible porque no había querido cruzarse con Alexander Richmond. La fuerza de los sentimientos que despertaba en ella era tan intenso que no estaba segura de que él no pudiera convencerla de que no se marchara. Por eso había apresurado a su cuñado para que le consiguieran el pasaje en el primer barco que partiera hacia Madeira y lo habían conseguido. Tardarían en llegar un mes. No imaginaba lo que sería todo un mes encerrada en un barco, pero la recompensa merecía la pena, ¿no?

Sabía que él estaría a punto de regresar, era muy posible que Alexander no quisiera nada de ella, que fueran solo producto de su imaginación.

A lo mejor lo que ocurrió entre ellos cuando se despidieron solo le pareció especial a ella... No lo sabía y probablemente no lo sabría nunca.

Llegaron a Bristol y se hospedaron en un hotel cercano al puerto donde Robert les había reservado un cuarto, debía ser conjunto, pero no le importaba tener que compartir habitación con Dora. Ya que también compartirían camarote en el barco.

Anne miró por la ventana hacia el lugar donde el gran barco estaba atracado en el puerto, como si estuviera esperándola para llevarla hacia una nueva vida, donde no estaría Alex Richmond...

Además, el anciano duque estaría orgulloso de ella. Aunque no lo diría, ese hombre quizá le reprocharía que se marchara tan apresuradamente, pero las cosas importantes no debían aplazarse. Tomó de entre sus cosas la pipa del duque, estaba segura de que aquel objeto le daría algo de suerte.

La dejó sobre la mesita y se dispuso a dormir, mientras es ya recurrente rostro de Alexander llegaba hacia su mente.

Anne y su doncella fueron de las primeras en arribar al barco, la joven miraba a su alrededor impresionada. Aquel trozo de madera gigante la llevaría desde Inglaterra hasta Portugal en unas semanas. Suspiró comenzando a sentir una especie de mezcla entre ansiedad y nervios.

Los empleados del barco se movían de un lado a otro vigilando que todo estuviera en orden para salir. Dora se marchó hacia el camarote que le habían asignado, no eran muchos pasajeros, pero la mayoría, sino todos eran gente con dinero que pretendía pasar unos meses fuera de Inglaterra.

Ya que el pasaje en aquella embarcación era bastante caro. Anne había insistido en pagarlo ella misma, con parte del dinero que el duque le había cedido, pero Stephen había insistido en pagarlo él mismo. Parecía imposible

que hacía apenas unos días ella estuviera peleando con el anciano ajeno los dos a lo que estaba por suceder.

Después de un rato, mientras fueron embarcando las distintas personas. Él barco elevó anclas y comenzó la travesía. Anne se apoyó en una de las barandillas de la proa, mirando hacia el mar. Parecía que no había nada más que alcanzara la vista, como si cuando llegaran hasta ese punto, el mundo fuera a acabar. ¿Cómo sería el momento en el que vieran tierra de nuevo? Todas las personas que estaban en el barco miraban hacia el puerto despidiéndose de la gente que había allí reunida. Menos Anne, su mirada se perdía en el horizonte, mirando hacia adelante.

—Una vista maravillosa, ¿verdad?— dijo alguien junto a ella apoyándose también en la barandilla.

— ¿Cómo es posible?— preguntó la joven mirándole boquiabierta, si poder creer que su vista no le estuviera jugando una mala pasada.

Capítulo 24

Jon apenas había tardado unos segundos en reaccionar cuando William le informó de aquello. Después de unos pocos instantes en los que se había flagelado a sí mismo por ser tan imbécil. Por haber siquiera imaginado que él... Apenas se había dado tiempo para hundirse en su decepción.

William había sido testigo silencioso de su debate interno. No se había dado cuenta de en qué momento Alexander había cambiado su forma de actuar con Anne, ¿era posible que estuviera confundido? No, prácticamente había perdido color al enterarse.

—Ella te interesa, ¿verdad?— afirmó William sin necesidad de que su amigo dijera nada— Más te vale que sea serio, no me gustaría tener que enfrentarme a ti en un duelo para defender su honra.

—Te juro que mis intenciones con ella eran buenas— contestó Jon sintiendo un poco de molestia, no quería que nadie se metiera en sus asuntos, aunque fuera William, pero comprendía que las cosas eran así entre aquellas personas.

—Bien, será mucho mejor para ambos, no podría imaginar vuestra convivencia la verdad. No me agradaría. Supongo que no tendré necesidad de decirte que el barco sale mañana por la mañana y que ella pasará la noche en el hostal del puerto. — comentó el duque como de pasada.

Jon le miró estupefacto, ¿William estaba insinuando que fuera tras ella? Él había tardado nada en decidir qué haría y las palabras de su amigo solo le animaron aún más. Era posible que Anne hubiera decidido marcharse, por lo que fuera, pero si pensaba que con eso iba a deshacerse de él estaba muy equivocada. Además no iba a dejar que ella se marchara sola, tan alegremente, ni que apareciera otro Edward Norton, que quizá a ella sí que le agradara. Para nada. La simple idea de pensarlo se le antojaba absurda y descabellada. Anne debía asumir que su destino estaba unido al de él, fuera como fuera.

Y por eso, no había permitido que los criados terminaran de bajar su equipaje del coche, ya que había decidido ir a Bristol, por lo que se despidió de William y se subió de nuevo al coche.

William miró como se alejaba con una sonrisa pícaro, realmente se le daba

mejor el papel de celestino que casarse él mismo.

—Hijo, ¿ese era el señor Richmond? Pensé que había regresado, ¿porque se

marcha?— preguntó Louise mirando hacia donde el coche se perdía.

—Le ha salido un viaje de improviso, solo vino a despedirse y disculparse.

Necesitará suerte para cerrarlo con éxito— dijo el duque misteriosamente, mientras su madre le miraba sin comprender.

Jon había planeado aparecer ante ella cuando el barco ya hubiera zarpado, de esa manera no podría escapar, aunque la veía capaz de saltar por la borda. Le había costado bastante conseguir un lugar en aquella embarcación, ni siquiera sabía con exactitud qué haría cuando llegara a Madeira, pero poco le importaba. Nada más embarcar había mirado por cubierta, buscándola, hasta que la había localizado mirando hacia mar abierto.

—Una vista maravillosa, ¿verdad?— dijo Jon colocándose junto a ella sin perderla de vista. Estaba algo más pálida que hacía una semana, la pérdida del anciano parecía haberle pasado factura. Deseó haber estado allí con ella, luego recordó que ella se había marchado y endureció el gesto.

— ¿Cómo es posible?— preguntó la joven mirándole boquiabierta, como si

estuviera viendo un fantasma.

—Las coincidencias existen, milady— contestó el joven mirando hacia el mar, ya que si continuaba pendiente de ella, no sería capaz de concentrarse en su enfado.

Anne sintió una especie de alegría inaudita cuando se dio cuenta de que realmente estaba él allí, frente a ella. No lo aceptaría nunca ante él, pero le había echado de menos. Había sido complicado aceptar que no le vería y allí estaba, ¿cómo podía ser? Estaba segura de que allí no había nada de coincidencia. ¿Había venido por ella? Solo de pensarlo su corazón comenzó a latir rápidamente.

—Pero no en esta ocasión, señor— contestó Anne mirándole con una ceja enarcada.

— ¿Cree que he venido siguiéndola? — Preguntó Jon fingiendo sorpresa, cuando era exactamente el motivo por el que estaba allí— No se quiera tanto, milady. Ni siquiera sabía que usted estaría aquí, vengo directamente de Londres.

Anne se sintió desilusionada, pero no permitiría que él lo supiera, claro que no.

—Claro que no creía eso, a mí me da igual que usted este aquí, señor...— dijo Anne mirándole con rencor, fingiendo no recordar su nombre.

Sabía dónde atacar, pensó Jon, mientras comenzaba a reírse ásperamente frente a ella. Anne se había dado cuenta de que él se molestó cuando dijo no recordar su nombre y había usado esa arma. No iba a conseguir sacarle de sus

casillas, por muy molesto y dolido que estuviera por su aparente indiferencia. La joven le miró frunciendo el ceño — ¡Como se atreve a reírse de mí!— le gritó la joven enfadada, y comenzó a

caminar hacia la puerta que había en cubierta que conducía a los camarotes de los pasajeros.

Jon caminó tras ella y la agarró del brazo para que no se marchara.

—Hay suficiente espacio para ambos, creo que podremos comportarnos, recuerda nuestra tregua, ¿no?— dijo Jon intentando controlar la risa, estaba absolutamente preciosa, sonriendo o enfadada, Anne era adorable.

— ¡Váyase al diablo!— juró la joven soltándose de un estirón caminando enérgicamente hacia la puerta, mientras a sus espaldas Richmond continuaba riendo a carcajadas.

William decidió regresar a Londres al día siguiente, su visita a Bath le había ayudado a superar el pasado, además debía volver para llevar sus negocios. Estaba contento de haber ido hacia allí, ya que eso había conseguido cerrar viejas heridas y luego estaba ella.

No había podido sacar a la vizcondesa de Labourd de su mente. Había comenzado plantearse la posibilidad de comenzar una relación con ella. No había tardado mucho tiempo en darse cuenta de que ella era una igual en aquellos temas. Aurora era una mujer experimentada, pero que a la vez desprendía un aura de fragilidad y él quería tenerla.

Su madre había puesto el grito en el cielo cuando le había comunicado su marcha, pero era irrevocable, así que una vez instalado en su casa, comenzó a retomar sus funciones, aquella que había dejado encargadas en las capaces manos de Stephen durante su larga ausencia.

Aurora tampoco había podido dejar de pensar en el duque de Pendleton. Quizá se debía que había pasado algunos meses desde que su relación con el heredero del marqués de Trenton se había terminado debido al matrimonio de este.

Era una norma que Aurora se había impuesto a sí misma, aunque era criticada de igual forma, ella sabía que en su cama no había lugar para ningún hombre casado. Ella no iba a ser la causa de la tristeza de otra mujer, por muy estirada que fuera esta. Al morir su marido, había asumido que nunca volvería a casarse, todo el mundo creía que Pierre era un caballero atento y amable, lo era, pero fuera de las paredes de su casa. Dentro de estas, había sido un monstruo.

Pierre Humbert, vizconde de Labourd había sido un viejo asquerosamente rico y viudo que se había encaprichado de Aurora cuando apenas tenía doce años y ni siquiera había comenzado a sangrar. Su padre, que estaba arruinado, le había prometido su mano si esperaba a que fuera señorita, a cambio de una cuantiosa dote. Y ese demonio lo había hecho, se había casado con ella cuando apenas tenía quince años y esa noche además de la inocencia, Aurora había

perdido las ganas de vivir.

Durante meses había vagado como un alma en pena, que por las noches debía

tumbarse en la cama, para que aquel hombre la usara para desfogar su deseo carnal, de poco le importaban sus lágrimas o su reticencia. Con el paso del tiempo, Aurora aguantaba esos asaltos en silencio, rezando para ser liberada de aquella pesadilla. Lo peor hubiera sido quedarse embarazada de aquel hombre, sin embargo, cuando se dio cuenta de que lo que podía pasar y que debía ser fuerte para soportar lo que fuera a venir, visitó a una curandera que preparó un tónico que debía tomar antes y después de cada copula.

Pierre había deseado un hijo con ella. Casi podía decir que era lo que más ansiaba, mostrar su hombría preñando a una muchacha cuarenta años más joven que él. Y después de dos años de agonía, dios pareció escucharla. El maldito se cayó de su caballo partiéndose el cuello. Como hubiera deseado estar presente para escucharlo crujir contra el suelo...

Todo el mundo lamentó su muerte, a excepción de ella. Sabía que nada justificaba su comportamiento promiscuo, pero debía confesar que celebró aquella muerte en la cama del socio de negocios de su marido y disfrutó mucho de ella. Al igual que el resto de sus relaciones anteriores, esta había llegado a su fin tras el matrimonio. Aunque debía admitir que la gran mayoría deseaba seguir disfrutando de sus favores aun después de casados, esa norma era algo que ella jamás incumpliría. Había habido varios que le habían pedido pasar la noche de bodas con ella.

Por eso decidió que nunca más nadie la sometería de esa forma, se sentía dolida con la sociedad en general que era capaz de aceptar de buena gana a un animal con su marido, sin embargo ella era criticada por hacer algo con lo que nadie sufría...

Aurora sabía que su comportamiento podría resultar algo cínico, pero no veía porque los hombres tenían más derecho a disfrutar del sexo que ella. Siempre dentro de unos límites, claro. Solo las personas que tenían su misma forma de pensar, eran capaces de aceptarla, y le había parecido ver que el duque de Pendleton no había sido ajeno a sus encantos y ella tampoco a los de él. Quizá ellos podrían pasar algunos momentos juntos... Hasta que él se casara claro. Le gustaba ser deseada y disfrutar de su propio cuerpo, como de cualquier hombre.

Y quizá ahora ese hombre podría ser William Pendleton.

Capítulo 25

Habían pasado unos días desde que habían abandonado Bristol, y durante esos días, Anne puso especial empeño en cruzarse lo menos posible con aquel hombre. Ni tregua ni nada parecido. Se sentía una tonta por haber lamentado marcharse sin decirle nada, eso le daba aún más la razón. Los hombres eran unos tontos, menos mal que ella no había llegado a sentir nada más que una tonta ilusión. Pero gracias a dios él se había encargado de despejar sus dudas. Aunque fuera un lugar cerrado y tuvieran que verse sin más, debido al poco espacio del que contaban, ella prefería evitarle todo lo posible.

Para más mala suerte, el pequeño habitáculo que compartían Dora y ella, estaba situado junto al de Richmond. Si no fuera porque sería agotador, podría pasar las noches golpeando la pared que les unía para no dejarle dormir.

Los camarotes de los pasajeros en encontraban en la parte superior del casco, apenas cogían unas camas literas de hierro, con un colchón bastante incómodo. Dora le había pedido dormir en la de abajo, debido a su mareo. Parecía que iba a ser incapaz de adaptarse a al movimiento del barco, y eso que estaba bastante tranquilo.

Anne no tenía ningún problema en el barco, su cuerpo se adaptó enseguida al movimiento de este, pero era cierto que a veces sentía una pequeña sensación de agobio al verse rodeada por tanta agua. Su mente comenzaba a imaginar cosas disparatadas, como por ejemplo ¿qué ocurriría si el barco se hundía? ¿Cómo sobrevivirían? Aunque intentaba pensar en esto lo menos posible.

Dejó a Dora en la cama, ya que comprendía su malestar, se vistió y salió de su camarote con la mala suerte de que lo hizo en el mismo instante que Alexander Richmond.

Anne pasó delante de él para tomar el desayuno en la cubierta como hacían todas las mañanas. Otro matrimonio que viajaba con ellos, salió también de la habitación y les saludó con un asentimiento de cabeza.

— ¿Me va a ignorar todo el tiempo?— preguntó Jon reprimiendo una risa, aunque en realidad comenzaba a impacientarse, pero si era sincero, él mismo había provocado esa situación. Podría simplemente no haberla seguido hasta

allí.

—No le ignoro, simplemente no tengo nada que decirle— contestó la joven

subiendo las escaleras hacia la cubierta.

—Antes de irme si nos decíamos cosas... Es más, te gustaba oírlas— le susurró junto a su oído Jon haciendo que la joven sintiera un escalofrío.

—Intentaba ser amable, pero aun no olvido su comportamiento en el establo— replicó Anne intentando recomponerse, diciendo algo que en realidad hacía tiempo que había olvidado.

—Creía que me había perdonado por eso— comentó Jon pensativo, había echado de menos hablar con ella.

Al notar que Anne quería hacerle una especie de vacío, había decidido darle lo que quería, pero ¿porque aburrirse solo cuando podía divertirse haciéndola rabiar? Además le encantaba hablar con ella, hacerla fruncir el ceño, como hacía en esos momentos. Se imaginaba pasando un dedo por su frente arrugada para alisarla. Ansiaba tanto besarla y ella lo aceptaría de buen gusto, porque siempre terminaba regresando a la otra vez que la beso.

—En realidad usted nunca se disculpó— contestó Anne como si estuviera diciendo una obviedad.

—Y no lo haré, disculparse significa que uno se arrepiente de haber hecho o dicho algo, yo no me arrepiento para nada. Es más...— musitó acercando sus labios al oído de la joven— deseo repetirlo, puedo demostrarle que no soy tan salvaje como parezco.

Anne tragó rudamente, menos mal que nadie de su familia la vio, porque no fue nada femenina. Recordó la otra vez, imaginando que él no hubiera sido brusco, sino amable. Las piernas de Anne comenzaron a flojear con debilidad.

—Le mordería de nuevo— le amenazó la joven con voz temblorosa, ya que ambos sabían que era mentira.

—Me arriesgaré entonces... — Jon susurró cerca de sus labios, acercándose aún más a estos, y cuando estaba a punto de besarla...

Escucharon una tos de una mujer que quería subir a cubierta, rompiendo toda la magia del momento. Los jóvenes se apartaron para dejarla pasar, mientras el rostro de Anne comenzaba a teñirse de rojo.

—Ahora pensara mal de nosotros— replicó la joven intentando recomponerse.

Jon se encogió de hombros con despreocupación.

—Podemos decir que estamos en tregua de nuevo— afirmó Jon colocando una

mano en la espalda de la chica instándola a subir, Anne asintió con un bufido, aunque interiormente sonría como una insulsa.

De nuevo estaba comenzando a fantasear, ella era más que todo eso y sin embargo estaba suspirando como una tonta por un beso de aquel hombre. Pero no tenía fuerza de voluntad suficiente para ponerle un alto y eso era un gran error.

—Solo porque este lugar es demasiado pequeño para intentar no verle—

asintió Anne sin querer terminar de aceptar de buena gana su oferta.

Jon volvió a reírse, comenzaba a conocer bien los gestos y la forma de ser de Anne.

Quizá al principio hubiera montado en cólera, pero terminó asintiendo, ya que aunque ella pretendiera que no deba su brazo a torcer, en realidad lo hacía, si ella prefería pensar que no, era cosa suya.

Durante la comida, el capitán, que les había acompañado desde que comenzara la travesía, comenzó a contar algunas anécdotas sobre otros de sus viajes. Jon escuchaba, al igual que el resto del pasaje lo que contaba el hombre, hasta que uno de los pasajeros, un anciano, le interrumpió:

—He notado que hemos cambiado ligeramente el rumbo, capitán, ¿ha habido algún problema?— preguntó el hombre mirando una brújula que había sacado de su bolsillo.

—Hemos recibido un aviso de fuerte oleaje cerca de la costa de Portugal, por lo que daremos un rodeo sin importancia. Serán unos días más largo, pero más seguro. No deben preocuparse— dijo el capitán intentando quitar hierro al asunto— Brindemos.

Los demás pasajeros asintieron conformes a la explicación del experimentado hombre, sin embargo para Jon había algo que no encajaba en todo aquello. Quizá su instinto se equivocaba.

Algunos miembros de la tripulación comenzaron a rellenar sus copas con vino para el brindis que había iniciado el capitán. Todos los pasajeros se levantaron de su silla para alzar su copa, sin embargo Anne prefirió apartar la suya, cediéndola a otro caballero que había bebido la suya antes de tiempo y brindó con zumo, ya que el vino no era de su gusto.

Jon elevó la suya para chocarla con los demás, pero uno de los pasajeros choco demasiado fuerte su copa contra la de él y esta terminó rompiéndose y derramando su contenido sobre la mesa.

—Supongo que tendré que brindar con zumo yo también— comentó Jon riéndose

mirando hacia Anne.

—Por un viaje agradable y sin incidentes— clamó el capitán ante el asentimiento generalizado.

Mientras las copas y vasos de unos y otros chocaban entre ellas.

Aurora decidió ir a Londres durante unos días, quizá así podría dejar de pensar en el duque de Pendleton y dejaría de desear encontrárselo. Había recibido una invitación para una fiesta de lo más placentera. Violet Gallagher siempre realizaba unas fiestas de lo más sonadas si eras parte de su círculo privado, como lo era Aurora.

Aunque a la vizcondesa no le había agradado conocer a nadie en esas reuniones, había asistido a algunas cuando se había sentido sola. A lo mejor

era eso lo que necesitaba, jugar un rato, coquetear sin llegar a nada. Ya que al contrario que las demás ella no solía ir a acostarse con cualquiera.

La perversión de aquellas reuniones no era conocida por muchos, aunque ella había sido testigo de los devaneos de varios hombres de sociedad casados que se divertían con varias señoritas que también asistían.

Varios le habían ofrecido unirse a ellos, sin embargo ella siempre declinaba la oferta. El sexo grupal no era algo en lo que a ella le entusiasmara formar parte.

Así que decidió aceptar la invitación, algo que sorprendió a Violet, ciertamente. Pero era las únicas fiestas a la que la invitaban. Las señoras respetables estaban demasiado ocupadas criticándola, para pararse a pensar si de verdad merecía la pena conocerla.

Y de paso, estaría entretenida el suficiente rato como para dejar de penar el aquel hombre.

—Ser amiga de esa mujer solo perjudica tu buen nombre, Aurora— la regañó

Delphine, su dama de compañía.

—Puede ser, pero no deja de ser interesante, al menos allí nadie me mira como si fuera menos que una fulana— refutó Aurora terminando de colocarse su sombrero de viaje, ya que quedaba poco para partir a Londres.

Delphine continuó refunfuñando, pero Aurora no le prestó atención. Estaba acostumbrada a los regaños de la mujer, la conocía prácticamente desde que era una niña.

Aurora hubiera preferido que se quedara en Francia en esos momentos, aunque realmente quería como una madre a la mujer.

Capítulo 26

Mientras el resto del pasaje se retiraba a sus camarotes en el barco a descansar, Anne se apoyó en la barandilla del barco a disfrutar de la brisa, ya que poco más se podía hacer.

Cerró los ojos con un suspiro.

— ¿Le está agradando el viaje?— le preguntó a la joven suavemente, colocándose junto a ella.

—Sí, aunque yo creí que sería más sencillo. Mi doncella apenas puede ponerse de pie sin vomitar pero yo solo siento un poco de ansiedad por tanta agua — contestó sin abrir los ojos.

—Las travesías largas tienen ese efecto, cuando pasas meses en el mar, como yo, uno se acostumbra— asintió Jon, ligeramente sorprendido porque pudieran tener una conversación aparentemente superflua— Me enteré del fallecimiento del duque de Sutton, quisiera darle mi más sentido pésame.

—Gracias— aceptó la joven mirando al americano que estaba volviéndola rematadamente loca, pero ¿cómo se habría enterado? Los rumores ciertamente volaban...

— ¿Puedo preguntar porque ha tomado una decisión tan radical? No creo que la falta de sol en Inglaterra sea la causa— inquirió el joven en verdad interesado, aunque imaginaba que no le respondería.

—Es privado— contestó la chica inmediatamente después.

—Creía que comenzábamos a ser amigos— dijo Jon frunciendo el ceño ante esa palabra. No quería ser solo el amigo de Anne, deseaba ser más que eso.

—Todavía no nos llevamos del todo bien. Es más no sé si usted termina de agradarme— contestó Anne con una sonrisa fría.

—Sin embargo quería que la besara hace un rato— contrató Jon devolviéndole la sonrisa con más intensidad.

—Un caballero nunca diría eso.

—Ya le dije que no soy ningún caballero...— musitó Jon mirando hacia el cielo mientras comenzaba a llover— Parece que deberemos posponer nuestra conversación hasta otro momento, a no ser que quiera venir a mi camarote.

Anne abrió la boca con sorpresa y se marchó con paso enérgico hacia el interior ofendida, era un verdadero patán y todo era su culpa, porque siempre acababa escuchándole como una tonta.

Aurora observaba al resto de los invitados que se congregaban allí con su copa de champán en la mano. En una de las habitaciones escuchaba a Violet gemir fuertemente. Ella había entrado con unos hombres en el lugar y pronto habían comenzado a escucharse los ruidos.

En el salón, el marido de Violet se besaba apasionadamente con una joven que se frotaba contra su pantalón con mucho ahínco. La vizcondesa no podía negar que verles disfrutar de aquello la excitaba, pero ella no se metería en una de esas habitaciones con nadie. Por mucho que viera, nunca se atrevería a disfrutar de los juegos que solían tratarse en aquellas reuniones.

En realidad, sus relaciones eran como las de cualquiera, una relación de amantes que se satisfacían el uno al otro. Pero siempre tradicional y en su casa.

Su asistencia a aquellas reuniones, que no solía ir muchas veces, era simple y llanamente sentirse aceptada por un gran grupo de personas. Entre las señoras ella era una descocada, entre las descocadas era una señora. Pero allí, no era mal juzgada, al menos podía ser ella misma, en parte.

—No esperaba encontrarme con usted en este lugar— le susurró William cerca de su oído. Aurora se giró hasta quedar frente a él.

William se había sentido tentado a desfogar un poco de aquella frustración que la vizcondesa de Labourd había despertado en él. Durante su estancia en América había tenido sus escauceos simplemente porque lo necesitaba. Desde Amelia no había vuelto a sentir una atracción tan fuerte por una mujer. Pero había aparecido ella. Aquella francesa le había hipnotizado con su aparente confianza y debilidad, era algo inexplicable. Había ido allí para sacarla de su mente y sin embargo, se la había encontrado. No tendría una oportunidad mejor.

—Yo tampoco esperaba verle— replicó Aurora, que precisamente había ido a Londres para no verse.

—Una agradable casualidad, al menos por mi parte— susurró el duque acercándose a ella. Por lo que Aurora quedó entre el cuerpo del hombre y la pared.

La joven comenzaba sentirse flaquear, separó las piernas por instinto para que el hombre colocara una de las suyas entre las de ella. No iba a poner resistencia, no era ninguna joven asustadiza, ambos se habían deseado desde el instante en el que se habían visto.

—Por la mía también, excelencia— susurró Aurora, mientras se pegaba aún más a él.

—No podido dejar de pensar en usted, milady— dijo William roncamente colocando sus manos a ambos lados de la cabeza de la mujer, sobre la pared.

—No estamos en un lugar donde se precise de charlas— siseó la vizcondesa, que no quería escuchar nada parecido a lo que él le había dicho— Nos deseamos, es lo único que importa.

No quería ilusionarse con ningún hombre, aquellas palabras se decían con ligereza cuando había deseo de por medio. Ella no era tan tonta para creerlas, pero tampoco quería escucharlas.

William acercó sus labios a los de la mujer y comenzó a besarlos ansiosamente, con desesperación, mientras ella respondía de igual modo. Enterrando sus dedos en el pelo del duque. William paseó sus manos por los muslos de la mujer, hasta que el vestido quedó enrollado a su cintura.

—Vamos a una habitación— le urgió el duque sin dejar de besarla, con la voz ronca.

—No, aquí no— gimió Aurora apartándose un poco de él— Venga a mi casa, en el 7 de Beauford Street, dejaré una llave debajo de una de las macetas de la entrada.

William asintió sin apartar su mirada de los ojos de ella. Ambos brillaban de deseo mutuo.

—Le esperaré— susurró la vizcondesa mientras mordisqueaba suavemente los labios del hombre.

Aurora se deshizo con reticencia del abrazo del duque y caminó lentamente hacia la puerta. Antes de marcharse, dirigió una última mirada al duque. Estaba segura de que no faltaría a su cita...

Y William no lo hizo.

No había parado de llover en todo la tarde, era bastante más agotador estar allí encerrada. Se tumbó en la cama, comenzando a dar vueltas por el catre debido a su propia inquietud por culpa del hombre que dormía en el camarote contiguo. Debía ser bastante tarde, ya que hacía un rato que no escuchaba ningún ruido aparte del sonido de la lluvia contra el casco del barco.

La joven se levantó para beber un poco de agua de la jarra, pero esta se encontraba vacía. Debería salir a por más, así que se puso su bata y cogió la jarra para llenarla de agua.

—¿Dónde va, milady?— le preguntó Dora con debilidad.

—A por agua, enseguida vuelvo— le contestó Anne amablemente.

—Iré yo, milady— dijo la doncella levantándose de la cama, mientras Anne intentaba hacerla regresar— Por favor, insisto, moverme me hará bien.

La joven asintió un poco reticente y le dio la jarra. Dora salió del camarote con cuidado de no hacer mucho ruido y no molestar nadie.

Anne se sentó en la cama de la doncella a esperarla pero los minutos comenzaron a pasar sin que hubiera señales de la joven. Comenzaba a arrepentirse de haberla dejado ir, quizá Dora se había desmayado. La joven salió del camarote para buscarla y ayudarla a regresar a la cama. Anduvo silenciosamente por el pasillo, hasta que un bulto en el suelo llamó su atención. Estaba al pie de las escaleras que daban a la cubierta.

Reconoció el camisón blanco de la doncella, acercándose rápidamente para ver si se había hecho daño al caer. Anne piso una especie de charco, pero hizo caso omiso a esto y se agachó junto a la criada, moviéndola ligeramente para intentar despertarla.

—Dora, vamos, regresemos a...— Anne se interrumpió al notar una especie de líquido en el cuello de la doncella.

Entonces cogió una de las velas que había en los candelabros que alumbraban el pasillo y lo acercó hacia la doncella. Allí había un gran corte del que brotaba una cantidad demasiado abundante de sangre, la misma que formaba el charco que ella misma había pisado.

Dora no se había caído, le habían cortado el cuello...

La joven se tapó la boca para no hacer ningún ruido, ¿quién y porque había asesinado a Dora? No entendía nada, comenzó a oír unas voces que provenían de fuera.

— Este era el último baúl, jefe— escuchó Anne perpleja, acercándose a la puerta que daba a la cubierta.

—Perfecto, el veneno habrá hecho efecto en los pasajeros y en el capitán Clarke, por lo que deben estar todos bien dormidos— gruñó otro hombre, cuya voz no era para nada la del capitán del barco— Y ya me encargado de la criada que no había tomado el vino en la comida.

¿El vino? ¿Veneno? ¿Qué estaba ocurriendo?

Miró a través de los agujeros que había en la puerta y vio con pavor que los hombres que hablaban vestían como los tripulantes. Es más, les había visto a los dos durante los días que llevaban en el mar...

Capítulo 27

Anne desvió su mirada hacia la doncella, mientras se le aguaban los ojos. ¿Qué podía hacer? ¿Porque estaba pasando aquello? Debió quedarse con su hermana, había sido una tonta, todo eso le estaba ocurriendo por su absurda idea de intentar llevar una vida propia y...

No, no, no. No debía fustigarse con cosas que no tenían solución. Tenía que ser práctica, necesitaba mantener la cabeza fría. No podía perder el tiempo en pensar en lo que debería haber hecho. Por lo que fuera, ella estaba allí en ese momento. ¿Pero que podía hacer?

Se apartó de la puerta de la cubierta lo más silenciosa que pudo. No podía dirigir otra mirada hacia Dora, sino comenzaría a sentirse culpable, porque ella había muerto por su culpa, porque ella quería ir a Madeira. Tendría tiempo de culparse, cuando saliera de allí.

Todos estaban muertos... ¿¡Alexander Richmond también!? Nada más acudir su

nombre a su mente, fue corriendo hasta el camarote del joven. El corazón de la joven latía rápidamente, sentía una presión inexplicable en el pecho y un miedo atroz, no podía imaginar que haría si él había muerto también. De pronto comenzó a arrepentirse de no haber dado rienda suelta a sus sentimientos, ella había querido hacerse la fuerte, para no mostrar debilidad, porque el nacimiento de sus sentimientos hacia él lo había tomado como una muestra de flaqueza, pero no podía continuar negándose a la evidencia: ella le quería. Por eso se había ido sin decirle nada, porque tenía miedo a enamorarse, y si ahora él estaba muerto, Anne no sabía cómo podría continuar viviendo...

Nada más agarrar el picaporte, la puerta se abrió y Anne entró con celeridad en el interior. Sin pensar siquiera en lo escaso de su vestuario, ella solo llevaba puesto un camisón, se acercó a la cama del americano.

—Señor Richmond, despierte— le sacudió con fuerza, hablándole en un susurro— Alex, por favor, despierta— le suplicó comenzando a darse por vencida, mientras los ojos comenzaron a aguársele de nuevo.

— ¿Qué ocurre?— musitó el joven medio dormido, abriendo los ojos

lentamente.

Anne dio un pequeño grito de júbilo y se abrazó a él fuertemente, mientras agradecía a Dios que él estuviera vivo. Jon no esperaba semejante muestra de afecto por parte de Anne, quizá estaba soñando, agarró a la joven contra él.

—Si esto es un sueño, no quiero despertarme— susurró Jon contra el suave cabello de la joven. Debía de serlo, ella le había llamado Alex.

—Menos mal que está vivo— musitó Anne intentado parar de temblar.

— ¿Porque no iba a estarlo? — Preguntó Jon apartándola de él con dificultad para obligarla a mirarlo— ¿Qué pasa?

—Han asesinado a Dora, les he escuchado decir que habían envenenado a los

pasajeros y al capitán— le explicó Anne con voz temblorosa.

Jon intentó asimilar lo que ella le contaba, pero le parecía de lo más increíble, la miró enarcando una ceja, ¿pero ella era capaz de inventar una broma de tan mal gusto? Anne estaba asustada y era real.

— ¿Quién les ha envenenado?— preguntó de nuevo el joven, intentando mantener la calma— Y si es cierto, ¿porque no a nosotros?

— ¿Cómo puedes dudar de mi palabra?— exclamó la joven con voz ahogada— Les

he visto, puedes asomarte al pasillo, el cuerpo de Dora continúa ahí tendido.

Anne se separó del joven con indignación, ¿cómo podía creer que ella podría inventar algo así? De pronto comenzaron a escucharse las puertas de los camarotes abrirse y cerrarse de golpe, como si estuvieran revisando que todos estaban muertos.

—Ni siquiera se han dado cuenta— dijo alguien detrás de la puerta del camarote de Jon— Dile al jefe que está todo limpio, terminaré con este y subiré enseguida.

La joven miró a Jon diciendo "te lo dije" con la mirada. El americano asintió de acuerdo, ya que aquello era cuanto menos extraño.

—Metete debajo de la cama— le ordenó Jon, cuando Anne fue a replicar, la

interrumpió— Haz lo que te digo.

La joven reticentemente se escondió debajo de la cama intentando acompañar su respiración para no hacer ruido. Continuaba aterrada, pero no podía negar, que Alex conseguía calmar su angustia. Él la hacía sentir más segura.

Escuchó la puerta abrirse y un rápido forcejeo, seguido del sonido de algo atravesando la carne, el sonido se escuchó más fuerte debido al silencio que les rodeaba.

> pensó la joven saliendo de su escondite. Ante ella estaba el americano, que sujetaba el cuerpo del tripulante para evitar que la caída del muerto alertara a los demás.

Jon dejó el cuerpo inerte sobre el suelo despacio, sacando el cuchillo que había hundido en el cuerpo del hombre cuando este había entrado en el lugar.

No se había dado cuenta de que Anne le había visto, hasta que se encontró con sus expresivos ojos frente a él. No quería que ella le viera como un asesino y sin embargo, así estaba. Con las manos manchadas literalmente de sangre.

— ¿Estás bien?— le preguntó la joven más asustada por la seguridad del joven que por el asesinato.

— Sí— dijo el joven escuetamente. Se movió con rapidez hacia uno de sus baúles y sacó del interior un pantalón— Póntelo, podrás moverte más rápido.

La joven cogió la prenda, mientras Jon le dio la espalda respetando su pudor, agachándose junto al cadáver, para quitarle las armas que llevara encima. Anne terminó de subirse los pantalones y dejó sobre ellos el camisón.

— ¿Qué vamos a hacer?— preguntó Anne en un susurro mientras Jon terminaba

de guardarse todo lo que ellos pudieran necesitar y no el hombre allí tendido.

— Salir de aquí y no te separes de mí, ¿de acuerdo?— le pidió Jon intentando mantener la calma, aunque estaba aterrado por si algo le ocurría a ella.

Anne asintió, un objeto que aún había sobre el cadáver llamó su atención. La joven se agachó a coger la pistola de plomo del tripulante. Jon la miró negando con la cabeza y alargó la mano para arrebatársela, pero Anne la apartó.

— Sé usarla, confía en mí— le pidió la joven, a Jon no le quedó más remedio que aceptarlo. Al menos ella podría defenderse, siempre que no se volara un pie.

Salieron de la habitación y siguió al americano sin despegarse de su espalda.

Pasaron frente a los distintos camarotes, había algunos abiertos y Anne tuvo que ahogar una exclamación al ver algunas de las personas que habían comido aquel día con ellos, muertos sobre sus camas, ajenos a todo lo que estaba ocurriendo. ¿Porque ellos habían sobrevivido?

Aquel no era el momento para hacerse preguntas, aunque ojalá tuviera tiempo suficiente para poder hacérselas más tarde.

Jon desvió la vista hacia el cadáver de la doncella, que ahora se encontraba apoyado contra la pared, como si a alguien le hubiera estorbado el paso. Antes de salir a la cubierta, el joven se giró a mirar a Anne.

— Iremos a la popa y soltaremos uno de los botes salvavidas, Anne, si ocurriera algún percance...

— ¿Qué percance?— le interrumpió Anne en un susurro.

— El que sea, tú debes subirte a ese bote y no volver la vista atrás, ¿de acuerdo?— le pidió Jon seriamente esperando una respuesta— ¿De acuerdo, Anne?— la joven asintió reticentemente, no pensaba irse de ahí sin él.

Lo importante era que ella se salvara, fuera como fuera.

Jon se asomó mirando hacia ambos lados y le hizo un gesto para que le siguiera.

No había nadie en la cubierta, aunque sí estaban amontonadas las pertenencias de algunos de los pasajeros. La lluvia continuaba cayendo incesantemente, haciendo que la ropa que vestían se les pegara al cuerpo.

No tuvieron ningún contratiempo para llegar al bote. Jon desató los amarres para poder arribarlo en el agua. Sería fácil, Anne bajaría junto al bote y una vez que ella estuviera abajo, él saltaría.

—Sube— le dijo a la joven, que negaba con la cabeza— No es momento de discutir, Anne, sube al maldito bote.

—No voy a subirme sin ti— replicó Anne cruzándose de brazos.

—Yo tengo que bajarlo, Anne, cuando este en el agua, saltaré— le prometió Jon, aunque quizá fuera imposible y aunque lo consiguiera, el agua estaba lo suficientemente picada como para que pudiera llegar al bote sin que las olas lo engulleran.

—¿Me lo juras?— le pidió Anne mientras el agua de la lluvia le caía por la cara, Jon se limitó a asentir.

Anne acercó sus labios a los de Jon besándole con desesperación y miedo, fue como si el tiempo se detuviera. El joven fue el primero en reaccionar, separándose débilmente, la agarró sin despegarse de ella, subiéndola a la pequeña embarcación.

—Lo has prometido— musitó Anne mientras el joven comenzaba a bajar el bote.

Anne le perdió pronto de vista, comenzando a sentir pánico, parecía una pesadilla de la que fuera a despertar, quizá Amelia la despertaría...

De pronto el bote dejó de bajar, se paró en seco a mitad de camino, para luego caer de golpe contra el agua. La joven perdió el equilibrio cayendo de bruces contra el suelo, pero no le importó su miraba no dejaba de mirar hacia arriba. Donde Alexander debía saltar, mientras comprobaba con terror que el bote se alejaba del barco.

Capítulo 8

William entró rápidamente en la casa y subió las escaleras como si supiera a donde se dirigía, aunque nunca hubiera estado en aquel lugar. Su cuerpo y sus pies parecían conocer el camino que lo llevaría junto a Aurora. Abrió la puerta de la habitación y allí estaba ella, peinando su largo cabello rubio sentada en el tocador, vestida simplemente con un camisón largo, que dejaba entrever el cuerpo de la mujer gracias a la luz que entraba por la ventana.

En dos zancadas, el duque estaba junto a ella, mientras la joven se levantó y él la besó sin necesidad de decirse nada más. La fina tela del camisón comenzó a estorbar y William, sin paciencia, lo rasgó por las costuras hasta hacerlo jirones que lanzó hacia una esquina de la habitación. Mientras Aurora se deshacía del botón del pantalón del duque deseando sentirlo en su interior.

William paseaba las manos por la espalda desnuda de la francesa, a la luz de la luna aquella mujer era más embriagadora que de día. William se quitó de prisa la camisa y la joven comenzó a besarle el pecho, dejando un rastro de pequeños mordiscos, le empujó sobre la cama y se colocó sobre él a horcajadas. William la acercó a él con rudeza y comenzó a besarla con ferocidad, mientras ambos movían sus caderas el uno contra el otro con desesperación.

Aurora bajó una de sus manos por el abdomen del hombre hasta alcanzar su miembro que comenzó a acariciar lenta y hábilmente, escuchando los gemidos roncós que brotaban de la garganta del hombre.

Sin previo aviso, de un movimiento rápido William cambió de posición y terminó sobre ella. Aurora alzó las piernas enroscándolas alrededor de su cintura, mientras el duque se entretenía jugueteando con sus pezones, logrando que la mujer comenzara a gemir con satisfacción. Hacia tanto tiempo para ambos que de un empujón seco y fuerte, el duque se introdujo dentro de ella y juntos comenzaron a moverse mientras continuaban besándose con desesperación en un intento de silenciar los gemidos del otro.

Hasta que finalmente terminaron satisfechos.

Aurora oía a su dama de compañía leer en voz alta sin escucharla realmente, mientras miraba despreocupadamente por la ventana. Aun podía sentir las manos y los besos del duque de Pendleton sobre ella. Nunca había sentido nada parecido a lo que él la había hecho sentir, muestra clara de que era un experimentado amante.

Hacía unas horas que él se había marchado, casi tan sigilosamente como había acudido a su cama. Cuando le ofreció ir a su casa una parte de ella temió que él no fuera a ir, pero lo hizo. Entró en su habitación como siguiendo su rastro y la había poseído durante toda la noche. Solo habían dormido hacia el amanecer y cuando se había despertado unos instantes después le había pedido que se marchara.

Tenía asumido que ella era una cualquiera para la sociedad, pero una cosa era eso y otra bien distinta que alguien le viera salir de su casa. Él no había querido marcharse. Casi se había sentido halagada de que él quisiera dormir con ella, aunque ella siempre se negaba a dormir con sus amantes. Por eso había insistido en su postura. Quizá había sido un error acostarse con él, pero había sido diferente. William se había portado como un caballero con ella, había sido tierno y rudo a la vez. Demasiado intenso como para aceptar que solo ocurriera una vez, si él no deseaba regresar, tendría que idear una manera de seducirle de nuevo, aunque no tuviera muy claro en aquella ocasión quien había seducido a quién.

—Pareces satisfaite, Aurora, ¿se debe al caballero que ha abandonado tu habitación de madrugada?— comentó de pasada Delphine cerrando el libro, haciendo que la vizcondesa la mirara con una ceja enarcada.

— ¿Con que derecho te atreves a hablarme así?— le impelió la joven molesta.

—El derecho que me da haberte criado, cuando tu madre murió y haber limpiado tus lágrimas cuando te casaste con el vizconde, eso me da derecho a interceder si considero que no haces algo bien y ser la... salope d'un type riche il n'est pas— la regañó la mujer levantándose de la silla, mientras su discurso versaba entre palabras en inglés y francés debido al acento.

—Je ne suis pas une salope— replicó Aurora cruzándose de brazos, ¿cómo podía llamarla así Delphine?

—Lo sé, ma poupée. Pero la gente puede comenzar a hablar y eso no es bueno

para ti... Tu es une dame.

— ¿Qué hablen lo que quieran! Esas personas que cuchichean de mí, son las

mismas que adoraban a Pierre sin saber cómo era realmente, ¿porque debo yo intentar encajar entre ellos? Ma telle vie me plaît, Delphine.

—Y si... Cet homme tu en usant pour rudement et après il abandonne?

—Aparecerá otro, y luego otro y otro más... Peut-être je m'ennuie d'avance

—Que Dieu te entende, Aurore.

Ese discurso era el que siempre empleaba Delphine cuando se enteraba de que disfrutaba de los favores de un nuevo caballero. Sabía que la mujer

pensaba en su bien, por eso era incapaz de recriminarle la falta de delicadeza que a veces empleaba con ella. Los comentarios de la mujer a menudo eran hirientes, Aurora suponía que esperaba conseguir que ella abandonara la vida que había escogido elegir. Parecía que Delphine no se daba cuenta de que ella sabía que ese ritmo de vida no era decoroso y que no podía pretender luego que las mujeres de la sociedad quisieran tener relación con ella, ¿cómo iban a hacerlo si tenían miedo de que les quitara a sus maridos? Aunque ella nunca lo haría.

Solo había una mujer que era parte de aquella sociedad por la cual Aurora sentía admiración y simpatía: Amelia Bradford. Aquella mujer le había hablado y, junto a su hermana, habían paseado con ella por la calle sin miedo a ser criticadas por ir en su compañía. Pero ella nunca sería como Amelia. La nueva de duquesa de Sutton era amada por su marido incondicionalmente, suponía que aquello ayudaba también a que no le importara su compañía.

Confiaba en el amor de su marido y era obvio que él al adoraba, tanto como ella a él. Si había una pareja a la que de verdad envidiaba era aquella. Amelia Bradford era una mujer con suerte, pero había otras, como ella, que no disfrutaban de esa dicha. Aurora no quería enamorarse, ni mucho menos casarse de nuevo.

Enamorarse era un auténtico desastre si lo hacías de un canalla y había muchos de esos, lo mismo que los hombres como Robert Bradford estaban contados. En el mundo en el que ella se movía se veía claramente cómo eran todos, sin las caretas que proferían los títulos y el honor.

Y por eso le gustaba William. Ambos sabían lo que querían el uno del otro, podrían sacar el mayor provecho que pudieran de aquella relación que parecía haber nacido y cuando la llama se apagara, cada uno iría por su lado.

Trop facile.

Al día siguiente, Aurora no lo veía tan fácil. Una parte de ella había esperado que el duque de Pendleton regresara a visitarla esa noche, pero no había ido. No había pegado ojo esperándole, aunque era cierto también que él en ningún momento había dicho que lo haría. Era el pago que recibía por haber supuesto demasiado. Bien podría haberle dicho que no pretendía alargar su relación, aunque tampoco había dicho lo contrario. Aurora comenzó a sentirse una tonta. Solo se habían acostado una vez, ni que le hubiera jurado amor eterno. Realmente había pasado demasiados meses desde su última relación y parecía estar perdiendo un poco la coherencia.

William hubiera preferido no marcharse de su cama aquella noche. Hacía años que no se sentía tan excitado por estar con una mujer. Ninguna le había servido para nada más que una noche, pero ella le había impactado. Además de que no era una mujer que se dejara fácilmente, en la cama Aurora había sido tan pasional como él mismo y le había ordenado que fuera más fuerte, más rudo... Solo de pensarlo y de recordar lo que había ocurrido entre aquellas paredes sentía una presión incomoda en los pantalones.

Y habría ido a la noche siguiente y a la otra, pero ella no se lo había dicho.

Muy al contrario, nada más comenzar a amanecer Aurora le había pedido que se marchara y él no había podido hacer otra cosa más que acceder, ya que él era lo que él mismo hacía después de una noche así, sin embargo con ella no había querido irse tan pronto.

Salió de la oficina de su contable para recoger los libros de cuentas de los últimos años, debía revisarlo y ver como estaba todo, aunque a simple vista parecía todo correcto.

—William... ¡Cuánto tiempo sin vernos!— escuchó su nombre y hubiera preferido no girarse, ya que una de sus pesadillas se encontraba en ese instante frente a él.

Dorothy Leblanc se había convertido en absoluto fastidio desde que la dejó. Habían sido amantes durante años, hasta que él dio su relación por finalizada debido a su obsesión por Amelia. Creía que no volvería a verla cuando se marchó y ya era mala suerte encontrársela caminando por una ciudad tan grande como Londres.

—Parece que fue ayer realmente— musitó el duque disimulando la desazón—

¿Todo bien?

—Volví a casarme— le contó la mujer, como si esperara que eso le importara— Lamentablemente mi marido falleció hace un par de años... ¿Regresaste hace mucho?

Después de que William se marchara a América, Dorothy se casó con un anciano conde que falleció apenas cinco años después de casarse, aunque en esta ocasión, le había dejado un regalo. Solo dos meses después de casarse se había quedado embarazada y había dado a luz a una niña nueve meses después. Una niña con a la que apenas veía.

—Unas semanas— replicó el duque comenzando a andar.

—Podrías haberme visitado, William, me he sentido tan mal desde que te marchaste. Te amor tanto... Mi casa continua abierta para ti, cuando lo desees, ya lo sabes— susurró Dorothy con voz seductora.

William solo sentía hastío con esa mujer, parecía que estaba condenado a tener que cargar con ella entre marido y marido. Ni le interesaba hace nueve años y mucho menos ahora. No pretendía convertirse en el tercer marido de aquella mujer.

—Lo pensaré— contestó William asintiendo, sin el menor pensamiento de pensar nada.

Él deseaba otro tipo de mujer, rubia, de ojos azules, piel blanca y un delicado acento francés.

Capítulo 29

En algún lugar del Atlántico...

Anne apoyó las manos a ambos lados del tronco del árbol para conseguir el impulso y la estabilidad necesaria para conseguir alcanzar el racimo de plátanos que había en aquella rama. Dio un salto, pero perdió fuerza y terminó cayéndose sobre la arena de la playa. Miró los plátanos con fastidio y suspiró.

No quería hundirse en la desesperación, porque una vez comenzaba a compadecerse de la situación se veía arrastrada por los hechos que se habían sucedido. El bote había conseguido alejarse lenta pero inexorablemente del barco donde llevaba viajando desde hacía varios días. Era demasiado paradójico que escapar de aquellos hombres que querían matarles hubiera sido la parte fácil. Las olas comenzaron a llevarse el bote sin que pudiera hacer nada por evitarlo. La sensación de agobio había sido infinita, hasta que al amanecer había divisado aquella playa. Con ímpetu y con el movimiento del agua, había conseguido llegar hasta la playa, había esperado encontrar a alguien que pudiera ayudarla a regresar a Inglaterra, pero sus plegarias fueron ignoradas. Sin querer hundirse en la desazón, subió hacia una zona elevada del lugar, dándose cuenta de estaba en una isla y no una grande. Ya que, aunque había una gran maleza de plantas y árboles, una especie de bosque en medio de la isla, al otro lado solo había más arena y más agua. Ni una ciudad, ni un pueblo. Nada.

Intentaba no pensar en sus hermanas, sus sobrinos, porque de nuevo comenzaba a sentir una especie de presión en el pecho que le impedía respirar y para conseguir salir de aquel lugar debía mantener la cabeza fría y serena. Debía pasar un barco y ayudarla. Solo debía esperar. Apenas habían pasado tres días desde aquello, agobiarse sin poder hacer nada sería absurdo. Los encontrarían.

Con energía, volvió a levantarse del suelo, dándose cuenta de que en su pequeña escalada, los pantalones que Alexander le había prestado se habían rajado a la altura de las rodillas. Tenía otro roto para la colección, puso los ojos en blanco.

Cogió una piedra grande y la lanzó contra la rama. Aquellos plátanos

debían caer fuera como fuera. Repitió de nuevo el gesto, una y otra vez hasta que por fin la fruta cayó.

Comenzó a saltar y a gritar feliz y contenta. Agarró la fruta y anduvo por la playa hacia el lugar donde estaba el bote, donde había asentado su campamento. Hacia tanto calor que parecía imposible poder soportarlo, aquello era bastante parecido al mismísimo infierno.

Llegó hasta donde estaba él, atando un cuchillo a un extremo de un palo grueso, apoyado contra el tronco de otro árbol.

— ¿Qué haces con eso?— le preguntó Anne.

—Una lanza, no podemos pasar toda la vida comiendo fruta— replicó Jon intentando hacer fuerza, aunque la herida que tenía en el costado lo dificultaba bastante.

—No pretendo quedarme aquí para siempre— contestó Anne sentándose en la

arena, mientras intentaba no mirar hacia el pecho desnudo del americano, donde estaba la herida que había recibido.

Podía recordarlo todo nítidamente...

Después de que el bote cayera al agua con ella sobre él, la joven comenzó a impacientarse, hasta que después de lo que pareció una eternidad, vio al americano saltar por la borda.

Anne comenzó a llamarle, mientras sumergía los brazos en el agua a modo de remos para acercarse a él, aunque el agua parecía querer devorarlo. En una de las olas, la joven dejó de verle y sintió un nudo en la garganta. Se llevó la mano al pecho, mientras la lluvia y las lágrimas comenzaban a mezclársele en la cara.

Notó una sacudida en el bote y de pronto una mano apareció sobre este, Anne se acercó rápidamente, notando con júbilo que se trataba de Alexander, le agarró con fuerza y con su ayuda, consiguió subirle al bote intentando que no volcara. Conseguir que Alex subiera fue todo un milagro, pero no todo había terminado allí.

El joven cayó pesadamente sobre el bote y Anne se sentó también intentando recuperar el aliento. Mientras le observaba fijamente, repaso que no tuviera daño, hasta que se percató de la mancha oscura que comenzaba a aparecer en la camisa de Alexander. Se había asustado demasiado, ya que la simple idea de que el muriera la había aterrado de sobremanera.

Se acercó a él rápidamente, mientras el joven rasgaba su camisa para evaluar el daño. Habían usado esta para hacer presión sobre la herida y evitar que dejara de sangrar.

Cuando comenzó a amanecer y vieron la isla, comenzaron a remar con los brazos para conseguir llegar a esta. Anne había tenido que ayudar a Alex a salir del bote cuando al fin había llegado a tierra y este prácticamente se había desvanecido sobre la arena de la playa. La chica había tenido que abandonarle allí para buscar ayuda, cuando descubrió que no había nadie que les ayudara. Por lo que regresó junto a él y limpio la herida, haciéndole un vendaje

rudimentario que aparentemente había servido. Él había pasado el resto del día inconsciente, bajo el cuidado de la joven hasta que este había despertado por fin.

Richmond le había contado que uno de aquellos hombres le había descubierto bajando el bote y que había tenido que luchar contra él por su vida, gracias a dios él había conseguido ganar. El problema era que Alexander no podía moverse con facilidad aun, la herida se estaba curando, ya que no había sido muy profunda, pero sí lo suficiente como para procurar que no volviera a abrirse. Por eso, Anne había tomado las riendas de la situación, siendo ella la que había inspeccionado un poco la isla en busca de ayuda y la que traía comida y agua de un río que se encontraba cerca de allí.

Jon la miró enarcando una ceja, mientras continuaba con su dolorosa tarea. No podía continuar allí sentado mientras ella andaba de un lado a otro de aquella playa sola. Podría ocurrirle algo, aparte de que fuera una mujer, Anne le había demostrado que era fuerte e inteligente, se había comportado de manera admirable en aquella situación. Ella estaba segura de sí misma, aunque estaba seguro de que la situación le preocupaba y estaba asustada. Era normal. Él lo estaba, le preocupaba su situación actual como a cualquier persona, le preocupaba ella. Sobre todo ella. No quería que le ocurriera nada y podía pasarle cualquier cosa. Él no podría soportar que le ocurriera algo, por eso quería levantarse y tomar las riendas de todo aquello. No porque no confiara en Anne, sino por su propia salud mental.

—Debes hacerte a la idea de que nuestra estancia aquí puede alargarse— le comentó Jon escuchando como ella ahogaba una exclamación.

—No digas eso, nos encontrarán, pasara algún barco y nos verá— refutó la joven con voz ronca, mirando sus manos.

—Desde que hemos llegado aquí no he visto ninguno— dijo Jon suavemente,

alzando su barbilla con la mano, obligándola a mirarle— Pero te juro que saldremos de aquí, mientras debemos sobrevivir, Anne. Somos un equipo.

Anne asintió. Él tenía razón, mientras estuvieran allí perdidos solo se tenían el uno al otro. Menos mal que estaba él, sino ella hubiera terminado volviéndose loca. No imaginaba una compañía mejor. La joven suspiró pasándose la lengua por los labios reseca, gesto que afectó seriamente a Jon, que se movió incomodo, intentando concentrarse en su tarea.

—Ya está— exclamó el joven, alzando la lanza— Pescaremos con esto o al menos lo intentaré.

—Estas herido, Alex, no puedes entrar en el agua— le regañó la joven arrebatándole el arma.

Anne todavía se sentía extraña al llamarle por su nombre de pila, pero había sido algo que él le había pedido cuando habían llegado a la isla. Además sin querer, se había pasado todo el tiempo que había durado su huida llamándole así, por lo que hacerlo ahora no era del todo extraño. Sin embargo, las normas en las que había sido criada, la hacían sentir un poco de vergüenza

al encontrarse a solas con un hombre así... Debido a su herida, Alex llevaba su camisa rota abierta y ver su abdomen musculoso la perturbaba. Había cambiado el primer vendaje por un trozo de su camisión. Eso era otro aspecto extraño, la tela del camisión apenas dejaba nada a la imaginación, debía tener mucho cuidado de poderse a contra luz con el sol.

—Me encuentro mejor, tú te pondrás a un lado, asustarás a los peces para que vayan hacia mí y los cogeré— le explicó el joven, poniéndose en pie con dificultad.

La joven asintió, aunque le hizo prometer que después le cambiaría el vendaje. Se estaba dejando mangonear por un hombre y era algo que se había prometido no hacer nunca.

Pero Anne no podía evitarlo y menos ahora. Algo hacía que se sintiera irremediabilmente atraída hacia Alexander Richmond, tanto que apenas podía estar con él sin recordar sus besos. Aunque ninguno había sido memorable, uno producto del enfado y el otro producto del miedo, se preguntaba cómo sería un beso tranquilo y apasionado... Solo de pensarlo le temblaban las rodillas.

Capítulo 30

Londres...

Amelia llevaba unos días sintiendo una especie de malestar. Estaba deseando tener noticias de Anne. Sabía que tendrían que pasar bastantes semanas más para saber algo de ella.

Ya que ni siquiera había llegado aún a Madeira, pero continuaba teniendo un nudo en el estómago.

Había sido muy difícil dejar que ella se marchara, pero también había sido necesario para Anne. Al fin y al cabo, era lo que ella parecía anhelar, aunque su parte de hermana egoísta la hacía desear su regreso. Quería que Anne supiera lo que era estar en soledad y que la extrañara tanto que decidiera regresar. Aunque algo le decía que no ocurriría, Annie era demasiado testaruda como para dar su brazo a torcer tan fácilmente.

Sintió los brazos de Robert alrededor de su cintura y este apoyó el mentón sobre su hombro.

— ¿Qué le preocupa a la mujer más hermosa del mundo?— le susurró el joven

haciendo que en los labios de su esposa apareciera una sonrisa— Anne es una joven fuerte y demasiado astuta como para que le pase algo.

—Ya lo sé, pero me preocupo igual, además hubiera preferido que estuviera aquí, sobre todo ahora— replicó la joven con aire misterioso, Robert la giró poniéndola frente a él mirándola inquisitivo— Estoy embarazada— le dijo con media sonrisa.

El joven abrió desmesuradamente los ojos y la abrazó dichoso. Comenzando a dar vueltas con ella, hasta que a Amelia comenzó a darle vueltas la cabeza.

Si lo hubiera sabido antes, no hubiera dejado marchar a Anne.

Aquella misma noche...

La idea de Alexander había funcionado. Gracias a su invento habían

conseguido capturar bastantes peces que estaban preparando sobre una roca situada sobre el rústico fuego que habían conseguido producir. Además les serviría de fuente de calor, ya que por las noches hacia bastante frío. Era bastante peculiar, ya que de día podrían morir asfixiados de calor y de noche congelados. Maravilloso.

Además habían comenzado a fabricar una especie de cabaña, hecha con hojas de palmera, ramas y palos, que les sirviera de refugio. Esto aquietaba un poco el aire, pero aún continuaba sintiendo frío.

Anne se abrazó a sí misma para intentar mantener el calor corporal, ya que aquella noche parecía que refrescaba mucho más que las anteriores, al menos, eso le parecía.

—Ven— le dijo Jon alargando una mano hacia ella. Anne le miró como si se hubiera vuelto loco— Juntos no pasaremos calor.

La joven lo pensó durante una décima de segundo, lo que tardó en sentir un nuevo escalofrío. Él estaba con el pecho descubierto y ella apenas llevaba ropa. Si alguien se enterara de que lo que estaba a punto de hacer hundiría su reputación.

Pero... ¡qué demonios! La reputación no te hacía entrar en calor.

—Si hablas de esto, lo negaré— le avisó Anne acercándose a él, el joven se rio.

Anne se abrazó a él con cuidado, colocando la cabeza sobre el pecho del joven, donde podía escucharse sus latidos, le iba bastante acelerado, parecido al de ella.

Jon podría haberse arrepentido de haberla invitado a dormir junto a él... Si fuera un caballero educado y galante. No lo era, porque cuando sintió el cuerpo de la joven contra el suyo dejó de sentir frío. Es más, casi podría decir que tenía más calor del normal. Pasó el brazo alrededor de la joven, arrimándola más a él, como si no lo estuviera ya, queriendo torturarse aún más, comenzó a compadecerse un poco de sí mismo, mientras la joven caía profundamente dormida bajo su abrazo.

El no era suficiente para Anne. Podría soñar eternamente con ella, con la posibilidad de que ella sintiera algo por él, pero era muy posible que no lo hiciera nunca. A ella deberían obligarla a casarse con él, no podía olvidar eso, ella misma lo dijo. Muchas veces las primeras impresiones contaban y Anne no había tenido una buena suya. Había comenzado a soportarle, no podía negar que se llevaban mucho mejor que al principio, sin embargo ella continuaba teniendo esa reticencia con él. Quizá su fuero interno le decía que él no era lo que decía ser.

Ella le había visto matar, incluso sabía que era un ladrón aunque no lo recordara. Y

ella... Ella era perfecta, hermosa, inteligente, fuerte... ¿Qué posibilidades tenía de que ella aceptara casarse con él? En Londres había vivido en una nube, el dinero y el poder le habían obnubilado, creía que eso era suficiente para que Anne aceptara estar con él. Incluso casarse con él. Había comprado aquella casa en Bath con la seguridad de que ella la habitaría junto a él.

Ahora no estaba tan seguro.

Porque allí, a la luz de la hoguera, la joven que dormía tranquilamente entre sus brazos, con la cabeza apoyada en su pecho, continuaba siendo lady Anne Phillips, hija y hermana de un conde, cuñada de un duque... Y él... Lo aprendido en América no le habría ayudado a subsistir en aquellas condiciones.

Alexander Richmond no tendría ni idea de cómo pescar, hacer una hoguera o una cabaña con ramas y hojas... Jon sí. Porque era lo que era y no había querido aceptarlo.

Despojado de la ropa cara, las propiedades y negocios... Solo quedaba Jon. Y Jon no era nadie para Anne. Había sido el juego de la pequeña Anne, la mayor no permitiría que la sostuviera tan cerca de él sin gritar de miedo.

Se había sentido muy digno al querer sentirse superior a ella. La superioridad que le daba ser un hombre, porque en lo demás ella le ganaba. Ella había sido sincera, desde el principio, en sus odios, en sus palabras y acciones. Él no, él siempre la había mirado con esa doble cara. Sabiendo sin decir nada, conociéndola sin que ella lo supiera.

La miró dormir sosegadamente ajena a lo que le atormentaba. Acarició con la palma de la mano su mejilla lentamente, intentando guardar en su memoria su tacto. Por un momento comenzó a desear que no les encontraran y que tuvieran que quedarse allí juntos y solos...

Sin pensar en lo que hacía, acercó sus labios a los de ella, besándola con suavidad y delicadeza. Como debió hacer cuando lo hizo aquella primera vez.

Anne suspiró al sentir aquel roce tan suave, casi reverencial, parecía un sueño...

Abrió los ojos lentamente, dándose cuenta de que no lo era. Alexander Richmond la besaba con dulzura y Anne lo permitió. No pensaba hacerse la ofendida ni nada por el estilo, porque no había porque. Ella misma se había imaginado siendo besada de aquella manera por él. La joven apoyó con cuidado de no hacerle daño, la mano sobre su pecho.

Ella le estaba devolviendo el beso, pensó Jon, profundizándolo aún más. Su cuerpo quería mucho más que aquella caricia que ella le dedicaba, se imaginó a sí mismo tumbándose sobre ella y...

Apartó de cabeza esas imágenes ya que no quería precipitarse a algo de lo que luego se arrepintiera. Pero sí se permitió el lujo de abandonar los labios de la joven dejando un pequeño reguero de besos hasta llegar a su clavícula.

Anne tragó abruptamente, ya que comenzaba a sentir una sensación extraña. Aquel lugar se estaba haciendo imposiblemente pequeño, se agarró a él como si temiera caerse. Ambos tenían la respiración acelerada y cuando Jon dejó de besarla se miraron mutuamente a los ojos en silencio durante unos segundos.

—Siento haberte despertado— se disculpó Jon sin dejar de mirarla.

— Me haces sentir tan extraña— confesó la joven, como si la intimidad de la aquel lugar le hubiera dado las fuerzas necesarias para decirlo, aunque se había jurado a sí misma que nunca le diría nada.

— ¿Y eso es bueno o malo?— preguntó el americano pasando un dedo por

sus

labios.

—Si estuviera en mis cabales te diría que es espantoso, porque querría mantener mi orgullo intacto— comenzó Anne pasando una de sus manos por la barba que comenzaba a nacer en su barbilla— Pero debo admitir que... Siento cosas.

Jon sintió como su corazón comenzaba a latir desenfrenadamente, aquella respuesta que él mismo se había negado unos minutos antes, acababa de recibirla, aunque no terminaba de ser lo que quería escuchar.

—Cosas que me gustan y me hacen sentir insegura... Extrañarte cuando no estas...

Es posible que me arrepienta de haberte dicho esto— continuó la joven apartando la mirada.

—Yo también las siento, cuando pronuncias mi nombre, por ejemplo, me encanta escucharlo de ti, provocaba nuestras discusiones para que me prestaras atención— confesó Jon a su vez, después de todo, no tenía nada que perder.

—Igual que yo, cuando apareciste en el barco dije esas cosas porque quería que hubieras ido a por mí.

—Pero te marchaste sin decirme nada, cuando te prometí que regresaría— le

recriminó rudamente el joven arrepintiéndose inmediatamente.

—Lo hice porque tú eras la única persona que haría tambalearse mis decisiones y necesitaba hacer este viaje— le explicó Anne pasando un dedo por la arruga que había en la frente de Jon.

Jon tragó lentamente, escuchando aquello, era música para sus oídos.

—Me agrada escucharlo, porque yo regresé a Bath y cuando supe que te marchabas, regresé al coche para coger ese barco también, pero no quería que lo supieras, sin embargo tampoco quería que desaparecieras de mi vida— dijo el joven, ya que si ella le estaba siendo sincera, era su deber corresponderle.

Bajó la cabeza de nuevo hacia sus labios besándola de nuevo, sintió a Anne

suspirar contra ellos, acercándola más hacia él. Soltó un pequeño quejido al notar un tirón en la herida que aún no estaba cerrada del todo.

—Aun estas herido y hoy has hecho demasiados esfuerzos— dijo Anne apartando

su rostro del suyo, por lo que los labios de Jon terminaron junto a su oído, donde el joven dejó un pequeño beso.

—Este es el único que estoy disfrutando— susurró junto a su oído, provocando el rubor de la joven— Parece que hasta tu eres capaz de enrojecer. Adorable.

—A dormir— le regañó la joven, apoyándose de nuevo sobre su hombro, aun roja, pero con una sonrisa brillante parecida a la de él. El corazón de Anne latía sin control. No importaba nada más que aquel momento y no había mejor persona que Alex para estar en aquella isla perdida.

Si aquel sentimiento no era amor, era algo que se le parecía bastante.

Capítulo 31

Anne comenzó a despertarse lentamente al darse cuenta de que se encontraba sola en la pequeña cabaña. Parecía que todo lo que se habían dicho Alex y ella había sido producto de un sueño. Aunque no lo hubiera sido. Solo esperaba que Alexander no se hubiera arrepentido de haberle dicho todas esas cosas, porque... ella no se arrepentía para nada. Es más... Se sentía ligeramente avergonzada por sus palabras, nunca hubiera imaginado que las diría. Pero no se arrepentía de haberlo hecho. Podía darse cuenta de que encerrados en aquella playa el orgullo pasaba a un segundo plano. Solo se tenían el uno al otro, pero lejos de ser una sensación agobiante era inusitadamente agradable.

Salió del estrecho refugio y vio a Alex sentado en la orilla observando pensativamente el amanecer. La joven se acercó a él lentamente y cuando llegó a su altura se sentó junto a él.

Jon al notar su presencia a su lado, pasó su mano por su espalda y la acercó a su costado. Anne no opuso resistencia y apoyó su cabeza en su hombro, mientras el joven agarraba su mano sin dejar de mirar al horizonte.

— ¿En qué piensas?— le preguntó la joven en un susurro mirándole.

—No sé porque estamos nosotros aquí— respondió Jon pensativamente.

—Escapamos de un barco después de que mataran a todo el mundo— dijo Anne mirándole enarcando una ceja disimulando una sonrisa— Yo te desperté y...

—Muy graciosa— la interrumpió el joven con sarcasmo— Me refiero a porque nosotros no fuimos envenenados.

Anne asintió de acuerdo con él con expresión más seria. No se había detenido a pensar en eso, no había habido tiempo en realidad.

— ¿Recuerdas haber escuchado algo... extraño?— le preguntó Jon apartando un mechón de pelo que le caía por la frente.

—No, creo que... — comenzó diciendo Anne, hasta que regresaron a ella las palabras dichas por aquellos dos hombres...

>

Ellos habían dicho que el veneno había hecho efecto en el capitán y pasaje,

eso significaba que claramente había habido algo que habían tomado ellos. Todos habían muerto, el capitán, los pasajeros... pero ella no. Habían hablado del vino... Alex tampoco había bebido vino.

— ¡Eso es!— exclamó la joven con lógica— Fue el vino, durante el brindis en la comida, todos bebieron, menos nosotros.

Jon recordaba lo que ella decía, ella había declinado tomarlo y a él se le había derramado la copa, ¿quién iba a decir que el destino hubiera querido que fueran ellos los que se quedaran allí atrapados? Juntos y solos.

—Parece que el destino quería que nosotros termináramos aquí— asintió Jon alzando con un dedo la barbilla de la chica— Voy a besarla de nuevo, milady, si piensa resistirse preparare los...

Anne no le dejó terminar, finalizó la distancia que les separaba acercando sus labios a los de él. Comenzando a besarle inocentemente, pues nunca antes había sido besada por nadie hasta que lo hizo él. Sin embargo allí, se sentía con la seguridad suficiente como para tomar la iniciativa.

El beso fue convirtiéndose en algo mucho más profundo, Jon se reclinó sobre la arena dejando que ella quedara tumbada sobre él, sin separarse de sus labios. Le acariciaba el pelo, mientras sentía una recién conocida presión un tanto incómoda en los pantalones.

Pasó las manos por su espalda, intentando sin éxito tocar la suave piel de la joven, debido a que la chica apartó sus manos, para evitar que subiera lo poco que quedaba de su camisón. Anne que solo se estaba dejando guiar por sus sensaciones e instintos, decidió separarse del joven un tanto acalorada, cuando la situación se le estaba comenzando a ir de las manos.

—Yo no sé— se disculpó la joven con la respiración entrecortada.

—Yo tampoco— confesó Jon obligándola a mirarle.

Anne le miró escépticamente, mientras el joven asentía seriamente. ¿Acaso quería decir que él también era...? La joven no podía creerlo, debía estar burlándose de nuevo de ella, sin embargo él la miraba sin un atisbo de ironía o sarcasmo. Quizá fuera cierto...

Jon podía leer claramente en su rostro que no le creía, podría aceptar que no lo hiciera, simplemente era algo extraño que un joven sano de su edad no hubiera estado con ninguna mujer... Que fuera virgen como ella. Pero la explicación era bastante obvia, ya que de joven no había tenido ningún tipo de posibilidad ni interés, debido a su situación y cuando pudo hacerlo, simplemente no le interesó. Decidió dejar esos placeres a un lado en vistas a mejorar su patrimonio y riqueza.

Anne se removió un poco incómoda en su lugar, debían dejar de hablar de ese tema. Ya que aunque ella no se veía como una mojigata anticuada, había ciertos temas que no debían tocarse a la luz del sol y menos con un hombre. Aunque ese fuera alguien como Alexander Richmond.

—Debería limpiar tu herida— dijo la joven cambiando de tema, Jon asintió, aunque interiormente sabía que en algún momento deberían regresar a ese.

Anne le deseaba, era algo que ella no podía negarse a sí misma. Una tarea

tan tonta como limpiar la herida casi curada de su costado, le suponía un estremecimiento sofocante y no por el calor que comenzaba a hacer. Incluso desde antes de sus palabras de la noche anterior, ella había sentido cierto placer al tocarle y él lo sentía también.

Aquello parecía a punto de explotar en cualquier momento, ya que cualquier movimiento que hiciera uno, era irremediablemente excitante para el otro.

Jon veía la mano de la joven temblar al pasar un trozo de tela para limpiar la herida, no había sido muy profunda y estaba curándose bien, además ni siquiera se había infectado.

—Voy a ir al río— le informó Anne después de terminar de ayudarlo, mientras él cogía la lanza que había fabricado el día anterior para pescar.

Jon asintió y fue hacia el mar, Anne pensó en lo absurdo que había sido limpiar su herida, para que luego él volviera a meterse en el agua. Pero se encogió de hombros y cogió la camisa de Alex. Era lo que había usado como parte de arribar mientras su camisón se secaba.

Anne se adentró un poco entre los árboles, hasta llegar al río que no se encontraba lejos de donde ellos estaban. Se quitó los pantalones que Alex le había dado en el barco y los dejó junto a la camisa que él llevaba y que ella había utilizado anteriormente, hasta que se secaba su camisón.

Se adentró en el agua templada del río lentamente para adaptarse a la temperatura y sumergió la cabeza para limpiar también su cabello. Gracias a las copas de los árboles que tapaban la zona, el sol no había llegado a dar en el agua y esta aun refrescaba. Porque eso era lo que ella necesitaba.

Parecía que tenía fiebre, la cercanía de Alex la perturbaba antes, pero eso no era nada comparado con lo que la estaba haciendo sentir en esos momentos, sobre todo ahora que ambos habían hablado más o menos abiertamente de sus sentimientos. Anne sentía que aquello que Alexander le hacía sentir era amor. Ella había caído en lo que se prometió no hacer nunca.

Se había enamorado de Alexander Richmond y aparentemente él también tenía sentimientos fuertes por ella. Todo parecía sencillo allí. Alex y ella juntos y a solas. Todo parecía posible y quería que lo fuera. Ya no era tan importante demostrarse que podía valerse por sí misma en una mansión en Madeira. Lo estaba haciendo en aquella isla. Hasta que Alex pudo levantarse ambos dependieron de ella para comer y sin ella, él no habría podido hacer nada, ya que incluso fue ella la que le ayudó a salir del agua.

Podía ver claramente que podía ser ella misma con alguien y ese alguien era Alex.

Él la había conocido con sus desplantes y ella con su mal carácter. Ambos tenían personalidades fuertes, no muy diferentes. Alex no parecía verla como un simple adorno, él la había tratado como una igual en los momentos en los que había sido necesario. No podía seguir negándosele. Ya había tenido la sospecha en Londres y aquello estaba siendo la confirmación, ya que no contenta con que él le besaría, ella misma buscaba sus besos y correspondía a ellos sin pudor.

Alex y ella estaban hechos el uno para el otro y lejos de sentirse prisionera

en una isla perdida, se sentía libre. Asustada también, porque deseaba reencontrarse con Amelia, Sophia y Katherine y contárselo todo... Bueno, salvando algunos detalles. Esperaba poder tener la oportunidad de hacerlo...

De pronto unos brazos fuertes la rodearon por la cintura, mientras apoyaba la cabeza sobre su hombro. Anne lejos de apartarse se apoyó sobre él.

Jon no había podido concentrarse en pescar después de lo ocurrido la noche anterior y rematado con lo que había pasado hacia un rato en la playa. Sus pies le habían llevado hacia ella, sin él poner resistencia, claro.

—He creído que quizá te sentías sola— dijo Jon junto a su oído, acariciándolo con sus labios.

Al oír su voz, Anne sintió un escalofrío.

—Esto es indecoroso y una falta de educación gravísima— le avisó Anne aunque no se apartaba de él.

Jon se rio roncamente, sin dejar de besar su cuello sinuosamente, mientras la joven se agarraba con ambas manos a los brazos que la rodeaban.

—No es gracioso, sería una deshonra si alguien se entera— continuó la joven con media sonrisa, demostrando que no le importaba para nada, mientras giraba entre sus brazos para quedar frente a él.

—Podemos solucionarlo— susurró Jon junto sus labios a los de la joven en un beso profundo y sensual que los dejó a ambos sin aliento.

El americano apartó los labios de la chica dejando un reguero de pequeños beso sobre su cuello, mientras la joven se aferraba a su espalda.

—Cásate conmigo— le susurró de nuevo junto al oído.

Capítulo 32

El silencio pareció instaurarse entre ellos, mientras aquellas dos palabras parecían flotar entre ellos. El corazón de Anne comenzaba a latir rápidamente, sin dejar de mirarle directamente a los ojos, mientras Jon sostenía su mirada también. Pero debía de decir algo, lejos de sentir miedo como en otras ocasiones, la joven sentía la respuesta afirmativa luchar por salir, sin embargo... No iba a ponérselo así de fácil, pensó con una sonrisa.

Jon captó el brillo pícaro de en la mirada de la joven y supo cuál iba a ser su respuesta, pero era Anne y ella nunca decía lo que él esperaba, probablemente le costaría algo más que dijera un sí rotundo, pero lo conseguiría. La joven se separó de él caminando hacia la orilla del río, mientras comentaba: —Otros me han hecho esa propuesta y las he declinado, señor Richmond, ¿porque habría de aceptar la suya? ¿Qué tiene de especial? — preguntó Anne inocentemente, llevando una de sus manos a su barbilla con aire pensativo.

—Por que la he hecho yo, milady. Los otros son insignificantes ante la realidad de los hechos— afirmó el joven con una sonrisa arrogante caminando tras ella.

— ¿Qué hechos?— preguntó de nuevo la chica.

Jon la encerró entre sus brazos y el tronco de un árbol, colocando su rostro cerca del de ella.

—Que nos queremos, que estas deseando de decir que sí, tanto como yo deseo que lo digas— sentenció el americano, provocando un suspiro en la joven que volvía a derretirse entre los brazos del joven.

—Parece completamente seguro de sus palabras, señor Richmond.

—Lo estoy, créame que lo estoy, sin embargo sus rodeos me están comenzando a poner nervioso, milady.

Hacia una semana, Anne estaba segura de que lo habría negado aun siendo cierto, sin embargo en esos momentos no tenía fuerzas para hacerlo.

—Pregúntamelo— le pidió la joven en un susurro acariciando el rostro de Jon.

— ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí— aceptó Anne con una sonrisa deslumbrante — Aquí, ahora. Solo nosotros, no necesitamos a nadie más— le pidió la chica, mientras Jon asentía y terminaba besándola de nuevo.

Aurora buscaba con la mirada al duque de Pendleton, si había decidido asistir a una de esas fiestas de sociedad, era porque esperaba reencontrarse con él. Había esperado cerca de una semana a que él volviera a visitarla, pero no lo había hecho. Necesitaba hablar con él, quería saber si ella se había convertido en un entretenimiento de una noche o si quería alargar su relación en el tiempo. Ella había querido que ocurriera lo segundo, pero si él quería lo primero no iba a ser ella la que le persiguiera como una patética. Por mucho que le hubiera entusiasmado su experiencia con él, podía encontrar a otros que quisieran yacer con ella.

William había pensado lo mismo que ella, había asistido de nuevo a aquella reunión esperando encontrarla. Sin saber cuáles eran los deseos de Aurora, él también deseaba convencerla de perpetuar su relación. Ella era lo que necesitaba, había tenido tiempo de darse cuenta de eso aunque solo hubieran estado juntos en una ocasión.

Había tenido amantes, ninguna de ellas le había hecho desear regresar junto a ella noche tras noche, ni siquiera Dorothy y su cómodo acuerdo le habían bastado. Había sido una terrible relación larga que al final había terminado agotándole, siempre le habían perseguido en busca de sus favores. Era la primera vez que se encontraba siendo el que clamaba la atención de alguien. Era una sensación extraña.

Aurora le hacía sentir diferente, parecía que ella no necesitaba a nadie, que podía valerse por sí misma y aunque era lo que le había gustado en otras mujeres, ya que no le gustaba sentir atado a ninguna. Se había encontrado deseando que ella fuera un poco más vulnerable. Además, tampoco le había preocupado nunca si las mujeres con las que se acostaba habían tenido otros amantes antes que él, ya que por lo general así había sido. Sin embargo, no le agradaba en absoluto imaginar a la vizcondesa con otros hombres y eso podía ser peligroso.

La vio hablando con un joven que prácticamente era imberbe, ese no era lo suficientemente hombre como para estar con Aurora, ella le terminaría consumiendo con su pasión. Aurora necesitaba a alguien más fuerte, tan apasionado como ella, alguien como... Él mismo.

Se acercó rápidamente hasta ellos, sin ni siquiera pensar en lo que iba a decir.

Aurora sonreía estoicamente mientras aquel joven intentaba impresionarla lo suficiente como para conseguir meterse bajo sus faldas. Esperaba que no llegara el momento en el que tuviera que darle un bofetón. Aunque sus faldas fueran más ligeras que las de otras mujeres, ella decidía quien las alborotaba.

—Señora, que placer volver a verla. Espero que no le moleste que se la robe, la vizcondesa y yo tenemos unos asuntos que nos ocupan— dijo William, apareciendo junto a ella inesperadamente.

—Supongo que no...— musitó tristemente el joven haciéndose a un lado.

Aurora vio marcharse al joven y aunque estaba secretamente agradecida, no iba a decirlo en voz alta. Mientras miraba a su alrededor y veía como las cotorras de la alta sociedad comenzaban a cuchichear.

—No necesito que usted aparezca para salvarme de nada, puedo hacerlo sola— replicó la mujer tomando un pequeño trago de su copa de champan.

—Estoy seguro de que sí, pero es cierto que debemos hablar— dijo el duque

quitándole la copa de la mano.

—Creí que usted había tenido lo que deseaba, la muestra clara de ello es que no ha regresado a por más... Supuse que está satisfecho— comentó Aurora hablando en clave.

—Se equivoca, señora. Estoy deseoso de más, mucho más. Pero no he sido invitado de nuevo, simplemente se me pidió que me marchara... Hubiera regresado todas las noches si hubiera tenido la seguridad de que hubiera sido bien recibido.

Aurora se sintió un poco tonta, ya que el punto del hombre era cierto. Ella le pidió que se fuera pero en ningún momento le dijo que regresara. Lo que ocurrió entre ellos había sido tan intenso que creyó que no hacía falta la invitación. El humor de la chica se dulcificó un poco al escucharle.

—Podría probar a regresar esta noche y las que le siguen... Podríamos disfrutar el uno del otro, mientras dure nuestra amistad— musitó Aurora quitando una pelusa inexistente del hombro del duque— Ya sabe dónde encontrarme, excelencia.

Aurora se marchó a por sus cosas para regresar a su casa, una vez conseguido su propósito no quería continuar allí. No le agradaba ser la paría invitada por compromiso, pero que una vez allí, solo era utilizada como fuente constante de chismorreos.

William se quedó allí mirándola embobado, marchándose también unos minutos después. Aunque lejos de ir a su casa, caminó en dirección contraria hasta la casa de la vizcondesa de Labourd, donde ella le esperaba.

Conocía el camino hacia su alcoba, ni siquiera iba a esperar en su casa a que se hiciera medianoche, entró directamente en la casa, ante las miradas de pesar de algunos criados, pero no le importaba.

En su habitación, Aurora comenzaba a desvestirse cuando el duque entró por la puerta. Comenzó a quitarse la chaqueta y la camisa, ante la atenta mirada de la joven, que hacía lo mismo con el corsé de su vestido. William terminó antes que ella, se acercó con paso rápido hacia la mujer y agarró la prenda dando un tirón que terminó rompiéndola.

Aurora soltó una pequeña exclamación, pero no le importó. Se compraría otro corsé, ¿qué importaba un simple trozo de tela? Le empujó sobre la cama y se subió a horcajadas sobre él. No quería que fuera dulce, ni nada parecido. Le quería a él, en el máximo esplendor de la palabra y así le tuvo finalmente.

Aurora se estaba comenzando a convertir en una especie de obsesión para él, ya que tenía la sensación, de que no podría saciarse nunca de ella. Algo

que no había sentido por nadie. Ni siquiera por Amelia.
*

Capítulo 33

Anne terminó de trenzar las distintas flores que había encontrado cerca del río. No había sido ninguna broma la petición que le había hecho a Alex. Ella realmente quería casarse con él allí. No había pasado ningún barco en todos los días que llevaban allí perdidos, él había tenido razón cuando había dicho que debían tener paciencia. Ahora podía darse cuenta de que era posible que su estancia en la isla durara más de lo que ella había previsto en un primer momento.

Por eso deseaba que su matrimonio se efectuara, de forma simbólica, allí. Aquella playa había sido testigo de sus susurros, caricias y besos... Era el escenario perfecto. Anne no había sabido cuanto había deseado aceptar su propuesta hasta que lo había hecho.

Alex era... especial, parecía conocerla, tanto como ella parecía conocerle a él. Al principio parecía que se odiaban, sin embargo la línea que separaba el odio y el amor era demasiado fina y finalmente había terminado sucumbiendo ante lo que ella se había jurado nunca caer. Pero no se arrepentía de faltar a la promesa que se había hecho hacia unos años, cuando le prometió a Mac que no habría más hombre para ella que él. Deseaba tanto las caricias y besos de Alex, sentía que no podía esperar. Quizá fuera un error, pero no podía sentirlo así. Alex la complementaba mucho más de lo que cabía esperar y mucho más que los caballeros como Edward Norton. Y ella a él. Podía comenzar a entender lo que el anciano duque había podido captar en él. Cuando le conoció le agradó y ella se había sentido ofendida por eso.

Estaba segura de que en esos momentos aquel viejo truhan estaría riéndose donde fuera que estuviera al ver como ella había sucumbido a los encantos del americano.

Probablemente fuera la única ocasión en la que ella estaría feliz de darle la razón.

Terminó colocando el tocado, que había confeccionado con sus propias manos, sobre su cabeza. Su vestido de novia era un delicado camisón raído y un tanto sucio debido a la situación actual y la única joya que portaba una tiara de flores, pero no había habido una novia más feliz.

Alex solo llevaba sus pantalones rotos y el pelo alborotado por el aire, pero nunca le había parecido tan... masculino como en aquel momento, pensó la joven mientras se acercaba con paso vacilante hasta el pequeño altar que habían improvisado en la playa.

Jon sonreía con deleite mientras alargaba su mano para agarrar la de Anne. Nunca hubiera imaginado que la pequeña Annie pudiera hechizarlo hasta tal punto, pero lo había hecho.

Él no imaginaba como sería su vida sin ella.

—Estás preciosa— musitó Jon acariciando su rostro.

—No es cierto, pero he hecho todo lo que podido— musitó la joven ruborizada.

Desde fuera quizá, podría parecer algo tonto aquello, sin embargo aquello era tan real para ellos.

— ¿Lista?— preguntó Jon acercando sus labios a su sien, mientras la joven asentía Jon se arrodilló ante ella agarrando sus manos entre las suyas, mientras la joven hizo lo mismo poniéndose a la altura de sus ojos.

—Yo, Alexander Jonas Richmond, recibo a Anne Isabelle Phillips como mi legítima esposa, para tener y cuidar por el resto de mi vida, en lo próspero y lo adverso, en la riqueza y la pobreza, en salud y enfermedad, para amar y proteger hasta que la muerte nos separe, de acuerdo a las ordenanzas de Dios, te prometo mi fidelidad. Mi corazón y mi amor. Y será para siempre— declaró el joven sin dejar de mirarla fijamente, mientras los últimos rayos del sol brillaban en el horizonte.

—Yo, Anne Isabelle Phillips, recibo a Alexander Jonas Richmond como mi legítimo esposo, para tener y cuidarlo por el resto de mi vida, en lo próspero y los adverso, en la riqueza y en la pobreza, en salud y enfermedad, para amar y proteger hasta que la muerte nos separe, y de acuerdo con las ordenanzas de Dios, yo prometo mi fidelidad. Mi corazón y mi amor. Y será para siempre— repitió la joven sencillamente— Ahora puedes besar a la novia.

Jon agarró la nuca de la joven y la acercó a él besándola pausadamente, haciéndola suspirar, mientras ella se agarraba a sus hombros con fuerza.

Aunque aquellas palabras no valieran nada ante la sociedad, en aquel lugar y para ellos, eran más importantes que la palabra de cualquier cura.

—Lo haremos real cuando regresemos— musitó Jon junto a sus labios, una vez conseguido aquello no iba a permitir que nadie les separara.

Lucharía como fuera contra quien fuera si alguien pretendía separarla de él. Porque desde aquel momento y aunque no fuera legal, Anne era su esposa.

—Ya es real— afirmó Anne, dejando claro que sus intenciones eran parecidas a las de Jon.

Jon la tumbó sobre la playa lentamente comenzando a besarla nuevamente, mientras ella pasaba sus manos lentamente por su espalda, provocando un escalofrío en Jon ante el simple roce de las manos de su esposa.

Acarició los brazos de la joven en un esfuerzo de acercarla más a él. Sus manos viajaron pausadamente descendiendo por el vientre de la joven, ante la

respiración entrecortada de la joven que se acopló a su cuerpo fácilmente, abriendo un poco sus piernas por inercia.

Las caricias de Jon comenzaron a hacerse más íntimas, lo que había comenzado como un beso, se estaba convirtiendo en algo mucho más intenso, cuando Jon pasó sus manos por los muslos de la chica hasta llegar a la zona que cubría el delicado camisón, regresando a sus labios ahogando un gemido que salía de la garganta de Anne.

—Detenme— le pidió Jon roncamente mientras comenzaba a subir la tela que ella llevaba puesta.

—No— susurró Anne entrecortadamente sobre los labios de él.

Jon se lo había pedido porque él no podría pararse, lo había hecho en otras ocasiones y ella también, era algo que sabía. Una vez hubiera comenzado nada podría frenarle y saber que ella tampoco deseaba que lo hiciera le dio libertad que necesitaba para terminar de retirar el camisón que ella llevaba puesto y para deshacerse de sus pantalones.

La noche comenzaba a refrescar, pero todo era ajeno a ellos, ya que solo eran capaces de concentrarse en sus propias respiraciones.

Acariciándola delicadamente, Jon hizo caso de su instinto más primitivo para adentrarse con cuidado en ella, ya que no quería hacerle daño. Anne frunció levemente el gesto ante la sensación invasiva cuando él se introdujo en su interior. Cogió aire lentamente, para dejarlo escapar, esperando a que la molestia pasaba, mientras Jon repetía el movimiento sin darse cuenta de su incomodidad.

Con el paso de los segundos, la sensación incomoda que había sentido inicialmente, pasó a convertirse en lo más placentero que había sentido en toda su vida.

Adaptándose con facilidad al ritmo de Alex que volvió a besarla entre gemidos roncacos, hasta que ambos alcanzaron las altas cumbres de la pasión.

Durante años Anne había sido el último miembro de la familia Mawsdley que llevaba el apellido de la familia. Sin embargo, a partir de esa noche, no había nadie más con ese nombre en el mundo. Ella había sido la última de una larga estirpe, que finalmente habían conseguido hacer desaparecer.

—Te quiero tanto, Alex— musitó la joven colocando la cabeza en su hombro.

—Tanto como yo te quiero a ti— contestó Jon besando sus labios.

Pero Jon torció el gesto levemente al escucharla, sin que ella le viera, y no porque no la quisiera, sino que al escucharla llamarle así, recordaba lo que él le ocultaba. No podía comenzar aquella nueva vida junto a Anne mintiéndole, quizá había llegado el momento de hablar con ella y confesarle quien era realmente.

Después de lo que acababa de suceder entre ellos, quería creer que no se lo tomaría mal, ojalá simplemente supusiera una simple anécdota entre ellos, aunque algo le hacía pensar que no sería así.

No le importaba, Anne era su esposa ahora, se había prometido que

lucharía contra cualquiera que quisiera separarle de ella y eso incluía a la propia Anne.

Capítulo 34

Tres semanas después...

Jon sabía que debía hablar y que cuanto más pasara el tiempo, sería mucho peor.

Era posible algo estúpido por su parte, se estaba comportando como un cobarde, pero había descubierto recientemente que en lo relativo a Anne, lo era y mucho.

Los días que siguieron a su matrimonio fueron los mejores de su vida. Lo hacían

todo juntos, pero con el añadido de la intimidad que les concedía el ser amantes. Habían nadado juntos en el río. Aquellas aguas estaban siendo testigo de su amor y de su felicidad. Comenzaba a desear que no les encontraran y comenzaba a no gustarle que ella hablara de regresar aunque no se lo había dicho. Sabía que era importante para ella volver, como también lo era para él.

Durante las noches, después de hacer el amor con Anne apasionadamente, se

encontraba convenciéndose de no contarle la verdad. Pero sabía que aquello no era posible, porque no quería estar con ella en una mentira y nunca se sentiría él mismo si no le decía la relación que les unía. No podía saber cómo lo tomaría ella, una parte de él quería creer que no le importaría que él hubiera sido... poco más que un mendigo en sus años de juventud. Pero temía que no lo aceptara sin más y no quería imaginar lo que supondría que ella le rechazara.

Comprendía que podría ser algo... impactante, pero ellos se amaban. Aquellas palabras que se

susurraban cuando se encontraban en los brazos del otro no podían ser simple y llanamente palabras sin sentido. Estaba seguro de que significaban lo mismo para ella como para él.

Jon subió hacia lo alto de una montaña para otear el horizonte en busca de

un

barco como hacia todas las mañanas. La sorpresa de aquel día fue ver uno al otro lado de la isla.

Se quedó unos minutos mirando hacia allí, donde el barco se encontraba anclado. Podría no decir nada. Ellos nunca iban allí y Anne nunca lo sabría. Nada más cruzarse esas palabras por su cabeza se sintió un miserable.

Aquel trozo de madera flotante había precipitado lo que había postergado durante los últimos días. Había llegado el momento de hablar con su esposa.

William acariciaba lentamente la espalda de Aurora que le miraba apoyada sobre sus brazos con una sonrisa coqueta. No había dejado de visitarla durante aquellas semanas. Y

cada noche que pasaba con ella, más deseaba que llegara la siguiente. Había pasado aquellos días simplemente deseando regresar junto a ella, tenerla de nuevo entre sus brazos. Salvo Amelia, nadie había conseguido hechizarle hasta tal punto. Aunque no estaba dispuesto a que la historia se repitiera, había sido lo suficientemente estúpido como para perder a Amelia, no iba a permitir que le ocurriera lo mismo con Aurora. Pocos hombres tenían una segunda oportunidad y él iba a agarrarse a ella con ambas manos. Porque no solo deseaba su cuerpo, la quería a ella.

No durante unas horas de placer, no quería continuar entrando a escondidas a su habitación. Ni tener que abandonarla antes del amanecer para no ser descubiertos, quería aparecer con ella del brazo en las fiestas. Dormir junto a ella y despertar a su lado cada mañana.

Sin tener el miedo continuo que apareciera un nuevo Robert que se la ganara.

—Aurora, casémonos— dijo el duque abruptamente, era la garantía que necesitaba para estar con ella.

La joven le miró sintiendo como el corazón le latía aceleradamente, pero decidió reír como si se lo estuviera tomando a broma. Ya que algo así era impensable. ¿Cómo iba ella a ser la esposa de un duque? El hijo de una mujer que la aborrecía. Ella era una fulana a ojos de todo el mundo. Hubiera deseado conocerle antes de su matrimonio. Aquella dulce chica hubiera aceptado sin pensarlo ante William. Ella no podía hacerlo, aunque interiormente lo deseara. Por lo que decidió reír como si lo que él decía fuera un chiste, esperando que él captara la indirecta.

—Hablo en serio, Aurora, quiero que seas mi esposa— reafirmo el duque, mientras la joven se sentaba sobre la cama.

—El matrimonio no es una experiencia que desee repetir... Eso no es para mí— rechazó Aurora mientras sentía que algo dentro de ella se quebraba— Nuestra relación es lo suficientemente satisfactoria para ambos así.

Aurora no se había sentido tan sola cuando sus otros amantes se marchaban como sucedía cuando William se iba. Sin embargo, era algo que una amante debía aceptar. No quería imaginar que ocurriría con ella cuando él se hartara de su relación. En sus momentos más penosos, había comenzado a planear

regresar a Francia cuando esto ocurriera. Pero al llegar el duque siempre encontraba a una mujer hermosa y feliz, dispuesta a satisfacerle y ser satisfecha.

Ella tenía claro lo que ansiaba en la vida, no era un matrimonio, nadie se casaría con ella dada su reputación. Se sentía demasiado abrumada por William, estaba segura de que terminaría pasándosele. Pero era su deber negarse. Él era un mujeriego, pero eso estaba bien visto... lo suyo no.

William se levantó de la cama, comenzando a vestirse. Lejos de sentirse molesto con Aurora, se reprochaba a sí mismo sus acciones. Aquellas palabras que Aurora había dicho se parecían tanto a las que él mismo le había escupido a Amelia en la cara hacía ya tantos años. El destino se lo devolvía. Se lo merecía.

La joven le vio vestirse y se levantó también de la cama, colocándose una bata.

—Debo suponer que no regresarás— musitó Aurora manteniendo la entereza.

—Supones mal— replicó William acercándose a ella, besándola salvajemente— Volveré y continuaré pidiéndotelo. Hasta que digas que sí.

—Eso no pasará jamás, no eres el primer hombre que me hace esa propuesta... Ni serás el último— refutó la mujer comenzando a enfadarse ¿porque no lo dejaba estar? ¿Porque tenía que decirle eso ahora?

—Yo seré el último, no permitiré que nadie se te acerque lo suficiente como para proponerte nada— sentenció William furioso, terminando de vestirse y marchándose de la habitación dando un portazo.

Aurora se llevó una mano al pecho, sintiendo la respiración agitada. ¿Cuánto tiempo aguantaría ella negándose? Ella estaba segura también de que William sería el último, incluso aunque su relación terminara y él se aburriera de ella. Aurora se había enamorado de él, pero debía aceptar que no era para ella.

Él debía casarse y ella no podía hacerlo.

Jon bajó de donde se encontraba con paso ligero. Ya que debía darse prisa. Quizá debió hablar antes, no sabía nada, pero estaba seguro de que debía hacerlo en aquel preciso instante y que ocurriera lo que tuviera que pasar.

Anne se encontraba terminando de comerse un poco de fruta que había recogido antes. Al ver a Alex regresar se levantó rápidamente para ir a su encuentro. Al llegar a él, los brazos de Alex la recibieron y ella le dio un beso.

— ¿Has visto algo?— preguntó Anne sonriendo.

Jon guardó silencio y la agarró de la mano haciéndola sentarse junto a él, en la arena.

—Tengo que contarte algo, Annie— comenzó el joven con semblante serio cogiendo un aire— No quiero que dudes nunca de mi amor por ti, ¿de acuerdo?

—Me estas asustando, Alex— musitó la joven mientras la sonrisa se borraba de su rostro— ¿Es que estas casado? ¿Tienes una esposa esperándote en América?

—No, claro que no. Tú eres mi única esposa, Annie— aclaró Jon, mientras Anne comenzaba a respirar de nuevo— És sobre mí, sobre mi vida... Mi vida de antes de llegar a América.

—No importa, Alex. Cualquier cosa que hayas hecho, esta en el pasado, me da igual.

—No, necesito decírtelo, Anne. Yo nací en Inglaterra...— comenzó a decir Jon.

—No es tan grave como para que estés tan serio. Solo tendré que dejar de pensar mentalmente en ti como el americano— le interrumpió Anne acariciándole el rostro.

—No es solo eso, por favor, no me interrumpas. Está siendo lo suficientemente complicado— le pidió el joven, mientras ella asentía— Yo trabajaba de criado en la casa de un aristócrata rico, mi madre murió allí... Yo me escapé, pero la policía me seguía y yo estaba herido.

Terminé colándome por un agujero que había en el muro de una mansión, para esconderme...

Creí que nadie me encontraría allí, pero...

—No sé qué te propones diciendo esas cosas— susurró Anne levantándose y apartándose de su lado, dándole la espalda.

—... pero una niña adorable me encontró y me ayudó— continuó Jon levantándose también colocándose tras ella.

— ¡No sigas! ¡Basta!— le gritó Anne tapándose los oídos, aunque Jon se los apartó y la hizo mirarle.

—Soy yo, pequeña Annie. Soy Jon— terminó el joven, mientras los ojos de Anne se empañaban.

Capítulo 35

Anne se apartó de él como si su tacto le quemara. No podía ser. Alex no hablaba en serio. Él debía de haber escuchado algo sobre eso y lo estaba usando... Como una especie de broma de mal gusto. No sabía porque lo hacía, pero no era cierto.

—Te estás burlando de mí— susurró Anne aun en shock.

—Jamás lo haría— le impelió el joven.

—Pero mientes. Yo me habría dado cuenta— sentenció Anne con los ojos acuosos, mientras su labio comenzaba a temblar levemente— No sé quién te ha hablado de eso y no entiendo porque lo dices ahora, pero es mentira.

— ¿Qué ganaría con mentirte, Anne?— preguntó Jon dejando caer los brazos a ambos lados de su cuerpo.

—Intento explicármelo, pero no lo entiendo— musitó la chica sintiendo una ligera presión en el pecho.

—Mírame, Anne. En el fondo debías saberlo— le suplicó Jon cogiendo su mano y obligándola a colocarla sobre su mejilla.

Anne le observó fijamente como si fuera la primera vez que lo hacía, pero era incapaz de recomponer el rostro de Jon en su mente. Sin embargo, mirándole detenidamente, casi podía encontrar algunos de los rasgos que aun perduraban en el rostro del hombre. El color de los ojos y del pelo. La joven miró hacia su abdomen donde encontró una pequeña cicatriz, en el mismo lugar donde Jon había tenido la herida que ella le curó. Además, ella nunca le había contado eso nadie, solo Amelia lo sabía...

Apartó la mano de él, llevándosela a la boca, como si al tenerla tapada, evitara que comenzara a gritar como una loca.

Había pasado tanto tiempo desde que se marchó... Abandonándola. Se fue y ni siquiera se despidió de ella.

—Es imposible— musitó la joven aun afectada, comenzando a convencerse ante la evidencia.

— No lo es, soy yo— dijo el joven dando un paso hacia ella.

Anne levantó su mano y dio una sonora bofetada, que Jon aceptó estoicamente aunque intentó atraparla entre sus brazos. Anne había reaccionado peor de lo que había imaginado, parecía estar en una especie de shock como si no pudiera creerle, pero ya no.

Parecía que ella había aceptado sus palabras y no le gustaba lo que estaba viendo en sus ojos.

— No me toques— exclamó la joven empujándole, sin importarle si le hacía daño en la nueva herida— Has estado jugando conmigo todo este tiempo...

Anne no podía continuar allí con él, era demasiado para ella. Salió corriendo hacia el bosque, queriendo poner la máxima distancia entre los dos. Había pasado todos aquellos años evitando pensar en él, porque cuando su nombre regresaba a su mente, volvía a ella el sentimiento de abandono que provocó que él se marchara. Su mente infantil fue incapaz de asimilar que Jon se había aprovechado de su corta edad e inocencia para ayudarle a escapar de un delito. Ella confió en él, se convirtió en su amigo, el único que tenía, en una casa donde todo el mundo estaba demasiado ocupado con sus cosas como para prestarle atención. Y se fue. Sin ningún tipo de pudor había regresado y la había vuelto a utilizar, solo que esta vez, su descaro había sido aún mayor.

La joven no podía dejar de recordar aquellas palabras de amor que se habían susurrado e incluso las veces que ambos habían estado juntos en la intimidad de aquella isla...

¿Qué le había hecho ella para merecer que él la enamorara y la usara? ¿Porque no había sido sincero con ella? ¿Acaso no merecía esa consideración?

Salió de entre los árboles hasta el otro lado de la isla que ella ya había divisado cuando se subió para buscar algún barco. Aquella zona nunca la habían visitado.

Miró hacia el frente sin fijarse en nada en particular, hasta que una embarcación llamó su atención. Era un barco, ellos podrían sacarla de aquella isla. Parecía que al fin llegaba la ayuda, que tanto había esperado. Estaba lo suficientemente cerca como para que la escucharan si comenzaba a gritar. La joven se metió en el agua y comenzó a gritar llamándoles, mientras saltaba en el agua intentando hacer ruido.

Jon había salido corriendo tras ella, antes de verla la escuchó gritar pidiendo ayuda y supuso acertadamente que ya había visto el barco. Estaba seguro de que en la seguridad de aquel barco, cuando supiera que regresarían sanos y salvos a Inglaterra, podría hablar con ella, explicárselo. Era su esposa, su mujer. Ese hecho para él no era a la ligera, por muy molesta que estuviera, que lo entendía, ella finalmente le escucharía. No podía negar que le dolía que ella no hubiera aceptado su cercanía, comprendía que estuviera molesta, pero había parecido demasiado dolida. No quería pensar que aquello pudiera costarle el amor de Anne... Pero lo parecía.

Anne no le había dirigido la palabra en ningún momento. El barco envió

un bote con algunos marineros que les recogieran de la playa, ya que habían escuchados los gritos de la joven. Ni siquiera había aceptado su ayuda para subirse a la pequeña embarcación que les llevara al barco, ella había preferido agarrar la mano de uno de esos marineros rudos que parecían comérsela con los ojos. Hasta que le habían mirado, no sabía que expresión podía transmitir su mirada, pero un simple vistazo a él, les había aclarado que aquellas miradas no eran bien recibidas.

Al llegar al barco, él mismo ayudó a la joven a subir por la escalera de cuerda que llevaba hasta la cubierta. Anne había aceptado tácitamente, aunque se notaba en su rostro que no le hacía ninguna gracia. Ella parecía haber olvidado que apenas vestía un camisón fino y medio roto, pero Jon no.

—Bienvenidos al Stella Down— les dijo el capitán cuando ambos estuvieron

arriba— Soy el capitán Christopher Delaney.

Era un barco de la Compañía de las Indias Orientales y todos vestían de uniforme militar, al parecer venían desde Marruecos con un cargamento de especias. El capitán se quitó su chaqueta y la colocó sobre los hombros de Anne, para apartar la mirada de los tripulantes demasiado curiosos.

—En la bodega tenemos algunas prendas de mujer, que olvidó una de las pasajeras que nos acompañó hasta Marruecos, las pongo a su disposición, señora— le ofreció el capitán, mientras Anne asentía sintiéndose más contenta, al fin podría cubrirse con la tela de un vestido— Uno de mis hombres la acompañará hacia mis aposentos privados, será para mí un placer que usted los ocupe hasta nuestra llegada a Londres.

No había sido nada cómodo sentir las miradas lascivas de aquellos hombres sobre ella y mucho menos que... el hombre que la acompañaba se sintiera en el derecho de celarla.

Anne comenzó a andar tras un hombre hasta lo aposentos del capitán, al menos no tendría que compartir habitación con todos aquellos tipos, Jon o Alexander, como quisiera llamarse, incluido.

Jon no apartó la vista de la joven hasta que vio entrar en la habitación del capitán y el otro hombre se quedaba en la puerta.

El capitán le dio uno de sus uniformes para que él también se cambiara de ropa, le preguntó lo que había ocurrido y él se lo relató sin mucho entusiasmo, dejando claro que Anne era su esposa. No iba a permitir que ella durmiera sola en un lugar que estaba tan alejado de donde dormía toda la tripulación y donde querían instalarle a él. No se fiaba de aquellos hombres, aunque vistieran uniforme militar, llevaban meses en el mar y Anne era una tentación que no iba a permitir que tuvieran.

Según le contó el capitán la zona donde les habían encontrado era muy transitada, pero no la playa donde ellos habían estado viviendo, además de que apenas estaban a unos cuantos días de arribar en el puerto de Londres, ya que por lo que parecía cuando ellos estuvieron en el bote, el agua les acercó más a Inglaterra en vez de perderles en el océano.

Anne agradeció el baño que le envió el señor Delaney para que pudiera

limpiarse.

Hacía semanas que no se lavaba en condiciones y sintió un placer casi instantáneo cuando se sumergió en el agua tibia de la bañera. Los vestidos le estaban un poco holgados, pero servirían hasta que llegaran a Inglaterra, además no pretendía salir de aquella estancia. No pensaba ponerse de nuevo ante... Jon. Debía sentirse contenta, por fin les habían encontrado, estaban a salvo y regresaba a casa junto a sus hermanas y sus sobrinos... Toda esa felicidad había sido opacada por el sentimiento de traición y dolor que había provocado aquella mentira. Estaba enfadada con Jon por el pasado y con Alex por el presente. Era tonto pensar en ellos como si fueran dos personas diferentes, pero para ella lo eran.

No se dio cuenta la joven, de que Jon, que había abierto la puerta para entrar y hablar con ella, se había detenido al verla de espaldas ya vestida con uno de los trajes que le habían prestado, peinándose frente al espejo. Jon cogió aire con dificultad y entró con cuidado de no hacer ruido. No había pasado ni un día en el que no la tocara o sintiera sus besos y la extrañaba. Era adicto a ella, a todo y la simple idea de separarse de ella era impensable.

Anne se encontraba sentada en frente al espejo cepillando su cabello, de espaldas a él, a través de este, ella vio su reflejo y dejó el peine sobre la cama, girándose para enfrentarse a él.

—Márchate, ¿no entiendes que no eres bien recibido?— le espetó la joven.

—Necesitamos hablar, Anne.

La joven le miró enarcando una ceja, ¡qué gracioso!, ahora quería hablar, pues muy bien, hablarían, pero esta vez ella lo haría.

Capítulo 36

Anne se levantó de la silla sin apartar su vista de él. Hubiera preferido vivir siempre en la ignorancia de que había sido de Jon. Ella había conseguido olvidarle, no podría perdonarle que le mintiera, ni que hubiera jugado con ella de esa forma.

— ¿Te imaginas acaso el tiempo que pasé esperando una noticia de ti?— comenzó Anne, mientras intentaba contener las lágrimas, hacía mucho tiempo que había deseado decirle todo aquello— Me abandonaste, cuando más te necesitaba. ¡Te fuiste, sin despedirte de mí!

Esperé semanas por ti, para recibir una maldita palabra de despedida, ¿acaso no me merecía un adiós?

—No lo entiendes, Anne, eras una niña, no podía...— intentó explicar Jon. Por supuesto que hubiera querido despedirse de ella, pero cuando lo intentó una vez, ella comenzó a llorar. Sabía que irse de esa manera era cruel, pero Anne era una niña y... Supuso que ella lo aceptaría, se equivocó.

—Eras mi amigo, mi único amigo... La única persona a la que parecía que le importaba, durante meses esperé a que regresaras. Soñaba con que volverías a por mí, que nos salvarías a mi hermana y a mí, pero no lo hiciste. Porque no te importaba.

—Me importabas y estaba enteramente agradecido contigo por lo que hiciste por mí. Pero ahora no eres una niña, sabes que algunas decisiones deben tomarse, aunque no sean las más fáciles— dijo Jon, sentía su dolor. Lamentaba habérselo provocado, pero ahora estaban juntos, ella debía comprender que hizo lo que hizo y de aquella forma porque creyó que era lo mejor.

—Mientes, estoy segura de que si William Pendleton no hubiera sido tu amigo, tú jamás me hubieras buscado, te habrías olvidado alegremente de mí, porque continuaste con tu vida sin ningún problema, sin pensar... En que me dejabas atrás— le espetó la joven esperando que él lo negara, pero no lo hizo, porque ella tenía razón— Me utilizaste, igual que ahora... solo que esta vez

has sido mucho más cruel... Hubiera preferido que volvieras a desaparecer. Al menos no me hubiera sentido una estúpida, ni me hubiera comportado como una fulana.

Jon apretó las manos con fuerza, ella estaba demasiado histérica y no estaba midiendo sus palabras, uno de los dos debía mantener la cabeza fría. O intentarlo al menos, aunque le estaba costando demasiado. Le resultaba imposible, así que él pasó al ataque también.

— ¿Quieres saber porque no te lo dije? Tú no eras la Anne que yo conocí, eras superficial y tonta, como todas las jóvenes de tu edad y clase... No pensaba permitir que me hicieras sentir inferior y mucho menos que contaras a todo el mundo mi pasado— le espetó alzando la voz.

¿Realmente creía que era así de frívola? No la conocía nada, realmente no la conocía, de pronto se sintió vulnerable miró a su alrededor queriendo escapar de allí, sentía debilidad en las piernas.

—Ojalá nunca hubieras regresado— susurró Anne con voz temblorosa.

Jon se acercó en dos pasos hasta ella, acercando su cara a la de ella.

—Pero lo he hecho y no pienso marcharme. Eres mi esposa, Anne. No lo olvides.

—Eso no tiene ninguna validez legal, sería tu palabra contra la mía.

— ¿La palabra de un hombre rico contra la de una mujer?— le preguntó en tono hiriente— Lo haré legal cuando lleguemos, Anne, así tenga que arrastrarte hasta un cura o gritar que eres mía en medio de la plaza.

—Eres un bastardo...

—Cierto y eres la mujer de un bastardo— dijo el joven saliendo de la habitación dando un portazo.

Anne se dejó caer sobre la cama, ahogando un grito de dolor sobre la almohada.

Aquello era horrible y lo peor de todo, era que él la tenía bien agarrada. Había sido una estúpida.

Jon no intentó hablar con ella de nuevo. Se habían dicho cosas demasiado hirientes entre los dos. Se arrepentía de sus palabras, pero no se disculparía. Ambos tenían la culpa, podría comprender que ella se sintiera herida, podía lidiar con ello. Pero no iba a permitir que pusiera en duda lo que había ocurrido entre ellos, ni que fuera a separarse de él por algo como eso. Algo que podía solucionarse si lo hablaban, pero ella era lo suficientemente terca como para no querer escuchar y él lo suficientemente estúpido como para no saber controlarse. Le volvía loco, y comenzaba a creer que lo hacía a posta.

Sin embargo, sus problemas no se iban a solucionar en un barco con un montón de hombres como testigos, debían hablar a solas. Tenían que solucionar eso, si quería, podían volver a como estaban antes, si ella no quería, vivirían en una batalla continua.

Anne no salió del camarote del capitán durante el resto de la travesía. Además aquel barco parecía moverse más que el otro, ya que había pasado

todos aquellos días sin apenas poder salir de la cama con las náuseas. Entendía como se había sentido Dora, gracias a Dios había sido un viaje corto. Solo esperaba que su estómago se asentara lo suficiente como para poder coger la próxima diligencia que le llevara a Bath.

Ella se puso uno de los vestidos que le habían prestado, dejando los otros en el camarote, ya que ese debería llevárselo, el capitán le había dado permiso para hacerlo.

Salió con paso vacilante de la habitación, mientras los hombres colocaban la pasarela para poder bajar. Nada más estuvo puesta comenzó a descender, estuvo a punto de tropezar, sin embargo los brazos de Jon evitaron la caída.

El joven la agarró antes de que fuera a dar contra el suelo. La había visto caminar con paso lento, como si se encontrara mal, además su rostro estaba demasiado pálido como para estar sana.

—No necesito su ayuda— replicó la joven pisando por fin tierra inglesa. Si no hubiera sido indecoroso, hubiera besado la zona.

—Parece necesitarla, señora, tiene usted muy mal aspecto— replicó el joven, mirándola con una ceja enarcada, siguiéndole el juego, agarrándola del brazo— Iremos a Bath a informar a su hermana de nuestros planes de matrimonio, no crea que lo he olvidado.

—Yo iré a Bath, mientras usted desaparecerá de mi vista... Tiene sobrada experiencia en eso— dijo intentando escapar de él.

—Lamento contradecirla— dijo sujetándola más fuerte— No me obligue a cargarla sobre mi hombros... Sabes que lo haré.

Anne se mantuvo en silencio, muy bien, si él quería ir a Bath allá él. Aquel era su terreno, Robert y Amelia cuidarían de ella. Podría contarles la forma en la que él la enamoró. Se sentía demasiado triste como para oponer resistencia, mientras él al guiraba hasta los horarios de las diligencias, como no había ninguna disponible, Jon alquiló un coche que les llevara. Ella nunca había sentido que Jon fuera menos que ella y mucho menos si hubiera sido sincero con ella desde el inicio.

No contento con haberla hecho infeliz en su infancia... Había regresado a rematar lo que parecía haber comenzado hacia nueve años. Pero mentía cuando decía que no quería que hubiera regresado. Porque ella sí le quiso cuando era joven y se había enamorado realmente de él ahora. ¿Cómo podía ella no poner en duda sus palabras cuando era un versado embustero?

Tomaron el coche en dirección a Bath y Anne apoyó la cabeza sobre una de las paredes. El movimiento del coche no estaba ayudando a su estómago y solo hizo que le viaje se le hiciera mucho más largo. No parecía llegar la hora en que por fin viera Meyworth, aquel lugar tan conocido que ahora le parecía algo lejano. Como si hiciera mucho tiempo que no estaba allí, en vez de solo unas semanas. Habían ocurrido tantas cosas...

Jon la miraba apretando las manos con fuerza, intentando aplacar las ganas inmensas que tenía de abrazarla, de besarla, de dormir de nuevo junto a ella. Se sentía realmente preocupado por su aspecto, parecía verdaderamente enferma. En cuanto llegaran a casa de su hermana, aunque él tuviera que

marcharse por el momento, le pediría a ella que la viera un médico.

El coche paró frente a Meyworth y Anne ni siquiera esperó a que terminara de frenar para salir del lugar y correr hacia la casa.

Amelia y Robert se encontraban enfrascados en una conversación sobre la propia Anne, la joven estaba demasiado preocupada por la falta de noticias de su hermana y su marido intentaba hacer entrar en razón. Amelia tenía que tranquilizarse por su bien, ya que estaba seguro de que nada malo le había ocurrido a Anne.

— ¿Y cómo no voy a preocuparme, Robert? Es mi peque... ¿Qué ocurre?— preguntó Amelia interrumpiéndose mirando hacia la dirección que miraba su marido.

— ¿Ese no es Alexander Richmond?— preguntó Robert viendo como el joven

perseguía a su cuñada.

Abrió los ojos desmesuradamente al ver a su hermana correr hacia ella rápidamente, sin embargo antes de llegar, se desplomó a medio camino, sin llegar a caer al suelo, gracias de nuevo a Jon.

Capítulo 37

Anne se despertó encontrándose tumbada sobre una superficie blanda y cómoda.

No sabía cómo había llegado hasta allí. La última imagen que había en su mente era la de... Alex o Jon persiguiéndola. Se sentía muy confundida, la habitación donde se encontraba se encontraba levemente iluminada por algunas velas y la escasa luz que entraba entre las cortinas, que denotaba que el sol se escondía dando paso a la noche.

La joven intentó incorporarse sobre la cama, pero una mano sobre su hombro se lo prohibió.

—Es mejor que permanezcas tumbada, cielo— le dijo una voz suave, que Anne

reconoció inmediatamente como la de su hermana— Así tendrás tiempo para explicarme que ha ocurrido.

Anne se abrazó a su hermana haciendo un movimiento un tanto brusco que hizo

que su cabeza comenzara a confundirse de nuevo.

—Han pasado muchas cosas desde que me marché, Melly... Ni siquiera sé por

dónde empezar— susurró Anne intentando ganar tiempo, ya que tampoco quería hablar demasiado con su hermana de todo lo ocurrido, ya que lo sentía demasiado... privado.

—Por el principio estaría bien, siempre podría hablar con ese joven tan... Locuaz que está allí abajo desgastando mis alfombras preguntando por ti a quien quiera que se cruza por su camino— comentó Amelia frunciendo el ceño.

—Pero debes tomártelo con tranquilidad— le avisó Anne mientras su hermana

asentía enérgicamente.

Entonces la joven comenzó a relatarle los hechos ocurridos desde que se

había marchado de la casa en dirección a Madeira, obviando lo que había ocurrido entre Jon y ella, ya que... No eran temas para tratar con su hermana.

— ¡Lo sabía! ¡Sabía que no debías hacer ese viaje tu sola! ¡Te avisé y mira lo que ocurrido!— gritó Amelia ofuscada andando de un lado a otro de la habitación— Pero claro, querías ser libre y demostrar que podías estar sola ¡y mira!

No podía creer lo que estaba escuchando, Anne podría haber muerto en el mar.

Aquellos hombres podrían haberla matado y ella estaba allí tan tranquila.

—Ya lo sé, Melly, no hace falta que me grites, tenías razón. Lo siento— se disculpó Anne sin dejar de mirar sus manos.

—Bien, vale, lo siente. Ella lo siente, gracias a Dios— continuó la joven duquesa hablando consigo misma, mientras intentaba calmarse, no era bueno para su bebé que ella se agitara tanto, pero no podía evitarlo por lo que continuó regañándola durante un buen rato más, hasta que se le terminaron los calificativos que decirle — Además has estado en una isla a solas... Con el americano... Quiero saberlo todo sobre eso, Anne.

La joven se removió incómoda en su lugar mientras guardaba silencio intentando encontrar la forma de explicar su relación sin entrar en muchos detalles. Amelia comenzaba a impacientarse mientras su hermana pequeña parecía ordenar sus ideas.

Anne decidió remontarse a su niñez, era lo mejor. Ir con pies de plomo con Amelia no iba a servir de nada.

Amelia comenzaba a imaginar a lo que se refería su hermana, en realidad se lo había temido. Alexander Richmond no se había comportado como un caballero galante que acompañada a una señorita de regreso a casa... Su actitud ante el desmayo de Anne había sido la de un hombre desesperado y asustado.

— ¿Vosotros habéis... intimado, Annie?— le preguntó Amelia sentándose en la cama junto a su hermana, ya que comenzaban a debilitarse sus piernas también.

Anne fue incapaz de negarlo y sintiendo como comenzaba a ruborizarse, asintió rápidamente sin mirar a su hermana a los ojos.

—Lo siento tanto, sé que soy... Una vergüenza, Amelia, sé lo que ocurre con las mujeres como yo y comprenderé si quieres que me marche de tu casa — musitó la joven.

—No digas tonterías— la regañó su hermana, alzando su barbilla para obligarla a mirarla— Tu no te vas a ninguna parte y no eres ninguna deshonra, Anne, ¿cómo podría hacerlo?

Eres mi hermana y te quiero. Con tus locuras y tu mal carácter, cariño. Además no puedes marcharte ahora que vas a ser tía de nuevo.

Anne abrazó de nuevo a su hermana sintiendo como un pequeño peso se le quitaba del pecho, dándole la enhorabuena. Hubiera sido normal e incluso aceptable que Amelia se enfadara por su error y la echara de la casa. Con su actitud se convertiría en la vergüenza de la familia sin alguien se enteraba.

Después de todo lo que ella hizo en el pasado, ¿quién era ella para reclamarle a Anne una falta así? Al menos ella había tenido la valentía de admitirlo, algo que le faltó a ella.

—Ahora bien, ¿le quieres?— preguntó de nuevo la mayor.

Pasada la euforia por la noticia de su embarazo, al menos aquella novedad había servido para que se quitara un poco el gesto de tristeza que teñía el rostro de su hermana desde que había despertado. Anne no era así, siempre había sido una joven alegre, vivaz e impulsiva.

Nunca la había visto así, parecía que sentía una gran pena y estaba segura de que se debía a ese joven americano. Además conocía a Anne y sabía que solo hubiera sido capaz de hacer el amor con un joven si lo amaba de verdad.

Anne no necesitaba pensar esa respuesta.

—Sí, le quiero mucho— asintió Annie con un suspiro triste.

—Pero eso es maravilloso, cielo, ¿porque lo dices con esa pena?

—Porque él no es quién creía que era, me mintió desde que llegó... Es Jon.

— ¿Jon?— preguntó Amelia sin saber de quien hablaba, pero al ver como su

hermana resoplaba con fastidio, cayó en la cuenta— Oh, ya. Ese Jon... Claro, ¿y porque no te lo dijo cuándo os volvisteis a ver?

—Porque dice que soy superficial y frívola... Y no quería que le hiciera sentir poca cosa... ¿Crees que soy así, Amelia?— contestó Anne con un deje de ira en los ojos.

— ¡Por supuesto que no! Y si él lo cree, no te merece— exclamó la joven duquesa poniéndose en pie— Pero no pienses más en eso, debes continuar descansando, estas demasiado pálida. Avisaré al doctor para que te revise. No te preocupes por nada.

Anne asintió viendo como su hermana salía de la habitación con paso ligero. Hablar con su hermana le había ayudado a relajarse, ya que contarle su pesar y que ella lo comprendiera era muy importante para Anne. Amelia había dicho que Jon iba a desgastar sus alfombras, ¿es que acaso no iba a marcharse? ¿Porque no la dejaba tranquila? A él se le daba bien desaparecer, podría volver a hacerlo... ¿Soportaría ella su partida?

¿Quién se había creído ese joven para hablarle así a su hermana? No contento con haberla hecho sufrir de joven, regresaba y con él, la tristeza que Anne había sentido ante su marcha y su falta de noticias. ¿Lo decía aquel desconsiderado que se aprovechó de una niña

pequeña y luego se fue sin despedirse de ella? ¡Qué descaró!

Jon no podía dejar de andar por todas partes. Sabía que parecería un loco, seguro que Robert Bradford estaría pensando si había sido seguro invitar a un desequilibrado a dormir en su casa. Pero no le importaba lo que pensara, aunque le había dicho, bueno avisado en realidad, de su intención de casarse con Anne.

Nunca había sentido tanto miedo hasta que la vio desmayarse mientras corría

huyendo de él. En un principio había pensado que había tropezado, aunque no había sido el caso. Ella había perdido el conocimiento y si no hubiera sido porque él se encontraba cerca, se hubiera podido dar un golpe fuerte.

Guiado por su hermana y Bradford la había llevado hasta su habitación, para

conseguir que despertara, pero no le habían dejado permanecer con ella. Las estúpidas normas de la aristocracia y aunque había intentado evitarlo, tampoco quería montar un espectáculo y había terminado bajando, aunque no marchándose. Aunque hubiera cedido a abandonar la habitación, no iba marcharse hasta que viera con sus propios ojos que estaba bien.

La puerta del salón se abrió de pronto y entró la hermana de Anne que le miraba fijamente como si no le soportara.

Mala forma de empezar su relación con la familia de su esposa.

Capítulo 38

Bajó las escaleras con paso rápido y entró en el salón donde Robert llevaba un rato intentando entablar una conversación con Alexander Richmond cuya respuesta no fuera un sí o no, algo que estaba resultando de lo más complicado.

Conseguir que el joven saliera de la habitación de Anne después de haberla depositado sobre la cama, ya había sido lo suficientemente difícil, le había ofrecido hospedarse allí con la esperanza de que se relajara al saber que dormiría en bajo el mismo techo que Anne.

Pero ni eso parecía haber funcionado. Parecía un león enjaulado, caminando seriamente de un lado a otro.

Robert le miraba con una sonrisa astuta pues imaginaba que Alexander no solo se preocupaba por Annie de forma galante... Aquel muchacho tenía otros intereses en su cuñada y no le había hecho falta avisarle de que debía ser correcto con ella, ya que él mismo le había contado, superficialmente, que planeaba convertirla en su esposa. Ante lo cual, el nuevo duque de Sutton solo había podido deseárselo suerte. Porque la iba a necesitar.

Robert se levantó del sillón donde se encontraba sentado al ver entrar a Amelia en la estancia. La mirada de su esposa se dirigió como una flecha hacia Alexander Richmond.

—Anne se encuentra bien y descansando en estos momentos— comenzó la joven, viendo como Richmond soltaba el aire lentamente como si se hubiera quitado un peso de encima.

La joven escondió una sonrisa, ya que había cosas que no podían fingirse y aquel joven estaba enamorado de su hermana. Sin embargo, no conseguía entender porque había sido tan cruel al irse sin despedirse, porque le había mentado sobre su identidad y porque le había dicho aquellas cosas tan crueles y falsas a la pobre Anne. Era lo mismo que su hermana debía querer saber, pero era tan obcecada que prefería salir corriendo y no escucharlas.

—Hacia mucho tiempo que deseaba conocerle— dijo Amelia sin moverse

del lugar.

Jon miró a la mujer cruzándose de brazos, mientras Robert se acercaba a su esposa sin comprender de lo que hablaba.

—Le conocimos en la fiesta en Mey, Amelia— le dije el duque colocando sus manos sobre los hombros de su esposa.

—No, no me refiero a Alexander Richmond. — Aclaró la joven cruzándose también de brazos—Yo quería ver el rostro de Jon.

—Yo también he escuchado mucho hablar de usted, señora y por la misma fuente, parece que estamos bien informados ambos— contestó Jon tranquilamente, ya que no iba a exaltarse, ni nada parecido.

Amelia Bradford estaba en su derecho de proteger a su hermana, de quien ella creía que debía defenderla. Solo tenía que hablar con ella, aclararle que no había necesidad de que estuviera a la defensiva con él, ya que ambos perseguían una meta común: la estabilidad y felicidad de Anne. Él sabía cómo proporcionársela, aunque en aquellos momentos su relación con la joven no fuera la más idónea. Amelia conocía parte de la historia que correspondía a su hermana, era hora de que él diera la suya también.

—Parece que desconozco el tema de la conversación y no me está gustando, Amelia— dijo Robert mirando a su esposa enarcando una ceja.

—Verá, hace unos años mi situación económica no era... boyante— contestó Jon adelantándose a la mujer.

—Eso es un eufemismo... Era un ladronzuelo que se metió a hurtadillas en la casa de nuestra familia y se aprovechó de la juventud e inocencia de Anne para que le ayudara a esconderse de la policía y cuando obtuvo lo que quería de ella se fue sin ni siquiera despedirse de ella— finalizó Amelia interrumpiéndole.

—¿Cómo se le dice a una niña pequeña que debes marcharte porque si te quedas morirás de hambre en una celda por un delito que ni siquiera habías cometido?— preguntó Jon de forma retórica. No había hecho bien en marcharse de esa forma, pero había tenido sus razones también.

Amelia se sintió un tanto descolocada por aquella pregunta, ya que... No hubiera sido una tarea nada fácil y menos si la niña en cuestión era Anne. Sabía que su hermana se había sentido muy apegada a aquel joven. No había entendido porque, hasta que se dio cuenta lo sola que se sentía Annie. Se había sentido culpable por eso, porque en su propia cegación por salir de la casa de su madre, con lo ocurrido con Sophia... No tuvo tiempo de darse cuenta de que su hermana necesitaba atención. Y solo aquel joven se la dio cuando ella más lo necesitaba.

—Es un tema delicado para tratarlo con una niña pequeña— intervino Robert asintiendo.

—En una ocasión le dije que debía irme, viajar a América para encontrar a mi abuelo y sobrevivir... Anne comenzó a llorar— continuó diciendo Jon pasando sus manos por el pelo— Hubiera deseado despedirme de ella, por supuesto que sí. Gracias a ella soy lo que soy, pero no pude hacerlo. Yo realmente pensé que solo era un juego para ella, que se le pasaría con el

tiempo y me olvidaría. No podía quedarme para siempre en aquel lugar, por eso me fui. No creí que le importara.

—Pero lo hizo Jon, durante meses esperó por tu regreso y lloraba porque te echaba de menos— le explicó Amelia relajando el gesto.

Él había tenido sus razones, podría haber ocurrido así... Si la niña no hubiera sido Annie. Eso mostraba lo poco que la había llegado a conocer, aunque comprendía lo que hizo en el pasado, sin llegar a compartirlo. Aunque quedaba por descubrir lo más reciente.

—Si había una persona a la que no quería hacer sufrir era a ella, pero era la única manera de hacerlo.

— ¿Y ahora? ¿Porque no fuiste sincero con ella?— preguntó de nuevo la mujer.

— ¿No crees que ese tema les incumbe tratarlo a ellos, Amelia?— dijo Robert, interrumpiendo la conversación.

Podía entender hasta cierto punto que quisiera saber lo que ocurrió cuando su hermana era pequeña, pero ahora... Ese tema no le concernía tratarlo con ellos. Asintió un poco reticente, ya que... Robert tenía razón, pero más le valía que esa explicación fuera lo suficientemente buena.

—Pero me gustaría saber que intenciones... — replicó Amelia frunciendo el ceño, poniendo al joven, después de saber que él y Anne...

—La haré mi esposa— la interrumpió Jon seriamente.

Amelia sonrió disimuladamente, parecía que no se había equivocado con la primera sensación que había tenido de aquel joven.

William llamó a la puerta de la casa de Aurora con golpes fuertes. Ya le había avisado que iría noche tras noche y le haría la misma propuesta, ya que no pensaba darse por vencido con ella. Aquella vez fue más temprano, pretendía que todo el mundo que pasara por allí le viera golpeando su puerta y comenzara a murmurar. No iba a continuar escondiéndose. El día anterior también había ido y la mujer le había recibido dulcemente. Habían hecho el amor despacio, disfrutando de las sensaciones que sentían... Al menos él las sentía. Con Aurora todo había sido especial.

—Quiero hablar con la señora— ordenó a la criada que le había abierto la puerta.

—La señora se ha marchado por la mañana— le comunicó la mujer con voz compungida.

— ¿Marchado? ¿Adonde?

—De regreso a Francia, excelencia. Dejó esto para usted— dijo la mujer entregándole una nota.

William la abrió rápidamente, estaba tan nervioso que tuvo que releer la carta para entender las palabras que había escritas.

"Estimado duque de Pendleton,

Me despido de usted a través de esta nota porque no creí necesario alargar nuestro adiós. Comprendo que usted busca de la vida algo diferente a mí. Por eso he decidido que nuestra relación llegue a su fin. Disfruté de nuestra última

noche, fue mi verdadera despedida.

Espero que tenga suerte en el futuro. Le recordaré con cariño y aprecio.
Aurora Humbert, vizcondesa viuda de Labourd."

El duque arrugó la carta entre sus manos y la tiró al suelo con rabia. Aquella carta era fría, sin sentimientos. Se negaba a creer que Aurora fuera así. Se sentía furioso, con él, con ella, con el mundo entero. Podría preguntarse si había ocurrido algo que hubiera propiciado aquello, sin embargo la respuesta era clara.

Aurora no sentía lo mismo que él. Ella no le quería.

Capítulo 39

Jon no pegó ojo en toda la noche, hubiera deseado ir a la habitación de Anne para hablar con ella, pero le debía cierto respeto a Robert Bradford y a su esposa por haberle recibido en su casa e incluso haberle soportado con su taciturno carácter. Tampoco quería entrar a hurtadillas en la habitación de Anne.

Iba a hacer las cosas bien y hablaría con su esposa a la luz del día y siguiendo las normas sociales. No iba a dejar que le echara eso en cara también.

Se vistió y salió de la habitación, miró hacia el largo pasillo donde se encontraba la habitación de Anne, aun recordaba que puerta era. Se había pasado toda la noche prometiéndose que esperaría, pero no podía hacerlo. Necesitaba verla y asegurarse por sí mismo que ella se encontraba bien.

Comenzó a caminar en dirección contraria a la escalera, hasta la habitación de su esposa.

Anne se encontraba tomando un poco de fruta que le habían llevado para desayunar antes de que llegara el médico. No entendía muy bien porque tenía que verla, pero de esa forma su hermana se quedaría más tranquila. Estaba segura de que la tensión de estar perdidos en aquella isla y saber que... Jon estaba más cerca de lo que ella había creído habían hecho mella en ella. Nada que no se solucionara con un poco de reposo y tranquilidad. Se había levantado de la cama y se había vestido con un sencillo traje de color verde claro.

Escuchó la puerta abrirse y alzó la vista para encontrarse con Jon entrando en su habitación y cerrando tras él. La joven dejó los cubiertos sobre el plato.

—No deberías estar aquí— musitó Anne levantándose de la silla lentamente.

—Quería comprobar por mí mismo que estabas bien— explicó Jon cruzándose de brazos mirando a su alrededor la habitación.

—Ya lo has visto... Deberías marcharte, si te encuentran aquí...

—Bonitas flores— la interrumpió Jon señalando el jarrón, Anne lo miró y supuso que serían de Edward Norton, probablemente no se habría enterado de su partida y había continuado enviando las flores durante las semanas que ella había estado fuera.

—Son de... Edward— dijo Anne arrepintiéndose de inmediato, aunque no había podido evitarlo, parecía que entre ellos había una atmosfera extraña.

Jon la miró frunciendo el ceño y cogió las flores, lanzándolas por la ventana.

— ¿Te has vuelto loco?— preguntó la joven mirándole con los ojos expresivamente abiertos— ¿Porque lo has hecho?

—Porque eres mi esposa y no recibirás ningún regalo que no sea mío— le avisó con tono amenazante, acercándose mucho a ella.

—No soy tu esposa— repitió por enésima vez, aunque ella si se sentía su esposa, por eso le había contado de quien eran las flores.

—Tenemos que hablar. Te quiero, Anne, no puedo soportar estar alejado de ti— susurró el joven cerca de sus labios.

Estaba a punto de besarla y ella iba a dejarse, solo el sonido de unos golpes en la puerta evitó que lo hiciera. La joven se asustó, ya que no quería que le encontraran allí, comenzarían los rumores y suficiente tenía con lo ocurrido en la isla.

—Debes esconderte— susurró la joven empujándole hacia el armario, pero Jon era demasiado corpulento como para coger ahí sin tener que adoptar una postura un tanto patética.

—No quepo ahí, Anne, no pienso meterme ahí— replicó el joven mientras ella abría la puerta.

—Sí lo harás, entra— le dijo señalando el interior del armario, mientras volvían a golpear la puerta.

Jon entró refunfuñando sentándose sobre la madera y ella cerró la puerta, aunque se quedó entreabierta por culpa de las rodillas del joven que sobresalían.

Volvieron a llamar y en voz alta, dio permiso para que el médico entrara acompañado de su hermana.

—Buenos días, milady— la saludó el médico dejando un maletín de piel sobre la cama— Su hermana me ha comentado que sufrido un desvanecimiento y algunas nauseas.

La joven asintió, aunque no dejaba de mirar hacia el armario donde Jon estaba escondido. No quería que le encontraran ahí...

— ¿Anne? ¿Le puedes responder la pregunta al médico?— le pidió su hermana sacándola de su ensoñación.

—Lo siento, no la he escuchado...— musitó Anne con tono de disculpa.

—Le preguntaba si ha sentido dolores en el estómago o descomposición— repitió el hombre sacando unos aparatos de su maletín.

—No, solo mareo y nauseas— respondió Anne sentándose en la cama, como le estaba indicando el médico.

—De acuerdo— musitó él comenzando a palparle el abdomen y el vientre, se concentró en esa tarea durante bastantes minutos con el ceño fruncido.

— ¿Ocurre algo?— preguntó la joven comenzando a preocuparse.

— ¿Usted es casada, señorita?— preguntó el médico mirándola fijamente.

Amelia abrió los ojos desmesuradamente y habló antes de que su hermana dijera nada:

—Eso no tiene nada que ver, obviamente Anne es una joven respetable, nos ofende con esa pregunta, doctor... ¿Eso significa que mi hermana no tiene nada?

—No, supongo que no. Estoy seguro de que su hermana es una joven decente, señora... Solo que por un momento creí que podría encontrarse en estado. Y lamento la pregunta, tiene razón, le prescribiré unas gotas para calmar las náuseas y los mareos...

—Estoy segura de que con esas gotas estará perfecta, acompáñeme y le pagaré por sus servicios, doctor— decía Amelia mientras salía tras el médico después de dedicarle a su hermana una mirada de tenemos que hablar.

> pensó Anne sentándose de nuevo sobre la cama, mientras Amelia despachaba al médico.

Su hermana habido dicho eso para confundir al médico, pero lo cierto era que podía estarlo... Se tapó la cara con ambas manos intentando no desmayarse de nuevo. Aquello era terriblemente maravilloso... Un hijo de Jon y suyo. Hubiera sido tan extraordinario si hubiera llegado en otras circunstancias, si ella estuviera casada con él y no estuvieran peleados. Si Jon no le hubiera mentado... Todo se estaba complicando demasiado, nunca imagino que su malestar se debía a que estuviera embarazada. Nunca pensó que pudiera estarlo, ni siquiera en la isla, fue como si su mente se hubiera negado siquiera a imaginarlo. ¿Qué diría Jon? Quizá no le agradaba la idea, él continuaba dirigiéndose a ella con su esposa pero a lo mejor volvía a desaparecer ahora que se venía encima todo aquello.

Sin embargo, desde que lo había dicho aquel hombre. La imagen de un tierno bebé de cabello oscuro y mal genio como Jon había acudido a su mente... Aquello sería un escándalo, el peor en que se habría visto envuelto un miembro de la familia Mawsdley y tenía que sucederle a ella.

Sintió una mano sobre su espalda y Anne miró a la persona que le dedicaba aquel gesto de cariño. Se encontró con los ojos de Jon que la miraba con gesto serio... Había olvidado que todavía estaba allí y que él... Se había enterado de todo.

Jon intentaba mantener el rostro serio para no mostrar la inmensa satisfacción y felicidad que sentía en aquellos momentos. Anne estaba embarazada de un hijo suyo, nada podría ser más maravilloso. Sabía que su situación era complicada, pero nada que no tuviera arreglo y ella no podría negarse. Cuando finalmente estuvieran juntos y ella se dignara a escucharle, podrían ser felices los tres. Por fin tendría una familia y dejaría de sentirse tan solo...

Anne había vuelto a dárselo todo otra vez.

—Supongo que lo has oído todo— musitó la joven levantándose de la cama.

—Por supuesto que sí, Anne. Ahora quieras o no, vamos a casarnos de verdad.

Capítulo 40

Una parte de Anne se tranquilizó de inmediato al escuchar eso, pero aunque no lo hubiera dicho, ella era lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a lo que se le venía encima sin él. Aunque aquello era más reconfortante, al fin y al cabo, ambos eran responsables, ella no pensaba culparse a sí misma de lo ocurrido. Sí, ella se había entregado a un hombre que no era su marido y él se había acostado con una mujer que no era su esposa.

Sabía que la mentalidad patriarcal de la época la hundiría a ella, mientras él podría continuar con su vida. Sin embargo, y aunque su parte más guerrera hubiera quería decirle que no le necesitaba, lo cierto es que sí.

Pero no solo porque su nombre se viera manchado ni nada por el estilo, como había recordado antes, no sería la primera Mawsdley en hacer algo deshonesto. Pero Anne no aceptaría por obligación, sino porque quería.

Jon le había mentado e insultado, quizá había jugado con sus sentimientos, pero...

Eran cosas nimias ante la realidad de que ella le amaba y que esperaba un hijo suyo que quería que se criara junto a su padre. Aunque ella se encargara de hacerle sufrir un poco más para ganarse su perdón.

No quería comportarse como una niña, porque no lo era. Las noches de descanso la habían ayudado a pensar un poco y aclarar sus ideas. Quizá tenía una buena excusa o no. El caso es que estaba allí y aunque había repetido que preferiría que se marchara, lo cierto era que no era así.

-Yo no supondría tan a la ligera...- contestó la joven cruzándose de brazos con aparente resignación.

Amelia entró de nuevo en la habitación antes de que Jon contestara de nuevo algo fuera de lugar, como acostumbraba a hacer siempre que peleaba con Anne y esta le sacaba de sus casillas.

- ¿Que hace aquí? Creo que tenemos suficientes problemas entre manos, como para que...

-Mi hijo no es un problema y si viene dispuesta a amenazarme para que me case, debo aclarar que no es a mí a quién hay que convencer-dijo Jon con voz ruda, abandonando la habitación con paso decidido.

Amelia la miró con una ceja enarcada suspirando agotada, no debía olvidar su propio estado también, gracias a Dios, aquel embarazo estaba siendo mucho más sencillo que los anteriores, porque entonces no sabría cómo podría bregar con esos dos.

-No me mires como si hubiera perdido el juicio, Amelia-refutó Anne molesta, ¿no hubiera sido más coherente él si hubiera intentado decir algo a su favor? Simplemente ordenaba, después de todo por lo que le debía una disculpa, encima él se hacía el ofendido.

Anne acompañó a su hermana al jardín para que les diera un poco el sol y respirar un poco de aire puro, quizá ayudaría a despejar su cabeza. Tomando asiento en la mesa que había en el jardín, no parecía haber rastro de Jon por ningún lado. Aquello podría haber sido un alivio... Pero tampoco lo era, estaba confundida.

La conversación había comenzado con algunas anécdotas de sus anteriores embarazos. Era extraño que ambas estuvieran esperando un hijo, aunque en el caso de Anne fuera la primera vez. Era una experiencia que viviría junto a su hermana y no le parecía mala idea.

Sin embargo, Amelia sabía que aquel tema era una trivialidad, para no tratar el que era verdaderamente importante allí. Tendrían tiempo de intercambiar quejas y dolores, pero en aquellos momentos había cosas que eran de más interés. Por eso no pudo resistirse a volver al tema de antes.

- ¿Te lo ha pedido, Anne?- preguntó Amelia regresando al tema que habían dejado en la habitación.

-Me lo ha ordenado, no he escuchado ninguna pregunta-aclaró la joven enarcando una ceja viendo como su hermana sonreía-Como si se creyera que...

-Le tienes en la cuerda floja, cielo-la interrumpió, la joven ganándose una mirada de frustración por parte de su hermana-Creo que se siente inseguro y tiene muy mal carácter...

Como alguien que conozco-musitó Amelia con fingido aire pensativo.

-No soy así, no tengo mal genio-su hermana la miró con sarcasmo-Puede que un poco, ¿desde cuándo estas de su parte?

-No, pero él estaba tan preocupado por ti ayer cuando hablé con él. Quizá deberías escuchar y dejar de pensar como si aún tuvieras nueve años, Anne. Ni tu eres una niña pequeña, ni él un muchacho. Ambos habéis cambiado y os queréis, además de... otras cosas-continuó señalando su vientre con un gesto-¿No es eso lo verdaderamente importante?

La doncella dejó una jarra con zumo y unos vasos sobre la mesa, y Amelia les sirvió a ambas.

-No todo se reduce a lo que ocurrió hace años, Melly. Es sobre lo que ocurrió cuando regresó-dijo la joven en tono defensivo.

-No lo sabrás si no se lo preguntas-contestó Amelia con obviedad-Y hasta entonces tenemos una boda que preparar y... Me gustaría que fuera antes del

bautizo, cielo.

Anne cogió su vaso de zumo guardando silencio. Siempre podría escuchar la excusas de Jon, ¿qué podría perder?

La joven no tuvo oportunidad de interceptarle hasta el día siguiente. No hubiera sido respetuoso con Robert y su hermana hablar con Jon colándose en su habitación. Por eso había decidido que lo haría en el jardín. Quería dejar de esconderse realmente. El ambiente durante la cena del día anterior había sido tenso, Jon parecía pensativo mientras Robert intentaba sacarle las palabras casi a fuerza y Amelia charlaba con ella de nimiedades, aunque sus ojos hacían nada más que mirar a su hermana señalando al joven.

Nunca hubiera imaginado que ella terminaría saliendo detrás de un hombre para hablar, menos mal que aquellas gotas habían resultado ser mano de santo y habían aliviado su mal estar. Porque necesitaba tener los cinco sentidos alerta para aquella confrontación. Todo lo relacionado de Jon le parecía una especie de batalla en la que no había un vencedor, sino un par de tontos.

Mac salió en su busca nada más verla, con toda aquella lía se había olvidado de saludar al animal. Se sintió miserablemente mal, Mac siempre había estado con ella en lo bueno y lo malo, al contrario que otros... Sacudió la cabeza, con aquellos pensamientos no llegarían a ningún lado.

El perro comenzó a olfatearle mientras movía su cola alegremente y ella se ponía a su altura para acariciarle. A su vez el animal le lamía la cara con entusiasmo, perdió el equilibrio y terminó sentándose de golpe.

De pronto unas manos la agarraron por las axilas para ayudarla a ponerse en pie, le miró y se encontró con la mirada enfadada de Jon.

- ¿No puedes comportarte como una mujer adulta y responsable de su estado?

Podrías hacer daño al bebé-la riñó pasándose las manos por el cabello con frustración.

-No ha ocurrido nada, solo saludaba a un viejo amigo, ¿verdad, Mac?- dijo hablando cariñosamente al animal.

-Vaya, al menos alguien recibe afecto por tu parte-dijo el joven con indignación, comenzando a sentir un poco de envidia del animal, estaba volviéndole loco.

-Mac nunca me ha abandonado-refutó Anne disparando el dardo envenenado sin pensar-Te estaba buscando.

-Ya me has encontrado-contestó cruzándose de brazos de forma defensiva.

- ¿Porque te fuiste sin despedirte de mí, Jon?- preguntó sin pensar, sorprendiéndose a la vez que él.

Era la primera vez que ella decía su nombre en voz alta desde que se lo había contado y había formulado la pregunta que llevaba años queriendo hacerle. Las más absurda quizá, pero la más importante para ella.

Capítulo 41

Jon cuadró los hombros como si hubiera recibido un golpe directo. No había imaginado que ella comenzaría tan directa, pero claro era su Annie. Ella pocas veces se andaba con paños calientes, él había sido testigo. Culpa de ese duque gruñón que había contribuido en su mal carácter.

Aunque se alegraba de eso, lo que más le desquiciaba de Anne era lo que más amaba de ella.

—Quise hacerlo, recuerda que intenté explicarte como pude que debía marcharme, Anne, pero te pusiste a llorar abrazada a mí... No tuve valor a hacerlo— comenzó Jon con un suspiro agotado. Nunca imaginó que aquel hecho aparentemente insignificante, hubiera sido tan importante para ella— Tenías a tus hermanas y a tu madre, que cuidarían de ti, sinceramente no creí que fuera importante.

— ¿Mi madre?— preguntó Anne soltando una carcajada amarga— Mi madre no nos quería, Jon. Tú decías que tu vida era más difícil porque no tenías dinero... Yo tampoco lo tenía.

La diferencia fue que yo me conformaba con nuestra amistad y tú no.

Jon no sabía eso, él siempre supuso que la vida de Anne había sido fácil y sencilla, digna de una señorita de sociedad. No le gustó nada intuir que no había sido así.

—No se come con la amistad, Anne. Puede que creyeras eso de pequeña, pero eres lo suficientemente adulta como para saber que las condiciones en las que me encontraba pedían que buscara algo mejor— contestó el joven mirando al suelo— No comprendes lo que es pasar días sin tener nada que llevarte a la boca.

—Y lo entiendo, lo habría hecho hace años, porque no era estúpida. Mientras tú surcabas los mares en busca de prosperidad, nosotras también moríamos de hambre, ¿sabes?

Mi hermano huía de la policía y todo el mundo hablaba mal de nosotras. Mi adorada madre me despertaba gritando como una loca en sus borracheras y

rompiendo todo lo que se interponía entre ella y una botella de licor— le impelió Anne con rabia— No te atrevas decirme que no sé lo que es el hambre, porque es una vieja conocida.

Jon no podía creer que eso fuera cierto, pero no tenía por qué dudar de su palabra.

Siempre pensó que Anne estaría bien cuidada, hasta donde sabía, era hermana de un conde y miembro de una familia muy importante.

—Mientras tú te reencontrabas con tu familia, Amelia y yo escapábamos de casa en la oscuridad, esperando tener suerte y tengo una cicatriz que demuestra que no la tuvimos, pero te parezco frívola y fría— finalizó la joven amargamente, ya que una vez había comenzado a hablar no podía parar.

Se sintió miserablemente mal al haberla juzgado tan severamente cuando se vieron de nuevo. Las circunstancias habían hecho que Anne fuera dura en sus decisiones y actos, lo único bueno de todo aquello era que Robert Bradford había aparecido para ayudarlas y el duque la había cuidado también. Incluso podría haber muerto... Mientras él no lo hizo.

—Al menos tu tenías a quién acudir cuando tu madre te despertaba gritando, tenías quien te cuidará y quién te protegiera. Yo no tuve esa dicha, Anne. Estaba solo y debía buscarme la vida como pudiera. No estamos aquí para ver quien ha sido más desgraciado de los dos.

Ambos hemos sufrido... ¿Porque seguir haciéndolo? ¿Debemos continuar anclados en un pasado triste y gris que no nos ayuda en nada?— continuó Jon frunciendo el ceño— Yo no voy a hacerlo.

Jon alargó una mano hacia ella, esperando a que Anne imitara su gesto. Sería una especie de nueva tregua, solo que ojalá que esa durara mucho más que la otra. Jon no iba a conformarse con menos que un para siempre.

—Necesito que me perdones, Annie— continuó el joven al ver que ella continuaba mirándole sin hacer ningún movimiento.

Anne asintió de acuerdo, cogiendo su mano, a modo de saludo entre caballeros.

Jon tenía razón, una vez hablado todo aquello. Era absurdo continuar peleando, aunque no dudaba de que volverían a hacerlo.

— ¿Quieres casarte conmigo?— preguntó de nuevo el joven con un atisbo de sonrisa.

—Necesito que me prometas que no volverás a marcharte— pidió la joven sin responder a la pregunta.

Jon la miró conmovido, sabía que no sería fácil, pero parecía estar un paso más cerca de ella, aquella era una promesa que podía cumplir con facilidad.

—Lo prometo— asintió llevándose una mano al corazón— ¿Aceptaras ahora ser mi esposa?

La joven asintió como si estuviera aburrída de la pregunta, caminando junto a él, seguidos por el perro.

— ¿Podré volver a cazar? Sería un trato justo— musitó intentando relajar el ambiente.

— ¡Por encima de mi cadáver! Y te quiero lo más lejos posible de un arma

— le avisó Jon apretando su mano.

—Tienes miedo de que pueda hacerlo mejor que tu— contestó ella con suficiencia.

—No lo sabremos jamás— dijo de nuevo, encogiéndose de hombros. Si ella supiera...

Una vez arregladas las cosas entre Jon y Anne, solo faltaba poner fecha al enlace.

Debido a la situación en la que estaban no podía ser muy tarde, por lo que decidieron que se realizaría en dos semanas.

A Louise y Eleanor les sorprendió la rapidez con la que iban a hacerlo todo, además tan de repente, pero no sospecharon nada. Aunque no les agradó mucho que Jon no tuviera un título, nos les quedó más remedio que aceptarlo, ya que Robert como cabeza de familia, había accedido al matrimonio. Él no se hubiera atrevido a contradecir a Amelia.

Robert se encontraba en su despacho solucionando unos problemas que había en uno de los libros de cuentas y Jon se había marchado hasta Londres para conseguir las actas de nacimiento de ambos y el permiso para casarse. Anne hubiera querido ir, pero se quedó con su hermana debido al estado en el que se encontraban ambas. No era muy seguro viajar, ya que aunque las gotas la habían ayudado, aún continuaba mareándose bastante.

Se encontraban sentadas en el jardín a la sombra de un árbol disfrutando de fresco, mientras Robbie y James jugaban con la niñera. Desde que Amelia se había quedado embarazada había tenido que delegar algo de trabajo en las niñeras. Aunque conociéndola seguro que cuando naciera el bebé volvería a la carga.

—Espero que Jon no tenga ningún problema para llegar a Londres, los caminos se han vuelto tan peligrosos últimamente— se quejó Amelia con voz pensativa.

—Es por esa guerra en La India, la gente está muy agitada— asintió Anne un poco preocupada, viendo como un caballo se acercaba hacia la casa— ¿Esperamos visita?

—No— dijo Amelia colocando una mano sobre su frente para conseguir ver la cara del jinete, le hizo una seña a las niñeras para que metieran a los niños en el interior de la casa.

La joven se levantó de su silla, mientras el jinete desmontaba frente a ella.

William llevaba días intentando averiguar qué había ocurrido con Aurora, donde estaba, pero había sido imposible. Nada había funcionado. Estaba desesperado, por eso solo se le había ocurrido una salida. Contra todo pronóstico, solo había pensado en una persona que pudiera aconsejarle.

— ¿Puedo hablar con Robert? Es importante— dijo el duque a la esposa de su primo con voz ronca.

—Está encerrado en su despacho con unas cuentas, ¿ha ocurrido algo?—

le preguntó Amelia preocupada, William estaba bastante más delgado que la última vez que le vio y quería ver a Robert, era demasiado extraño.

William se pasó las manos por la cara con fastidio, había perdido el tiempo.

—En ese caso me marchó, siento las molestias— se disculpó William para subirse de nuevo a su caballo.

—Quizá podamos ayudarte— intervino Anne agarrándole del brazo.

—No, creo que se pueda... Soy un estúpido— dijo el duque con pesar.

—Cuéntenos algo nuevo— musitó Anne sin querer, ganando una mirada reprobatoria de su hermana.

—Anne— le riñó la mujer.

—No, tiene razón. Estoy pagando... Lo mal que me porté contigo, Amelia — dijo William metiendo sus manos en los bolsillos de sus pantalones.

Capítulo 42

Amelia podía sentir que la pena del duque era real. Algo serio debía pasarle, ya que se encontraba en un estado de ánimo bastante decaído.

—Anne dejamos un momento a solas— le pidió a su hermana que iba a negarse, por lo que continuó— Por favor.

Anne miró a ambos y frunció el ceño, aquello no le agradaba, no era buena idea.

Pero parecía que William realmente necesitaba un poco de apoyo y él había querido hablar con Robert, quizá no fuera tan malo... La joven asintió y se retiró caminando hacia la casa.

Amelia esperó a que Anne entrara en la casa, para mirar de nuevo al duque. Iba a preguntarle de nuevo, pero él habló primero, ya que necesitaba decirlo en voz alta, desahogarse: — Fui un patán contigo y me merezco esto— se lamentaba el duque cruzándose de brazos— He recibido mi propia medicina.

—Explícamelo bien, William. ¿Qué ha ocurrido?— preguntó Amelia un poco fastidiada, ya que parecía que debía hacer hablar al duque casi a la fuerza.

—Aurora— contestó simplemente el hombre con un suspiro— Hace semanas

nosotros comenzamos una... relación.

— ¿Con la vizcondesa de Labourd?— William asintió lentamente— Le has ofrecido un trato de los tuyos y se ha negado a seguirte el juego— prosiguió la joven mirándole ceñuda, ¿es que ese hombre no iba a cambiar nunca?

—Al contrario... Le pedido que se case conmigo— musitó William con voz ronca.

Amelia le miró boquiabierta, comenzando a sonreír, al parecer Aurora había conseguido conquistar al duque hasta el punto de que le pidiera matrimonio y esa tarea era titánica.

—Pero se ha negado, me dijo... Algo parecido a lo que te dije yo a ti—

continuó William mientras la sonrisa que comenzaba a aparecer en los labios de Amelia se apagaba— Pretendía insistir hasta conseguir una respuesta afirmativa. Pero se ha marchado y llevo días buscándola sin éxito. Debo aceptar su postura y...

Amelia comprendía él porque del aire abatido que tenía el duque, debía estar realmente desesperado como para haber ido hasta allí buscando ayuda de Robert.

— ¿Así sin más?— le preguntó Amelia comenzando a enfadarse por esa actitud— ¿Te vas a quedar aquí rumiando tu desgracia y te vas a rendir? Eres un cobarde, William.

— ¿Un cobarde? Intento ser galante, la última vez que perseguí a una mujer que quería me comporté como un canalla— bufó William molesto por sus palabras.

—Pues sí, William Ramsey, duque de Pendleton eres un cobarde y lo repetiré eternamente, porque prefieres quedarte escondido en tu casa de Londres, en vez de intentar conseguir lo que quieres. Si la quieres de verdad, estás en la obligación de luchar— le recriminó Amelia señalándole con el dedo—Al menos viniste a por mí y perdiste, las formas no fueron las adecuadas pero lo hiciste. Pierde dignamente, William, pero no te quedes sentado viendo como la vida pasa y la gente a tu alrededor es feliz. Si la dejas escapar sin luchar, no valdrá la pena nada— prosiguió la joven más tranquila— Yo viví semanas alejada de Robert y fue tan doloroso.

Si él no hubiera venido a por mí yo lo hubiera perseguido toda la vida buscando su perdón...

¿Porque no peleas por Aurora? Incluso contra ella, si es necesario.

William asintió rápidamente, aceptando su regaño, pero Amelia tenía razón. Necesitaba que alguien le dijera esas cosas de frente. No iba a parar de buscarla, así tuviera que llamar puerta por puerta hasta que encontrarla a ella en una de esas casas. Así pasará el resto de su vida recorriendo el mundo de un lado a otro.

William dio dos pasos hacia la joven y la abrazó con gratitud.

—Gracias, necesitaba escucharlo— dijo William con un tono más vivaz.

— ¿Puedo saber que ocurre aquí?— la voz de Robert hizo que se apartaran de golpe. Amelia miró a su marido preocupada— Da gracias a que escuchado la conversación, Pendleton, porque de otro modo...

Amelia suspiró tranquilizándose y se acercó a su marido, que la agarró contra él. El duque de Sutton había sido testigo de la conversación entre ellos. Le tranquilizaba bastante haberlo sabido, ya que se convencía aún más de que los sentimientos de su esposa por él eran verdaderos. Amelia había empujado a William a buscar a la vizcondesa y eso no lo haría una mujer enamorada. Amelia le amaba a él, ya lo sabía, pero haberlo oído era tranquilizador.

—Y secundo todo lo que ha dicho mi amada esposa, por si quieres mi opinión— finalizó Robert.

—Saldré de viaje inmediatamente— dijo William comenzando a trazar en su cabeza un plan.

—Quizá sea mucho más fácil... Puedes esperar a mañana, yo voy a ir a hacer una visita— musitó Amelia con aire misterioso, ambos hombres la miraron sin entender nada— Dejadme a mí.

Anne había visto salir a Robert y Amelia hacia un rato, no entendía que había ocurrido con William pero quizá había sido algo grave. Él parecía realmente dolido con lo que fuera que le había pasado.

No había podido evitar pensar en él desde que se había comprometido con Jon.

Recordaba haberle pedido que se lo trajera, como si hubiera sido tan fácil, sabiendo que a él le sería imposible encontrarlo. Y sin saberlo, él había cumplido su palabra, aunque no lo hubiera prometido y no lo hubiera sabido.

Le vio por la ventana sentado a la sombra del mismo árbol donde él la había consolado cuando el anciano duque murió. William y ella nunca habían sido amigos, ni se habían llevado bien, pero era cierto que desde aquella ocasión... Ella había comenzado a tenerle estima.

Ahora él estaba mal y... Nada más cruzar aquella idea por su cabeza, salió de la habitación en su busca.

Bajó las escaleras rápidamente, sin Jon la hubiera visto la habría regañado, pero no la había visto nadie. Salió al jardín y se acercó hasta donde estaba el duque.

—¿Puedo hablar con usted?— le preguntó Anne sentándose junto a él.

—¿Vas a decirme alguna palabra dulce?— rebatió William irónicamente.

—Me voy a casar... Con Alexander Richmond— le soltó haciendo que el duque la mirara con una ceja enarcada, como si no la creyera— No me mire así, es verdad.

—Eso sí que no me lo esperaba... ¿Debo darte la enhorabuena?— preguntó William, preguntando realmente si lo hacía por gusto o coaccionada.

—Sí... Aunque él las merece más, al fin y al cabo me tendrá por esposa— respondió Anne consiguiendo la primera risa sincera que William soltaba en días.

—Se las daré cuando le vea— dijo siguiendo la broma— Realmente ha tenido buena suerte.

—Me gustaría pedirle algo... — comenzó a decir Anne— Yo quisiera que... usted me entregara en el altar.

William la miró impactado, sin mover ni un músculo. Quería asegurarse de si ella hablaba en serio o era una broma, pero Anne le miraba por primera vez con una sonrisa dulce.

—Me halaga, pero creo que no me corresponde a mí, Robert o Stephen deben hacerlo— contestó el duque con voz ronca por la emoción— Son parte de tu familia.

—Gracias a usted, él está aquí— afirmó Anne como si fuera algo obvio— Por favor.

Ella la miraba con aquellos ojos adorables y amables, ese debía ser el famoso encanto que fascinaba a todo el mundo, por eso terminó contándole a

grandes rasgos, que posiblemente no pudiera asistir al encontrarse buscando a Aurora. Anne le escuchó en silencio y asintió comprendiéndolo.

—Pero no importa— dijo una vez William dejó de hablar— Encuéntrala y venga con ella— continuó la joven como si fuera tan sencillo.

William sabía que por mucho que dijera, no conseguiría hacer cambiar de opinión a Anne, por lo que terminó diciendo:

—Será un honor para mí, Anne.

Capítulo 43

William partió al día siguiente. Después de que Amelia consiguiera la dirección exacta de la propiedad de la vizcondesa de Labourd en Francia, gracias a su chismosa ama de llaves, todo iba a ser más sencillo para el duque.

La joven le había pedido este dato con la excusa de enviarle un accesorio que la mujer supuestamente había olvidado el día de la fiesta. Había sido una mentira algo piadosa, pero al fin y al cabo era por una buena causa.

—Gracias... a ambos— dijo William a Amelia y a su primo, antes de subirse al coche que le llevaría al puerto para llegar a Francia cuanto antes.

—Mucha suerte, William— le deseó Amelia asintiendo.

—Por favor, regresa casado, William— le suplicó Robert con tono jocoso — O

prometido al menos.

—Lo voy a intentar— asintió el duque.

Entonces se subió al coche y este comenzó a recorrer el camino hacia Bristol.

Anne se encontraba sentada en el salón de la casa intentando tejer una mantita para su bebé. Nunca se le había dado especialmente bien tejer, por eso mismo había recibido con tanta ilusión la propuesta del anciano duque de enseñarla a cazar. Solo que desde que Jon la había descubierto no había podido hacerlo.

Se sentía bien, lejos de sentirse agobiada ante la idea de casarse, se encontraba deseosa de que llegara el momento. Hablar con Jon había servido para que aquella vieja herida sanara y pudiera comenzar un nuevo futuro.

¿Quién le hubiera dicho que terminaría casándose ella también? Seguro que aquel viejo truhan estaba riéndose donde quiera que estuviera, porque ella siempre se había negado a hacerlo. Había querido vivir una vida en soledad, porque no conocía lo que era el amor. Ahora que lo sabía, le era muy difícil imaginar una vida en la que estuvieran Jon o su bebé. Aunque aún no notaba

nada, aparte de unas molestias nauseas matutinas, había comenzado a pensar en aquella criatura y cada día que pasaba se hacía mucho más presente para ella.

Sobre todo ahora que Jon se había marchado, le echaba mucho de menos, ansiaba su regreso de una vez.

—Parece que te has saltado un punto— le dijo Amelia quitándole lo que llevaba hecho de las manos.

—Le pedí al duque de Pendleton que me llevara al altar— le contó la joven a su hermana sin venir a cuento, que alzó la mirada impresionada— ¿Crees que Robert y Stephen se molesten?

—Claro que no, cielo, seguro que verán bien cualquier decisión que creas conveniente— contestó Amelia viendo como el coche que traía de regreso al prometido de su hermana, se detenía frente a la casa— Parece que tienes visita...

Anne miró a través de la ventana y se levantó rápidamente para recibir a Jon, por fin había regresado. Apenas habían sido unos días, pero le había echado mucho de menos, aunque no podía continuar quedándose a dormir allí y debía marcharse a Bath a la pensión donde él se hospedaba debido a las normas de la sociedad. De igual forma, Anne estaba entusiasmada por su regreso.

Antes de salir a su encuentro se detuvo en la puerta e intentó acompasar su respiración, para salir más calmadamente. Le había echado mucho de menos, pero tampoco debía él saber cuánto, pensó con una sonrisa.

Bajó despacio las escaleras hasta llegar a su altura

Jon también la había extrañado muchísimo, en todo el tiempo que había durado su ausencia, no había podido dejar de pensar en ella, de preocuparse también. Él sabía que obviamente su hermana y su cuñado no iban a permitir que nada malo le ocurriera ni a ella ni a su hijo. Pero una parte de él sentía que solo él podía cuidar bien de ellos y que si no estaba presente cualquier cosa podría pasar.

—Qué pronto has regresado, ¿ha habido algún problema?— le preguntó Anne educadamente, escondiendo una sonrisa.

—Veo que no me has añorado ni un poco, ni siquiera me has saludado— recriminó Jon que no había captado la verdadera intención de Anne.

El lo había hecho todo rápidamente, para conseguir llegar cuanto antes y ella ni siquiera parecía haberle extrañado, cuando él no había podido dejar de pensar en ella, en sus besos, en... En cosas que no podía pensar hasta después de su boda.

Anne besó su mejilla recatadamente a modo de saludo.

— ¿Contestarás ahora?— preguntó de nuevo la joven cruzándose de brazos.

Jon bufó molesto y sin importarle quien pudiera verles, la agarró de la cintura y la acercó a él en un gesto rápido, besándola fuertemente con pasión desmedida, que encerraba la frustración que sentía desde que habían abandonado la isla.

Él rompió el contacto tan fugazmente como lo había iniciado, dejándoles a ambos con la respiración agitada y con ganas de más.

— ¿Estás loco? Pueden vernos— le regañó Anne con la voz ronca por la excitación.

—No me importa que nos miren, ahora dime que no me has extrañado— replicó el joven con actitud más calmada que la de ella, cruzándose de brazos.

—No te he extrañado— replicó Anne con picardía.

Jon sonrió con suficiencia, era obvio que mentía. Anne tenía la habilidad de desquiciarle y ella parecía haberlo adivinado, estaba seguro de que solo pretendía fastidiarle, porque también seguramente ella tampoco había dejado de pensar en él.

Amelia que había estado dándoles uno minutos a solas, decidió que era el momento idóneo para hacer acto de presencia.

—Bienvenido, Alexander, espero que haya tenido buen viaje, ¿quiere quedarse a comer?— preguntó Amelia amablemente.

Jon asintió y siguió a las mujeres hacia el interior de la casa. Estaba deseando de no tener que estar pendiente de quien les pudiera ver y de estar a solas con su esposa sin tener que dar explicaciones a nadie. Aquellas semanas parecía que no pasarían nunca.

Pero tampoco iba a dejar que estuvieran todos esos días sin verse o dar a entender ante la sociedad que ellos escondían algo. Para cuando el bebé naciera ellos estaría más que casados y siempre podían decir que había nacido antes de tiempo. A Anne no se le notaba nada su embarazo, por lo que para dar muestra de su compromiso, Jon y la joven decidieron pasear por la ciudad de Bath con la compañía de una doncella y la propia Amelia que les haría de carabina.

La joven pareja paseaban del brazo, atrayendo la mirada de todas las señoras ricas de la ciudad, más de una les paró y les felicitó por el reciente compromiso, ya que las amonestaciones habían sido publicadas.

Jon sentía una ola de orgullo cada vez que les paraban para darles la enhorabuena.

Sobre todo cuando se encontraron a los pesados de los hermanos Norton en la calle.

—Lady Anne, es un placer verla de nuevo— declaró el joven con tono casoso, haciendo una reverencia— ¿Todo bien?

—Sí, señor Norton— asintió Anne ganados una mirada furiosa de parte de su prometido— Me alegra saludarte también, Margaret.

—Nos hemos enterado de su compromiso, yo creí que seríamos cuñadas y que usted vendría a visitarme, nosotros bailamos, ¿recuerda?— les reclamó Margaret con aquella voz chillona que les taladraba los oídos, metiéndose como siempre donde no la llamaban— Edward debería retarle, usted le ha arrebatado a su prometida.

—Nosotros no estuvimos prometidos, Margaret eso solo era producto de tu imaginación— replicó Anne frunciendo el ceño.

Anne estaba segura de que realmente la joven había imaginado que Jon se casaría con ella, al igual que había ideado en su cabeza que ella se casaría con su hermano.

—Nadie retará a nadie, lady Margaret, somos hombres civilizados— contestó Jon sin dejar de taladrar a Norton con la mirada— Por eso, como hombre civilizado que soy señor Norton, espero que el afluyente de flores deje de llegar, no me agrada encontrar uno más, espero que lo entienda.

—Claramente, señor Richmond— repuso inmediatamente el joven rojo de vergüenza e indignación.

—Bien, si nos permiten— se despidió Jon pasando de largo junto a ellos.

— ¿Era necesario que fueras tan descortés? ¿Haberte salido con la tuya no te ha dado un poco de sentido común?— preguntó Anne mientras se alejaban de los dos hermanos.

— ¿Yo descortés? ¿Merezco yo lo mal que me tratas mientras a ellos les recibes con buenas palabras?— replicó el joven haciéndose un poco el mártir.

—Deberías sentirte halagado, en realidad, no todo el mundo tiene el placer de discutir conmigo— refutó la joven mirándole con coquetería.

—Deja de mirarme de esa forma si no quieres que hagamos un escándalo— le avisó el joven mirando al frente.

Amelia escuchó aquella última frase de su futuro cuñado y aguantó la risa, mientras les miraba a ambos con reprobación. Parecían dos niños pequeños y eran adorables.

Capítulo 44

Anne terminó de arreglarse colocando echándose un poco de perfume. Aquella noche iba a celebrarse oficialmente su compromiso. Iba a ser una pequeña velada familiar, a la que solo asistirían sus tías, sus hermanas y sus respectivos maridos, además de Katherine y Peter. Solo faltaría William, pero él había prometido regresar para la boda, estaba segura de que cumpliría su palabra. Desgraciadamente, el tío de Jon, que era la única familia que este tenía no podría asistir.

Ojalá pudiera conocerle algún día, Jon le había hablado en alguna ocasión de él y estaba segura de que era un gran hombre.

A Anne le hubiera gustado que Bertha hubiera asistido también. Ella había sido quien la había criado y la había cuidado, sin embargo hacía años que no sabía nada de ella y no había contestado a su invitación, por lo que supuso que no querría asistir. Esto la había entristecido bastante, ya que a todas les hubiera gustado continuar en contacto con ella, sin embargo Bertha había decidido consagrar su vida a cuidar de... ella.

Caroline era la única persona de su familia que no había sido invitada, ni se le hubiera pasado por la cabeza hacerlo de haberse encontrado su madre en sus cabales. Sería una forma tonta de amargar el día de su boda.

Llevó su mirada hacia su vientre, donde aún no se notaba ninguna señal de su embarazo. Nadie más que Amelia, Jon y ella conocían ese secreto. No era que no confiara en el resto de la familia, simplemente no era necesario.

Salió de la habitación y bajó las escaleras donde se encontraban ya Robert y su hermana, junto a Jon y los demás. Ellos se quedarían allí y en Mey hasta la boda, ya que Sophia y Katherine vivían lo suficientemente lejos como para no poder ir y venir a menudo.

Se saludaron entre todos, Anne vio a Jon hablando con sus cuñados, por la posición que tenían sus hombros parecía que estaba nervioso, pero estaba segura de que él sabría moverse entre ellos. Jon era un hombre inteligente y Stephen y Robert eran buenos hombres que no le harían sentirse mal, porque

no había motivo para hacerlo.

Había comenzado a comprender que quizá Jon había proyectado un tonto sentimiento de inferioridad, debido a su pasado, en ella cuando se reencontraron. Anne había sido brusca y él creía que todo se medía simplemente por dinero. Y era cierto, en la mayoría de los círculos que se movían era así. Pero gracias a Dios su familia no lo era.

—William se marchó y ni siquiera me dijo a donde o porque, parece que no crecerá nunca— se quejó Louise tomando un pequeño sorbo de su copa de champán.

—Pero regresará para la boda, Anne le ha pedido que la entregue en el altar— informó Amelia sonriendo.

— ¿En serio, cielo?— preguntó Louise juntando ambas manos más emocionada.

—Creí que yo lo haría— dijo Robert mirando a su cuñada con el ceño fruncido.

—En realidad, yo debería ser el afortunado— comentó Stephen cruzándose de brazos— ¿Tu qué crees, Richmond?

—Mientras llegue hacia el altar, me doy por satisfecho— replicó Jon tomando la mano de Anne.

—Tú tienes a nuestras hijas, Stephen, no seas egoísta— le regañó Sophia dándole un manotazo en el brazo.

—Por eso la elección de Anne es la mejor, así no peleareis— intercedió Katherine con una carcajada.

— Supongo que es cierto, aparentemente William no tendrá más oportunidad— replicó Robert ganándose una mirada reprobatoria de su esposa, su madre y su tía— Perdón, lo siento.

Amelia negó con la cabeza, William y su marido nunca serían amigos, ni nada parecido, pero al menos ya habían conseguido estar en una habitación sin matarse y eso era un alivio.

— ¿Porque mejor no hacemos un brindis por Anne y Alexander?— opinó Eleanor tomando su copa, para hacer pasar el tema.

Todos asintieron y tomaron sus copas para brindar.

—Estoy segura de que Alexander hará muy feliz a Anne, solo me entristece que se marchen lejos a vivir— musitó Amelia con los ojos acuosos.

— ¿Habéis decidido donde viviréis?— preguntó Sophia mirando a su hermana pequeña que se encogía de hombros.

—Viviremos en Bath, en una propiedad que adquirí hace unas semanas a solo unos kilómetros de aquí— contestó Jon mientras Anne le miraba emocionada— Era una sorpresa.

Todas las mujeres suspiraron casi al unísono, aquellos dos eran adorables.

—Excelencia— entró una doncella dirigiéndose a Robert con una carta en la mano— Es de Londres.

Robert se apartó un poco del grupo para leerla para sí mismo, tuvo que releerla varias veces para asegurarse de que realmente ponía aquello.

¿Porque tenía que llegar aquella noticia precisamente aquel día? Sin

embargo no podía hacer otra cosa que decirlo, no podía ocultar aquello, aunque lo hubiera preferido.

—Tengo que comunicaros una cosa— dijo Robert llamando la atención de todos los allí reunidos, consiguiendo un silencio generalizado, ya que por la cara del duque no podía ser una noticia buena.

—¿Es una mala noticia?— preguntó Amelia que conocía bien a su marido.

—Me gustaría no tener que decir esto precisamente hoy, pero acabo de recibir una carta de Londres donde se me comunica que... Caroline Mawsdley ha fallecido.

Jon agarró aún más fuerte a Anne que parecía haber perdido un poco el equilibrio, al igual que Sophia y Amelia que habían palidecido un poco.

Sophia suspiró levemente encogiéndose de hombros, aunque sí se le aguaron un poco los ojos. Anne apretó los puños con fuerza pues descubrió que no le dolía. Su madre podría haber muerto hacía muchos años, pero hubiera sido igual. Le dolía que no le doliera, poder continuar con su vida como hasta ese momento porque a su madre no le habían importado jamás.

Amelia negó con la cabeza, lo peor de todo era que aun desde la tumba aquella mujer se lo había ingeniado para fastidiar un buen momento.

William llevaba días sin dormir bien, entre el viaje en barco y luego el camino hasta Burdeos. Habían sido días muy intensos en los que parecía que no iba a ser capaz de llegar.

Amelia le había hecho un gran favor al conseguir la dirección de Aurora en Francia. Ella no imaginaba lo importantes que habían sido para él sus palabras.

Realmente había necesitado que alguien se las dijera. Él mismo había sabido que no podía rendirse, pero no podía negar que las ganas habían sido inmensas. Extrañaba a Aurora y quería que ella se casara con él. Quizá pasaban años hasta que lo consiguiera, él mismo había tenido reparos contra el matrimonio. No quería atarse a ninguna mujer y en el camino había sido egoísta y mezquino. Pero había cambiado, él no era así. Quería asentarse, tener una familia e hijos y Aurora era la mujer indicada, porque ella le comprendía con él a ella. Ambos eran semejantes.

El coche que había alquilado le dejó ante la casa de estilo francés donde la criada de Bath le había dicho a Amelia que se encontraba Aurora. Quería saber porque había huido, ¿tanto la angustiaba la idea de casarse que se había marchado dejándole esa nota tan absurda y fría?

Golpeó con fuerza la puerta de la entrada y esperó a que le abrieran. Una doncella abrió la puerta.

—¿Madame Humbert? — preguntó William usando el poco francés que aprendió cuando era niño.

—Oui, c'est de la part de qui?— preguntó de nuevo la doncella con una asentimiento de cabeza.

—Un ami, un vieux ami— repuso el duque frunciendo el ceño.

—Cosette, pourquoi tardes-tu tant? Je veux mes chocolat— William

reconoció la voz de Aurora inmediatamente y la vio sobre el hombro de la doncella, a la vez que ella le vio a él— William..— musitó la joven con voz débil, mientras perdía el conocimiento.

Gracias al despiste de la doncella, William pudo entrar a agarrarla, antes de que cayera al suelo, al darse cuenta de lo que iba a ocurrir.

Notó impresionado, el abultado vientre de la joven bajo el holgado vestido que llevaba.

Capítulo 45

La joven recuperó el conocimiento poco a poco, encontrándose tumbada sobre el sofá de su casa, mientras Delphine le daba aire y William la miraba de forma neutra.

Aurora había descubierto que estaba embarazada unos días después de que William le hubiera pedido que se casara con él. Desde el momento en el que se había enterado había sabido que no podía continuar en Londres, ni cerca del duque. Estaba segura de que él hubiera continuado insistiendo y ella hubiera terminado aceptando porque sin saberlo se había enamorado de él. Pero no había podido ser y menos en aquella situación. Todo el mundo hablaría y no bien. Comenzarían a cotillear sobre su astuto ardid para cazar al duque con su hijo y no quería que él viviera con esa vergüenza. En Francia no tener marido era algo que también estaba muy mal visto, pero había decidido que una vez hubiera nacido el bebé y ambos estuvieran listos para viajar, se marcharían para nunca volver y diría a todo el mundo que el padre era su marido fallecido. Al fin y al cabo ella era viuda y no había necesidad de dar fechas a nadie y jamás se sabría la verdad.

Se había asegurado con aquella nota herir el orgullo del hombre y mostrarse fría también, lo que menos hubiera imaginado cuando despertó aquel día era encontrarle frente a la puerta de su casa.

William era un hombre respetable y ahora con más razón querría que se casara con él, y ella no tendría fuerza para continuar negándose.

—Te trouves-tu bien, ma petite fille?— le preguntó Delphine un tanto pálida por el susto.

—Oui, est-ce-que peux-tu nous laisser à seules, s'il vous plaît?— le pidió Aurora intentando evitar la mirada del duque.

La mujer asintió no muy de acuerdo, pero era cierto que ellos necesitaban hablar.

Desde que se había enterado del embarazo de Aurora había insistido reiteradamente en que debía hablar con William Pendleton y contarle la

verdad, a lo que Aurora se había negado continuamente. En parte, se alegraba de que aquel hombre estuviera allí.

—No intentes negar que soy el padre, piensa bien lo que vas a decir, Aurora— intervino el duque cuando la joven iba a comenzar a hablar cuando la otra mujer se hubo marchado.

—No se me ocurriría— afirmó Aurora frunciendo el ceño.

Quería una explicación y una muy buena, quería mucho más que eso. William aun intentaba asimilar que iba a ser padre, porque otra opción ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Aurora se había marchado cuando esperaba un hijo suyo.

—¿Acaso pensaste que no querría hacerme cargo? ¿Por eso te negaste a casarte conmigo?— preguntó de nuevo el duque sin comprender.

—No puedo ser la mujer de un duque, William. Mírame, solo soy... una cualquiera, una fulana y no me había importado nunca serlo... Hasta que te conocí. La gente hablará, dirán que quise atraparte y no quiero que mi hijo piense que le usé para escalar de posición social.

—No hables así de ti. ¿Prefieres que sea un bastardo? ¿Es acaso eso mejor?— Aurora negó a esa acusación y de pronto William comprendió cual hubiera sido su plan— No voy a permitir que hagas pasar a mi hijo por el hijo de tu primer marido, Aurora. Borra esa idea de tu cabeza porque no ocurrirá.

—¿Y qué podía hacer? Un matrimonio entre nosotros es imposible— le dijo la joven con voz ronca.

—¿Porque?— le preguntó William arrodillándose junto a ella, obligándola a mirarle— ¿Acaso no me amas, Aurora?

—Claro que sí, por eso mismo no quiero condenarnos a una vida de vergüenza, aunque intento que no me importe, lo hace y me duele. Mujeres como tu madre me odian y no quiero que hagan sentir mal a mi hijo, no tiene la culpa— repuso la joven con los ojos llorosos.

—Mi madre lo aceptará. Los dos somos una vergüenza, mi vida no ha sido decorosa tampoco, pero eso es algo que solo nosotros podemos juzgar. Yo te amo y tú me amas a mí, lo demás no importa— insistió el hombre pasando su mano por el cabello de la mujer, mientras acercaba la otra a su vientre.

—No es lo mismo, William, soy una mujer... Llegará el momento en el que te importará, dentro de unos años lo hará... Y me odiarás, no creo poder enfrentarme a eso— musitó Aurora mientras las lágrimas comenzaban a brotar.

—Jamás podría odiarte, Aurora, ni a ti ni a nuestro hijo, créeme, mi amor, déjame hacerte la mujer más feliz del mundo.

—A mí me gustaría ser la mujer que mereces, William— susurró la joven con tristeza, mirando sus manos.

—Lo eres, Aurora, de verdad lo eres, mucho más de lo que merezco, créeme que yo soy el afortunado de los dos— refutó el duque obligándola a mirarle.

—Pero...

—Nada de peros, Aurora, lo importante es que nos amamos, lo demás... No debe importarnos— susurró el duque acercando sus labios a los de la

mujer y besándola dulcemente.

Sophia dejó una delicada flor sobre la tumba de Caroline. Se encontraba junto a sus hermanas frente a la fría piedra con el nombre de su madre. No habían llegado a tiempo para el entierro, pero habían decidido asistir para acompañar a Bertha que debía estar destrozada y no habían estado muy confundidas, ya que la anciana no había soportado la pena de perder a su señora y había terminado ella misma con su vida.

Anne sentía mucho más la muerte de Bertha, sin embargo la mujer había decidido ser mucho más fiel a aquella malvada mujer incluso en la muerte. Tanto ella como sus hermanas hubieran querido que Bertha se quedara con ellas. Pero había preferido marcharse con Caroline.

Nunca entendió porque le rendía aquella sumisión enfermiza a una mujer que siempre la trató mal y nunca lo sabrían.

Ahora que Caroline había muerto, Anne se encontraba pensando en los motivos que habían llevado a su madre a comportarse de aquella forma tan mezquina y cruel con ella y sus hermanas. Aun recordaba la forma tan brutal con la que les había negado tener contacto con Sophia. No había sido una buena mujer, ni merecía una lágrima de ninguna de ellas.

La mujer había fallecido sola entre las paredes del hospital psiquiátrico de Bedlem y había acabado con la vida de su adorado hijo, finalmente había tenido su recompensa por tanta maldad. Demasiado había tardado.

—Ahora podrá descansar en paz— musitó Sophia santiguándose frente a la tumba.

—Nunca lo hará, alguien tan ruin y mezquino ni siquiera merece la paz eterna— repuso Amelia duramente, entornando los ojos.

—Amelia...— la regañó Sophia, mucho más temerosa de Dios que sus hermanas.

Sophia suspiró, ya que sus hermanas tenían razón, pero iba en contra de su naturaleza desearle el mal a Caroline, aun después de muerta.

—Tiene razón, Sophia— asintió Anne de acuerdo con su hermana— ¿Qué clase de paz merece una mujer a la ni sus propias hijas pueden llorar? Pero Bertha...

—Ella decidió su propio destino, Anne, no podemos hacer nada, además estoy segura de que de haber llegado antes, tampoco habiéramos podido hacer nada— declaró Amelia cogiendo la mano de su hermana.

—Ojalá no hubiera terminado así, pero Bertha adoraba a madre y nunca habría podido continuar viviendo sin ella— aceptó Sophia.

Sin embargo no podrían estar juntas en la muerte, la tumba de Caroline se encontraba en el patio trasero del hospital, pero la de Bertha no podía ser enterrada en suelo santo debido a su suicidio y su cuerpo había sido trasladado a una zona de tierra sin bendecir donde iban las personas que no estaban bautizadas y las que terminaban con su vida antes de que Dios les llamara a su lado.

Anne tenía algunas observaciones en cuanto a esa norma tan absurda que

podría hacer enojar a más de uno, por eso prefería guardárselo para ella.

—Marchémonos ya, no tenemos nada más que hacer aquí— propuso Amelia,

comenzando a caminar junto a sus hermanas dejando tras ellas la fría y solitaria tumba de Caroline Mawsdley, cuyos terribles secretos se habían ido junto a ella y las hermanas nunca descubrirían.

Capítulo 46

Dos semanas después...

Anne se removía inquieta en la cama. Estaba muy nerviosa, al día siguiente se convertiría en la esposa de Jon, bueno de Alexander Richmond. La muerte de Caroline no había alterado en nada sus planes de matrimonio, ya que ella misma no lo había visto lógico aplazar su boda por un luto que no sentía y que nadie descubriría. Y Jon no había querido oír hablar de eso ni siquiera. ¿Quién hubiera imaginado que todo terminaría así? Ella no desde luego y mucho menos cuando le conoció.

Llevaba horas tumbada en la cama, mientras las imágenes de la primera vez que Jon y ella se habían visto regresaban a su memoria. Había pasado años intentando no pensar en él, pero desde que había sabido que llevaba tiempo cerca de ella, todo había regresado con poderosa nitidez. Deseaba tanto que el anciano duque estuviera allí con ella, para acompañarla en aquella nueva etapa de su vida que se abría ante ella.

Anne cerró los ojos unos segundos, cayendo en un profundo sueño al fin...

—Niña, se supone que debes hablar conmigo, no quedarte dormida— Anne abrió los ojos de golpe encontrando al anciano duque sentado junto a ella en el jardín de Meyworth, la joven abrió desmesuradamente los ojos por la impresión— ¿Qué? Parece que has visto un fantasma.

—Pero usted está... — comenzó a decir la joven alargando una mano hacia él.

— ¿Muerto?— preguntó el anciano cogiendo su mano, mientras la joven asentía— Por supuesto que sí, chiquilla. ¿Me has escuchado toser acaso?

— ¿Cómo es posible? Esto debe ser un sueño...

—Todo es posible si uno lo desea, ¿no creerías que iba a perderme tu boda?

Después de lo que has tardado en decidirte, ese pobre muchacho tiene ya el cielo asegurado— refunfuñó el anciano fumando de su pipa.

— ¿Porque siempre se pone de parte de él?— se quejó Anne cruzándose de brazos.

— Estoy de parte de ambos, Anne, estoy seguro de que seréis muy felices juntos.

Ya me lo dirás cuando nos volvamos a ver— le avisó el anciano llevándose de nuevo la pipa a la boca.

— No debería fumar— se quejó la joven

—Bobadas, niña, ¿no puede uno disfrutar ni estando muerto?— gruñó el hombre expulsando el humo con placer.

—Le hecho mucho de menos, excelencia— confesó la chica con ojos llorosos— Aunque le dije que iba a ser fácil, mentía. No lo ha sido, ni lo será.

— Lo sé, Anne, pero la vida se conforma de momentos dulces y amargos. Felicidad y tristeza van unidas de la mano. Una vida llega a su fin, para que nazca otra nueva que ocupe su lugar en el mundo. Nadie dijo que fuera fácil, pero el dolor nos hace fuertes.

—Nunca le había escuchado palabras tan profundas, excelencia— dijo Anne intentando controlar las lágrimas.

—Las guardaba para el momento indicado. Por cierto, deja de hablar sola en mi habitación, ¿no querrás que te encierren por loca?

Anne rio suavemente, mientras el anciano duque llevaba su mano hacia sus labios dejando un cariñoso beso.

—Te desearía suerte, pequeña arpía, pero estoy seguro de que no la vas a necesitar. Nos vemos, Anne.

La joven se despertó súbitamente de aquel sueño con una sonrisa, ¿era una loca por pensar que realmente el anciano duque se le había presentado en sueños? Posiblemente lo era, pero era el consuelo que le quedaba. Comenzaba a amanecer y el sol comenzaba a entrar por su ventana. La joven se levantó de la cama con cuidado y se asomó mirando hacia el cielo.

Ahora más que nunca estaba segura de que el duque velaba por su felicidad.

Sus hermanas y Katherine entraron de repente en la habitación para ayudarla a vestirse, ya que la ceremonia se celebraría por la mañana. El día anterior William no había llegado, más le valía llegar a tiempo porque si no lo hacía esta vez sí metería hormigas en sus pantalones.

Las otras mujeres la acompañaron durante todo el tiempo. Desayunaron con ella y la ayudaron a bañarse y prepararse para la ceremonia.

Se miró por última vez en el espejo cuando se hermana le dijo que era la hora. Y

William no había dado señales de vida. Lo mataría, si no aparecía lo mataría.

Suspiró y salió de la habitación, comenzando a bajar las escaleras. Siempre podría llevarla Robert o Stephen o andaría sola hacia el altar,

siempre que Jon estuviera esperándola, todo estaría bien.

El hombre que esperaba al pie de las escaleras se giró al escuchar los pasos, Anne sintió un alivio instantáneo cuando le vio.

—Estaba ideando formas de matarle si no hubiera llegado a tiempo— le avisó Anne cuando llegó abajo del todo junto a él.

—Estoy seguro de eso, por lo mismo me he dado prisa— contestó William enarcando una ceja.

—Gracias, excelencia— musitó Anne agarrándole del brazo.

—Será mejor que comencemos a caminar, si no el novio terminará viniendo el mismo si tardamos más— le avisó William con una risa.

Anne asintió y ambos comenzaron a andar hasta el altar, donde un nervioso Jon esperaba pacientemente, tocándose el cuello de la camisa todo el tiempo por los nervios. La joven atravesó el pasillo donde se encontraban su familia y seres queridos, sonrió al ver a Aurora entre ellos, que le guiñaba un ojo dulcemente, sin ellos nada de lo que pasaba aquel día hubiera sido posible. Viendo a cada uno de ellos, sonriendo felices por el momento, cada uno había tenido una aportación muy importante para conseguir aquel final...

La joven llegó al altar del brazo del duque y este se la entregó al americano. La mano de Jon temblaba visiblemente y saltándose las normas de protocolo, se acercó a la mejilla de la joven y dejó un casto beso, sin soltar su mano: —Te quiero— le susurró Jon a Anne cuando el cura comenzaba a hablar.

Anne miró a sus espaldas, viendo a toda su familia junta y feliz...

Ellos habían tenido razón, el amor era fuerte y poderoso. Ella se había equivocado al creer lo contrario.

Sophia y Stephen habían enseñado que el perdón existía, si había razón para ello, aunque el error fuera imperdonable.

Amelia y Robert habían evidenciado que podía vencerse el dolor y el remordimiento con amor, hasta una traición podía tener solución.

Peter y Katherine habían confirmado que después del sufrimiento y la falsedad, siempre llegaba el sosiego, acompañada de la felicidad.

Aurora y William eran el claro ejemplo de que las segundas oportunidades existían y que podían y debían aprovecharse.

Anne y Jon habían demostrado que por mucho tiempo que se permaneciera alejado el uno del otro, si había un sentimiento puro y verdadero, ni la distancia ni el tiempo podría destruirlo.

Nada malo importaba ya, ni su madre, ni Richard, ni Theresa, ni Dorothy, ni Onella todo había quedado en el pasado, algo nuevo se avecinaba y venía de la mano de su bebé.

Estaba muy presente para los dos y estaba segura de que ese angelito y los que vinieran les harían dichosos. Todo lo ocurrido había merecido la pena, por ese final.

—Yo también te quiero.

Y eso era lo importante.

Epílogo

Veinte meses después...

Anne no podía dejar de observar la cuna donde su pequeño Jacob dormía plácidamente su siesta. Parecía que no había pasado nada de tiempo y él estaba a punto de cumplir un año de edad. Y había sido un año maravilloso. Jon era un marido amable y cariñoso con ella, habían discutido bastante, ¿cómo iba a ser de otro modo? Pero siempre terminaban reconciliándose.

Aun recordaba el nacimiento de Jacob. A Jon no le había agradado la forma tan dolorosa con que los niños venían al mundo, pero no había forma de evitarlo, aunque él lo había intentado. Jon había declarado que no tendrían más hijos, pero eso era imposible de conseguir, porque ninguno de los dos estaban de acuerdo con dejar de hacer vida matrimonial aunque él lo había intentado durante unos días, simplemente había sido imposible. A Anne le salía una sonrisa solo de pensar en aquella ocurrencia, el resultado finalmente había sido que serían padres de nuevo en unos meses.

Sus hermanas vivían felices con sus respectivas familias, tenían mucha relación entre todos, aunque por cercanía, a la que más veía era a Amelia.

Sophia y Stephen vivían en Gracefields, pero venían a visitarles casi una vez al mes o iban ellos a verles, a ellos y a sus hijas. Melissa, Rachel y Dianne eran la locura y la adoración de sus padres.

Peter y Katherine eran los que más alejados vivían de ellos, por eso verse era más complicado, pero no imposible, ya que mantenían una activa comunicación por carta. Ellos estaban dedicados a la crianza de sus cinco hijos. Mark, Georgia, Rupert, Dominic y Sarah. Ellos realmente habían estado entretenidos.

Amelia y Robert, que habían sido bendecidos con el nacimiento de Deirdre, que había venido dispuesta a hacerse respetar entre sus hermanos más mayores, los temibles Robert Jr. y James.

Sin embargo, hacía mucho más tiempo que no veía a William y Aurora,

ellos habían contado con el rechazo de Louise Ramsey que no aceptaba que la francesa se convirtiera en su nuera. Le había sorprendido gratamente que incluso con el rechazo de su madre, William se había casado con Aurora, cuya residencia habían establecido en Escocia, lejos de los chismes malvados y de su tía Louise. No podía creer que después de tanto tiempo pidiéndole a William que se casara y formara una familia, hubiera preferido verse apartada a aceptar a Aurora. Por carta se habían enterado de que la joven había dado a luz a una niña de nombre Karine. Sin embargo, algo había parecido cambiar en la mujer, ya que hacía unos días había ido a despedirse para ir a Escocia y conocer a su nieta. Anne esperaba que ellos solucionaran ese percance.

— ¿Vas continuar observándole dormir?— le susurró Jon, pasándole los brazos por la cintura.

Mientras ambos guardaban silencio junto a la cuna de su pequeño hijo, que dormía plácidamente. Anne adoraba estar con él, incluso cuando dormía.

—Me encanta hacerlo— replicó Anne, dejándose caer sobre su pecho.

Jon la acarició suavemente la mejilla con los labios soltando un suspiro cuando escuchó removerse el niño en la cuna. Gracias a Dios no se despertó.

— ¿Se ha portado bien, Jacob?— preguntó el joven después de que su marido la besara pausadamente durante unos segundos.

—Perfectamente, como siempre— respondió la joven, mientras su marido la cogía en brazos.

— ¿Qué haces?— replicó Anne entre risas, mientras él salía del cuarto, dirigiéndose hasta su habitación.

—Voy a llevarla a la cama, señora Richmond, la cuidaré muy diligentemente— dijo Jon besándola de nuevo.

Anne sonrió mirándole con un suspiro mientras colocaba su cabeza en el hombro de su marido. Solo esperaba no quedarse dormida antes de llegar a la alcoba...

La Belleza Rota de Christina Sinopsis

«A la edad de ocho años, una adivina predijo que la vida de Christina Whittermore sería complicada.»

Dueña de un encanto irresistible y una candidez tentadora, Christina es una joven atrapada en un matrimonio infeliz. Presa de una gran tristeza, intenta reconstruir su vida en la alegre ciudad de Londres, donde inicia un romance con el duque de Harford, abriéndole las puertas a una felicidad desconocida para ella. Aunque, lamentablemente no todo serán rosas en su vida.

Adéntrate en una mágica historia, donde el amor y el deber chocan entre sí. Una historia donde la única protagonista es Christina.

ÍNDICE

Lady Anne
Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Epílogo

La Belleza Rota de Christina